

FEDERICO SOUBRIER GARCÍA

TRUEQUE AL DESNUDO



D.J.57

“Las especies que sobreviven no son las más fuertes, ni las más rápidas, ni las más inteligentes, sino aquellas que se adaptan mejor al cambio. En la lucha por la supervivencia, los más aptos ganan a expensas de sus rivales porque consiguen adaptarse mejor a su entorno.”

EL origen de las especies (Charles Darwin)

Índice

Prólogo

Trueque al desnudo

Día uno – Llegada y campamento

Día dos – Primer trueque

Día tres – Pepa y María

Día cuatro – Primera trampa

Día cinco – Segundo trueque

Día seis – A por el pulpo

Día siete – Orca y desfile de Lucía

Día ocho – Tercer trueque

Día nueve – Preparando la batalla

Día diez – La orca ataca

Día once – Posible prórroga

Día doce – Visita a la aldea y la diosa Lúa

Día trece – Maromo y mero

Día catorce – Trampa para Alí

Día quince – Baluarte

Día dieciséis – Los cepos

Día diecisiete – Matar al cocodrilo

Día dieciocho – Convalecencia

Día diecinueve – Los colmillos de Alí

Día veinte – Lúa embarazada

Día veintiuno – El robo de la piel

Día veintidós – Lola

Día veintitrés – Los erizos

Día veinticuatro – Desaparición de Lúa

Día veinticinco – El desenlace

Isla Urogallo

PRÓLOGO

Trueque al desnudo pretende expresar mediante un proyecto científico actual la complicada trama de adaptación social a la que se sometieron los homínidos hace 700.000 años cuando se desplazaron, consiguiendo poblar el planeta, estableciendo vínculos entre diferentes culturas y, a veces, sucumbiendo bajo ellas.

El principal personaje, el capitán, representa un papel de macho alfa, valiente, inteligente, simpático y seductor. Hábil cazador, pescador y trampero, no encuentra problema alguno en abastecerse y procurar los medios para la comodidad de Lucía, que ejerce como pareja, un tanto inadaptada al ecosistema y ensimismada con el culto a su cuerpo, intentando colaborar en la medida de sus posibilidades.

Viernes y su tribu simbolizan ese miedo al contacto con una sociedad desconocida y al valor del trueque, el cual constituyó la chispa que prendió indudablemente el génesis del desarrollo cultural y económico a nivel mundial.

Lo que llega a transformarse en una vida idílica en un lugar paradisiaco dará un vuelco inesperado para el lector, convirtiendo esa paz en una situación inusitadamente peligrosa.

TRUEQUE AL DESNUDO

Ahora que recuerdo aquello, me doy cuenta de cómo cualquier acto imprevisible te puede cambiar totalmente la vida.

Por entonces, pensaba que ya casi había vivido la mía, cincuenta y cinco años, recién prejubilado en una fábrica del polo de desarrollo de Huelva, saliente de una importante ruptura amorosa, creía que no podría rehacer un nuevo proyecto, envidiaba al ave fénix capaz de resurgir de las cenizas.

Recibí la copia de un artículo de periódico, me la enviaba un amigo, a pie de página había escrito a mano “calcado para ti”. Leí que necesitaban gente para un proyecto de investigación, una aventura en una isla deshabitada, algo de “Trueque al desnudo”, personas de veinte a cincuenta y cinco años, según el sexo especificaban los tramos, sin ataduras familiares, duraría aproximadamente un mes, a gastos pagados y sueldo por decidir según resultados.

¿Por qué no probar? Rellené una solicitud a través de un enlace de internet, la remití como si de un borrador de Hacienda se tratase, y me sorprendió que a las dos semanas me propusiesen una entrevista por vía telemática.

—Hola Damián, ¿cómo estás? —preguntó la representante del equipo compuesto por tres bellas psicólogas con bata blanca que aparecían en la pantalla.

—Encantado de hablar con vosotras. Si no os importa, ante la posibilidad de que acabe desnudo en la isla, ¿os importaría quitaros las batas? No es por nada, solo que sería mejor de igual a igual, parece que estoy en una consulta —dije sintiéndome analizado.

—¿Prefieres que nos desnudemos del todo? —preguntó irónica la muchacha.

—Por supuesto, veo que hay mucha belleza en esa sala, pero supongo que al que hay que observar es a mí, ¿queréis que me desnude? —sonreí.

—No es mala idea —contestó una de ellas.

—Listo —dije después de quitarme la última prenda.

—Parece que no eres vergonzoso —comentó otra.

—Para nada, de haberlo sido no hubiese intentado participar en vuestro proyecto —comenté convencido.

—¿Puedes dar una vuelta completa despacio? Necesitamos unas tomas para las pruebas de imagen —explicó la tercera.

—Vosotras diréis —dije cuando acabé de darla.

—El perfil que enviaste encaja perfectamente con lo que buscamos, ¿te gustan los animales? —fue la siguiente pregunta.

—Mucho, he tenido todo tipo de mascotas. En cuanto a los otros, para cazar o pescar cualquier tipo de pieza tienes que conocer sus hábitos, me encanta la naturaleza y los diferentes ecosistemas, cada uno con su pirámide trófica. Saber quién se come a quién, cómo y por qué, es fascinante —expliqué con detalle.

—¿Eres valiente? —preguntó la misma.

—Si valiente es el que se atreve a superar el miedo haciendo locuras, sí —intenté aclararlo un poco.

—Hay gente que no tiene miedo —dijo otra.

—Una vez tuve que rematar un jabalí a cuchillo, estaba destrozando a mi perro. Lo hice porque era necesario, pero pasé miedo, mira qué recuerdo —les enseñé la cicatriz de mi pierna derecha.

—¿Qué me dices sobre el sexo? ¿Lo tendrías con tu nueva compañera? —fueron las siguientes preguntas.

—Si me atrae y ella quiere, seguro que la aventura sería más llevadera —contesté con prudencia.

Cerraron el micro durante unos minutos y hablaron entre ellas. Terminaron y volvieron a abrirlo.

—Ten por seguro que te atraerá. Enhorabuena, el puesto es tuyo. ¿A cuál de nosotras tres te llevarías a la isla? —preguntó sonriendo la que parecía la jefa.

—Enseñadme un tirante del sujetador. A la que lo lleve negro —dije para no tener que elegir directamente en lo que me parecía un juego.

—Blanco –dijo la primera sonriendo antes de salir de la sala.

—Azul –dijo la segunda enseñando su tirante saliendo también.

—Bueno Damián, que tengas mucha suerte. Te llamarán mañana. De haberlo sabido, me hubiese puesto algo y que fuese oscuro –dijo la jefa, enseñando sus hombros desnudos, mientras lanzaba un beso de despedida.

Al parecer, los equipos de las secciones de antropología de varias universidades distribuidas por todo el mundo habían elaborado un proyecto en el que se simularía la llegada de una pareja de humanos a un enclave distinto al suyo, similar a lo que se produjo cuando el homo sapiens migró fuera de África, en especial al periodo relativo a hace 700.000 años.

El trabajo, para el que se había conseguido un presupuesto elevado o al menos bastante razonable, consistiría en ubicar una pareja junto con una mascota en algún lugar deshabitado con posibilidades de supervivencia, teniendo en cuenta que aún serían cazadores y recolectores.

No debería estar muy alejado de un núcleo poblado por alguna tribu no modernizada, a fin de permitir que se produjera el fenómeno del trueque, vital para el desarrollo de la civilización. Se concluyó que la ubicación idónea sería una isla desierta, cercana a algunas otras en la que residiese un poblado de pescadores.

Se amplió la posibilidad de participación a los ámbitos de la sociología y la psicología; el grupo de estudio quedó integrado por un centenar de personas. Se decidió también que con las equivalencias de edades por esperanza de vida la pareja estaría compuesta por un hombre de entre cincuenta y cincuenta y cinco años junto con una mujer de unos veinte a veinticinco, buscando la experiencia en el primero y la capacidad de reproducción en la segunda.

Era imprescindible que ninguno de ellos tuviese nada que ver con los que elaboraban el proyecto, ya que los conocimientos de los objetivos y puntos a estudiar podrían deformar o falsear inconscientemente el desarrollo de estos.

Por esas raras cuestiones del azar me habían elegido. La experiencia sería grabada por un equipo de filmación, unas quince personas entre imagen, sonido y logística, a la vez que un par de cámaras portátiles que podrían llevar los participantes. En el trabajo de campo solo habría tres representantes del grupo universitario, un antropólogo, un sociólogo y un psicólogo. Además,

permanentemente serían todos supervisados por un médico y un ayudante técnico sanitario.

Se exigiría un protocolo de vacunaciones al efecto, un examen médico y pruebas en materia de posibles enfermedades sexuales para todos los desplazados, estas últimas debido a la constatación de problemas muy usuales en otros programas de este tipo.

Ni qué decir tiene que cuando me presentaron, ya en la isla, a la que sería mi pareja durante un mes, me quedé anonadado. Desde aquel mismo momento, ya nos estaban filmando.

Lucía, una joven de veintitrés años, venezolana, ojos verdes, labios carnosos, nariz menuda, melena de pelo castaño ondulado que podía cubrir unos senos indescritibles, redondos, turgentes, voluminosos, acordes con aquellas caderas de escándalo, trasero marcado, macizo, respingón y muslos de ensueño.

Casi de mi altura, con un cuerpo sencillamente impresionante, insuperable, lindando en la frontera entre lo divino y lo humano, por solo aquella visión, ya había valido la pena mi viaje.

No me llamaron tanto la atención sus uñas de pies y manos y el color de los labios, pintados todos de un rojo chillón, ni sus marcadas cejas y pestañas negras azabache, como los zapatos de lona colorada, esparto y con mucho tacón, ¿a dónde pensaba que venía, a una fiesta?

Seguidamente nos presentaron a la mascota. Yo había pedido un bodeguero, ya que no paran de perseguir rastros hasta cazar, constantemente están en guardia. Al parecer no me entendieron o no quisieron hacerlo, era una hembra, una cachorra de ocho meses. Era pequeña, blanca y negra al cincuenta por ciento, de pelo medio, las orejas de punta y un rabillo de quince centímetros. Estaba asustada, pero me resultó simpática, conectamos rápido y la bauticé Senda ya que tendríamos que recorrer muchas sin duda.



La pobre se acercó a Lucía un par de veces y en ambas ocasiones fue expulsada con un pequeño puntapié en el culo. Al parecer, a la preciosa Cruela no le gustaban los animales. Menuda unidad familiar antropológica formábamos los tres. Pero no nos quedaba más remedio que enfrentarnos a un futuro impredecible.

Con la perrilla en brazos, sentado sobre un tronco, charlé durante una hora con la chica. La conversación, o lo que quiera que aquello fuese, giró sobre ella. Estaba allí para lanzarse a la fama, le daba igual moda, que televisión, que cine... la idea era alcanzar el estrellato gracias a aquel cuerpo formidable, a la belleza de su cara, a sus ojos verdes penetrantes, al tamaño de su boca, al precioso perfil de su pequeña nariz, a la sensualidad de sus labios y a la forma y posición de sus orejas.

Resumiendo, era bonita y estaba buenísima, cualidades que pensaba explotar y cuestión que yo respetaba, cada cual debe potenciar sus habilidades, pero pensé que el mes lo mismo se me hacía largo, ya que me explicó que ni cocinaba, ni cazaba, ni pescaba, ni hacía fuego, ni limpiaba pescado, ni las piezas de caza porque le daba asco. Sí me aclaró algo de las ingles brasileñas y otras cosas de las que yo entendía poco sobre cuidados y cosmética de mujer. Ya veríamos cómo me iba con aquella princesa.

—Y tú, ¿para qué has venido? —me preguntó con curiosidad.

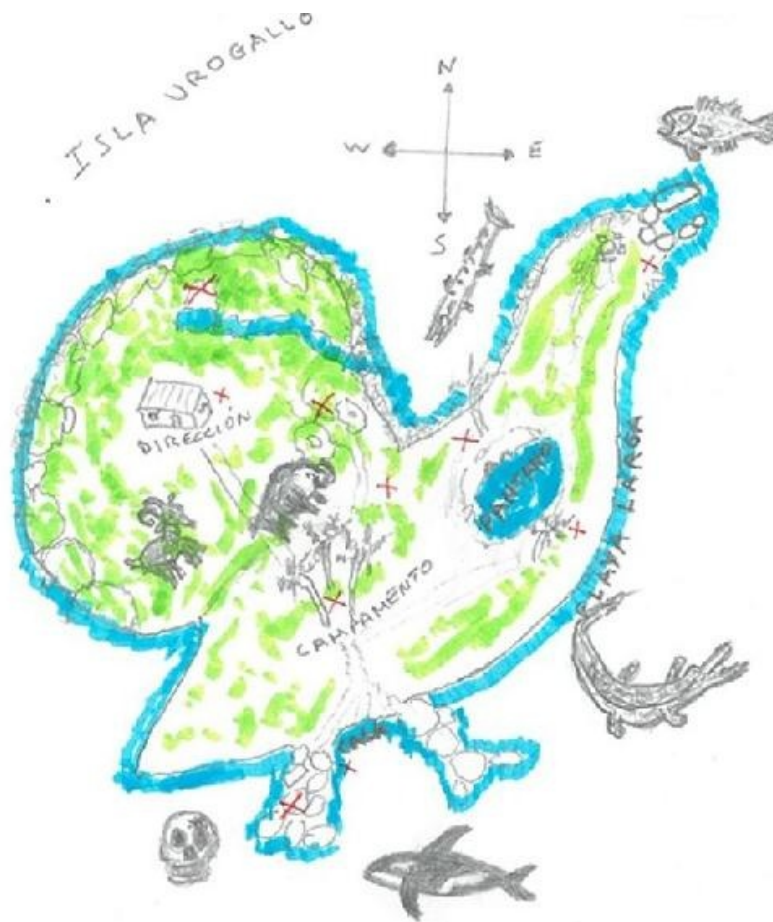
—Para divertirme sobre todo. Me gusta la naturaleza y sus retos, además si consigo algo de dinero me voy a comprar un velero para dedicarme a navegar de puerto en puerto —intenté explicarle.

—¿Eres marinero, saber pilotar y entiendes de velas? —dijo señalando hacia el inmenso océano que se extendía a nuestros pies.

—He tenido siempre barcos y dos buenos veleros, si hace falta también remo. Lo único que no entiendo es de mujeres, a ver si contigo aprendo —bromeé pensando que acabaría sabiendo menos.

—Me extraña capitán —sonrió ella sin saber que me acababa de bautizar.

La isla, vista desde el hidroavión, me recordó el boceto de un urogallo que va a levantar el vuelo y así lo plasmaría más tarde. Sus patas las componían dos salientes de rocas de granito que se elevaban hasta unos diez metros, terminando ya en una mar azul oscuro que señalaba más profundidad, entre una y otra pata había una cala con forma de media luna de arena blanca que medía unos ochenta metros de ancho y, que entrando en el agua unos cincuenta metros, denotaba el inicio de piedras en el lecho submarino.



Desde la pata delantera hasta lo que sería el pico del ave se extendía una larga playa, unos dos kilómetros de arena, unos cuarenta metros hacia el interior estaba delimitada por una larga línea de cocoteros que parapetaban el inicio de una vegetación mucho más tupida en la que se podía ver una zona pantanosa con lagunas y charcas.

El resto, que conformaría la cola y el ala, tenía más arbolada y una costa de acantilados que hacía casi inaccesible bajar hasta al agua.

En la parte trasera del cuello del urogallo había una pequeña playa de arena y rocas en la que el agua, a unos metros, cambiaba radicalmente a un tono azul oscuro que denotaba profundidad.

En el contrato nos habíamos comprometido a no difundir de manera alguna ni el nombre de la isla ni la ubicación del país o continente en que se encontraba. Así que la bauticé Isla Urogallo.

Nos habían dejado llevar ropa interior, pantalón corto con cinturón, una camisa y gorra o sombrero a la vez que calzado. Ella llevaba unos shorts muy

ajustados, una camisa hawaiana ceñida, anudada sobre su ombligo con un gran escote por el que asomaba un diminuto bikini rojo, y una visera de las que se usan en el tenis. No sabía cómo pretendía proteger su cabeza del sol. Y... las anteriormente citadas sandalias de tacón.

Permitían que cada uno eligiese un utensilio práctico y a partir de ahí podríamos realizar los tipos de trueque que nos pareciese con un miembro de una tribu emplazada en una isla cercana, la cual se acercaría de vez en cuando con su barca.

Pensé que, a pesar de no tener ninguna experiencia, lo mejor sería un arco, ya había ensayado hacer fuego y de vez en cuando lo conseguía. Podría disparar a distancia a algunas piezas o a los peces que pudiesen pulular por la orilla. Por supuesto, lo pedí con diez flechas, una aljaba para meterlas y poder colgármelas al hombro, siete con punta de caza y tres normales para entrenar. Aludiendo a que las perdería de inmediato, accedieron.

Cuál fue mi sorpresa cuando vi que Lucía había conseguido que le permitiesen un neceser lleno de botecitos, espejos, pinceles, lápices de ojos y labios. No llegué a entender cómo le habían tantas cosas dentro. Cuando lo cerró, me recordaba a un camión de las mudanzas a punto de petar, pero me pareció bien al plantearme que alguna de aquellas cosas verdaderamente podría servirnos para algo que fuese productivo en cualquier ocasión.

DÍA UNO – EL CAMPAMENTO

Habíamos llegado a las diez de la mañana y ya eran las doce. Cada miembro del equipo había tomado su posición, dos cámaras cercanos, otros más alejados, los técnicos de sonido, uno, con una especie de gran pandereta plateada, nos proyectaba la luz del sol, otro, ubicado en un risco, manejaba un dron que revoloteaba de un lado para otro con su cámara de grabación.

—Bueno Lucía, vamos a dividirnos el trabajo —le comenté con firmeza.

—¿Qué quieres que haga yo? —dijo mirándose en un minúsculo espejo.

—Busca leña, mejor que sean ramas y maderas de distintos tamaños, chicas y grandes —le expliqué señalando alrededor con un dedo.

—Vale, ahora mismo —comentó retocándose los labios mientras miraba las cámaras buscando su mejor perfil.

—Tú conmigo Senda —le ordené a la perrilla que se acercó para que la acariciase.

Me quité uno de los cordones, busqué una rama y monté un pequeño arco con la cuerda no muy tensa, como para poder darle una vuelta a un palo de una cuarta de longitud al que le saqué punta con una piedra en forma de lasca. Luego busqué una tablilla de una madera que me pareció más bien blanda y bajé a la playa a buscar una concha que me sirviese para ponérsela de gorro al palo y que girase sin salirse de ella.

Como yesca, preparé algunas algas secas que había sobre una roca junto con una bola que conseguí hacer con las telas de araña que invadían una chumbera cercana, sus frutos aún estaban verdes.

Comencé a mover el arco horizontalmente, el palo giraba a buena velocidad pero no conseguía calentar suficiente la madera y ya empecé a sudar teniendo que deshacerme de la camisa. Fui a dar una vuelta seguido de cerca por mi nueva mascota y vi a Lucía sentada a la sombra.

—¿Qué haces? —pregunté asombrado.

—Me canso, hace demasiado calor —contestó ella abanicándose la cara con las manos.

—Venga, ánimo, un poquito más de leña guapetona, por favor. Después descansamos.

Ella se levantó de mala gana y continuó cogiendo palos que poco a poco llevaba a la zona que consideramos ideal, un promontorio con cinco palmeras con vista a la cala de las patas del urogallo.

Unas largas varas secas me recordaron a los tallos de las mazorcas de maíz en las que de niños buscábamos gusanos para las trampas de pájaros. Efectivamente, por dentro tenían una especie de corcho blanco parecido a lo que recordaba. Corté una y la abrí a lo largo sin problema con una de las puntas de flecha, quedé con una tablilla de un palmo, la coloqué sobre la tabla inicial y comencé a girar el palo con el arco, manteniéndolo vertical con la concha; tardé poco en obtener una brasa que coloqué sobre la yesca y, tras soplar hasta quedar exhausto, prendió aquella primera llama. La metí bajo los palitos que habíamos preparado y al final también tuvimos nuestra primera hoguera.

—¡Bieeeeeen! —gritó Lucía. Entonces chocamos las manos como si aquello fuese un partido de baloncesto.

Busqué un buen tocón de tronco seco. Junto con la leña de Lucía, calculé que ardería un par de horas.

Me coloqué aquel larguísimo cordón de una resistencia especial que preparé personalmente. También había comprado la correa más larga y segura posible pensando en poder utilizarla para subir a las palmeras si era necesario. No lo consideraba hacer trampa, sino tener un poco de ingenio.

Sabía que había estado lloviendo en la zona durante días según me contaron en el último hotel que estuvimos, así que pensé que era muy probable que en la zona alta de los bloques de granito hubiese algún charco, a aquella altura era improbable que llegasen las olas por muy fuertes que fuesen los temporales, por lo que deduje que no tendrían sal.

—Lucía, me parece que he visto restos de cocos partidos a la mitad en la playa cuando llegué con el hidroavión, seguro que alguien habrá venido alguna vez de excursión, ¿vienes conmigo a buscar algunos? —pregunté con entusiasmo

—Vale —dijo ella que andaba un poco aburrida.

Senda salió caminando la primera en aquella dirección, no sé si porque indicaría sin darme cuenta con la mano o es que aquella cachorra tenía telepatía.

Pronto encontramos cuatro medios cocos vacíos y nos fuimos hacia los riscos de la derecha. Efectivamente, entre las piedras había charcos de agua de lluvia.

Lucía se dispuso a beber pero le comente que era más seguro que hirviéramos un poco el agua. Asintió y bajamos con cuidado de no derramarla. Pusimos los cuencos en la arena de manera que no se volcasen y calentamos unas pequeñas piedras en la hoguera. Después, con la ayuda de media caña las echamos en el agua y esta hirvió rápidamente. Cuando se enfrió la bebimos y volvimos a chocar las manos. Un cazo fue para Senda que lamió hasta la última gota.

Serían las tres de la tarde según el reloj que hice con un círculo en la arena y un palito clavado verticalmente en el centro. Marcando el este y el oeste en el sentido que se movía el sol y haciendo la división en doce tramos era muy fácil averiguar la hora aproximada.

La chica bajó a la playa, se quedó en bikini, bueno más bien dos triángulos rojos equiláteros que tapaban poco más que sus aureolas arriba y abajo uno isósceles invertido que se encargaba del tema de las ingles brasileñas, en el trasero una guita. Se dio un rápido chapuzón y se tumbó en la arena usando como almohada el resto de la ropa. Pronto se quitó la parte superior, verdaderamente era impresionante contemplar aquel cuerpo.

Comencé a recopilar troncos, tres largos más o menos del diámetro de mi muñeca que constituirían la estructura de una cama entre las tres palmeras que se encontraban más próximas, palos era lo que sobraban en el límite de las mareas sobre la arena, lo importante es que no estuviesen podridos, más tarde decidí reforzarlos con otro que dividía el triángulo en dos partes iguales. Los cubriría con palos del grosor de un tubo de pasta de dientes.

Como no teníamos ni sierra ni machete ni nada que cortase, excepto la punta de las flechas, poniéndolos sobre el tronco que ardía los quemaba a la longitud que me venía bien, se partían pronto pero acabé tizado.

Para atarlo todo me serví de los muchos trozos de cuerda, casi en todos los casos de restos de redes o artes de pesca, que también estaban por la línea de playa. Al final puse dos traviesas laterales a una cuarta del hipotético somier, como las que llevan las literas en la cama de arriba para evitar que nos cayésemos, ya que la cama estaba a unos setenta centímetros de altura para evitar que subiera algún tipo de bicho que no escalase árboles.

—Lucía, hace demasiado calor y te vas a quemar, puede que pases una mala noche —observé.

—Estoy acostumbrada a tomar el sol, no te preocupes —respondió perezosa.

—Sí, pero no aquí, debemos estar en plena línea del Ecuador. Vente y me ayudas a buscar palmas para taparnos esta noche —la animé.

—Vale, voy —contestó y nos siguió a Senda y a mí sin colocarse la parte superior del bikini.

—¡Qué cuerpazo tienes compañera! —la verdad es que no pude reprimir el comentario mientras acariciaba la cabeza de mi nueva mascota.

—¡Gracias! —exclamó ella sonriendo mientras se levantaba con las dos manos los pelos mojados retorciéndolos como una cola, alzando más si cabía sus pechos.

Era una diosa en el paraíso y yo seguramente su futuro lacayo, pensé que valdría la pena.

Recogimos hojas de palmeras que crecían a ras del suelo, las más anchas y tupidas para taparnos por la noche con ellas y otras, junto con algunas hojas de gran superficie, para que hicieran las veces de colchón. No daba tiempo el primer día a preparar un techo pero tampoco parecía que fuese a llover. Ya nos preocuparíamos de aquel tema. Necesitábamos encontrar algo para cenar esa la noche y eso era prioritario.

Pudimos coger varios cangrejos no muy grandes en las primeras piedras y almejas en la zona de la playa, nos acercamos a una palmera que crecía casi tumbada, era la única de esas características, de esas que podemos ver en muchas postales, y por suerte tenía cocos.

Cogimos fácilmente andando por su tronco a no más de dos metros y medio del suelo un par de ellos, dándole vueltas hasta que se soltaron. Primero, les quitamos las cortezas verdes haciéndolos chocar contra una roca con punta desgajada. Después, les abrimos agujeros en las tres oquedades superiores con una flecha, bebimos los tres, guardamos el líquido sobrante y con una piedra grande los partimos finalmente para sacar su fruto con ayuda de las puntas de caza. Estaban buenos, como los que venden en las ferias, pero un poco más calientes.

Los crustáceos y moluscos los asamos y abrimos al calor, por suerte Senda comía de todo, curiosamente se entretenía un buen rato con cada trocito de coco.

Para orinar y demás, de momento nos metíamos entre unos arbustos que nos permitían algo más de intimidad. Bueno, a esas alturas Senda no me dejaba ni para evacuar, todo un flechazo, se notaba que la pobre andaba falta de cariño, me alegré de que al final la escogiesen a ella.

Comenzaba a anochecer, cogimos bastante leña y estuvimos charlando sentados en un tronco frente al fuego.

Senda se portaba muy bien, echada a mi lado parecía que nos entendía y solo le faltaba hablar.

Preparamos la candela para que durase hasta por la mañana y nos subimos al catre, la cachorrilla se quedó abajo refunfuñando.

Nos acostamos vestidos y nos tapamos con las hojas de palmera lo mejor que pudimos. Con nuestras cámaras personales podíamos ver unos metros alrededor en la oscuridad, unos cinco. Las dejamos colgadas a nuestro lado. El arco apoyado en una palmera y las flechas en su aljaba, a mi vera, al igual que el neceser de ella.

—A mí me gusta dormir desnuda, de lo contrario me cuesta más trabajo, pero estas hojas raspan demasiado —susurró la chica como si alguien nos escuchara.

—Igual que a mí, no te preocupes que lo solucionaremos —le dije dejando correr mi imaginación.

DÍA DOS — PRIMER TRUEQUE

—¿Has pasado frío? —pregunté por la mañana cuando comenzamos a movernos y desperezarnos con las primeras luces.

—Hubo un momento en que un poco, pero me abracé a ti y te quité todo el calor que pude, suponía que no te enfadarías —me comentó ella sonriendo.

—¿Cómo me voy a enfadar chiquilla? Pero la próxima vez me despiertas, doy mucho más calor despierto que dormido, te lo aseguro —bromeé a medias.

—Ja, ja, si lo llego a saber te llamo, la próxima vez no se me olvida. Me estoy orinando, voy detrás de esos arbustos —dijo saltando al suelo después de ponerse sus inadecuadas sandalias y echar a andar.

—¡Ten cuidado! Mira dónde pisas —le grité convencido de que las serpientes aún no se habían calentado y andaban aletargadas, pero sin conocer los hábitos de las arañas.

Senda se había ido tras ella pero vino escopetada, tal vez le hubiese tirado alguna cosa o no le gustó verla con el culo al aire.

—Ahora me toca a mí —le dije mientras emprendía el camino que ella traía, orinando a unos metros entre los arbustos. Menuda sensación de paz, por mi vejiga y por el silencio tal vez roto por el canto de algún pájaro lejano.

Senda permanecía sentada a mi lado, esperando que terminase de subirme la cremallera y tal vez que decidiera qué haría por la mañana, supongo que ella pensaba que habría comida en la mesa a la hora de almorzar. Yo no sabía por dónde empezar.

—Lucía, necesito ir a la Playa Larga y hacer unas prácticas con el arco, después intentaré cazar algo y ver si hay algún tipo de cosa comestible entre la vegetación, ¿te vienes con nosotros? —pregunté señalando a Senda que ya saltaba adivinando un paseo.

—No. Si te parece me quedo pendiente del fuego, busco algunos troncos y lo tengo todo listo por si hay que cocinar —respondió con la seguridad de que me parecería una buena idea.

—Vale, ten cuidado al levantar las ramas, si las mueves primero con un

palo para ver que no hay nada debajo, mucho mejor –quise aconsejarla.

A partir de la primera meada, los cámaras del equipo ya nos tenían rodeados y la alcachofa de sonido revoloteaba sobre nuestras cabezas. Según las directrices que nos dieron, nos limitamos a dar los buenos días y a ignorarlos. Ellos también tuvieron que organizar su trabajo y dividirse para tenernos controlados a los tres.

Senda iba delante, aquello habría que solucionarlo o no podría venir a cazar, jamás le daría a algo al vuelo, nuestro tipo de caza tendría que ser al acecho. De momento, una vez en Playa Larga cogí dos trozos de cortezas de palmera, clavé una a unos veinticinco metros y otra a cincuenta más o menos, hice que Senda se quedase quieta a mi lado, cogí la primera flecha de punta normal, apunté al blanco más cercano, disparé, erré como una cuarta a la izquierda y un metro abajo.

Cuál sería mi sorpresa que mi mascota salió disparada y volvió con la flecha en la boca. Temí que la mordisquease, pero no tenía ni una sola marca. Tiré al segundo blanco y le di. Esta vez la flecha volvió con corteza clavada y todo, no tuve más remedio que felicitar a mi chica con unas palmaditas en la cabeza, movía el rabo encantada. Probé varias veces más hasta que le acerté al otro blanco. Estábamos listos para intentar cazar.

Comenzamos a andar por lo que parecían veredas de animales o personas, salirse de allí era meterse en una vegetación más complicada y un peligro por las serpientes. Llegamos a una zona con algo menos de vegetación en la que se podían divisar algunos claros. Pronto la cachorra supo que debía ir detrás.

Lo primero que encontré fueron restos de heces de conejo o algún animal de su tamaño y después pude ver algunas madrigueras bajo una pequeña loma. Continuamos en silencio, la subimos y al asomar al otro lado pude ver un gran lagarto que tomaba el sol para calentarse y emprender su jornada. Paré con la mano a Senda, le apunté sin respirar, no me podía ver porque miraba hacia el sol en la zona de levante, disparé e hice blanco en su espalda, no estaba a más de cinco metros y la perrilla lo cogió por el cuello, él intentaba morderla pero cogí la flecha, la clave con el reptil en la arena y le corté la cabeza.

—¡Eres una campeona! —acaricié y animé a mi valiente amiga que corría y daba saltos alrededor del reptil.

Continuamos por las sendas y pronto vi un conejo, a unos treinta metros, le dije con la mano a mi nueva mascota que parase y me obedeció, apunté, contuve la respiración, y fallé, escapó corriendo como el que ha visto al diablo. Senda intentó atraparlo pero no lo consiguió.

Pude ver cagadas que parecían de ciervo o de cabra, pero por la distancia entre huellas y estar separados los dedos en su punta, se parecían más a lo segundo.

En una zona que había barro se podía apreciar lo que se asemejaba a revolcadero de jabalíes, sus pisadas sí las conocía y aparecían por todos lados, en el terreno blando quedaban marcados perfectamente los dos dedos principales y dos incisiones laterales como espolones.

Aquello pintaba mejor, era caza mayor, pero mucho más peligroso y a base de flechas todo un reto, pero eso sí, carne en abundancia.

Continuamos y vimos un conejo a unos treinta metros, erré el disparo. De nuevo senda me trajo la flecha.

Pronto vi en un arbusto que tenía bayas rojas algo que se movía, era grande y verde, le disparé a unos diez metros y lo alcancé, al momento vino senda con un gran loro atravesado, al parecer había muerto instantáneamente. Si llega a pillarla con aquel pico le hubiese hecho bastante daño.

Nos volvimos al campamento, serían las dos de la tarde según el reloj de arena. Al llegar la hoguera no echaba humo, los cámaras estaban sentados, aburridos, los nuestros venían cansados, sudando.

Lucía dormía sobre el catre en bikini, bocabajo, en una pierna y su correspondiente nalga le daba el sol de lleno, el resto del cuerpo afortunadamente lo tenía a la sombra.

—Mujer, te vas a achicharrar —dije poniéndole una palma en sus zonas enrojadas.

—Perdona, me he dormido —se disculpó enderezándose.

—Pero puñetera, no has cogido leña y parece que el fuego se ha apagado —protesté de mala manera.

—Lo siento, perdona, estaba cansada, anoche no he dormido casi, pendiente de los ruidos, voy a por leña —dijo levantándose presurosa.

—Un momento, ven. Perdóname tú a mí. Me he enfadado por ver cómo te has puesto la pierna, todo lo demás tiene arreglo —le di la vuelta y le toqué la pantorrilla, la tenía ardiendo—. Estos cabrones también podían haberte dicho algo en vez de dedicarse a mirarte el culo —dije mirando a los cámaras—. Muy bonito por cierto, la zona blanca y la roja, preciosas. Ve al charco y te pones un rato la camisa mojada sobre ella, de paso te traes un par de cazos de agua, ¿vale? —le dije para animarla.

—Creí que te habías enfadado por dormirme, ahora mismo voy —dijo sonriendo, ya más tranquila.

—No, me enfadado con estos hijos de puta empajillados —vociferé señalando a los cámaras.

—Déjalo ya, tienen orden de no hablarnos, no es culpa suya —intentó calmarme un poco.

—Coño, mírale los pantalones, los dos se han corrido. Id a tomar por culo mamones —grité pensando en que si le salían el primer día ampollas lo mismo me quedaba sin ella.

—No exageres, no es para tanto. Déjalo estar —volvió a tranquilizarme

—Senda ve con ella —le ordené dos veces y hasta tres por no hacer caso, al final la siguió de lejos, como diciendo que aquello no era para ella.

Pude salvar la hoguera gracias a algunos rescoldos, apilé un montón de leña, limpié el lagarto y le quite la parte más larga del rabo, lo atravesé con una vara seca cerciorándome que no fuese de adelfa, planta que se ha cargado a más de un cazador al asar las piezas.

Después le tocó al loro, le quité las plumas de la manera más cómoda, arrancando la piel y que se las llevara todas por delante, le limpié además las vísceras y la cabeza. También le clavé un palo a lo largo y dejé las dos piezas preparadas para cuando tuviésemos brasas.

Con un palo encima del cabecero de la cama a metro y medio y otro a igual altura en la zona de los pies, cogidos ambos entre palmera y palmera, pude poner otro central del medio del uno al del otro que serviría como guía para comenzar a poner un techo de hojas de palma, como los de las tiendas de campaña que caía a ambos lados de la cama, cubriendo por encima todo, con otro techo plano añadiendo otros dos palos en lo alto de los laterales que unían

los dos primeros. Doble protección para la lluvia. Pensaba que era una buena idea, al menos la primera superficie de palma quitaría fuerza al agua que cayera después sobre nuestra tienda.

Senda llegó la primera y se fue corriendo hacia las flechas, parecía que no había tenido bastante caminata y tenía más ganas de caza. Luego vi acercarse a Lucía, traía llenos los dos trozos de coco y los colocó con cuidado, igual que la noche anterior para que no se derramase el agua.

—Hola capitán, qué buen trabajo has hecho y que rápido, la casa está preciosa, dan ganas de acostarse –sonrió.

—Vamos a ver si aguanta, ¿qué tal tienes la pierna? Espero que esta noche la pasemos bien –comenté pensando en que es cuando más molestan las quemaduras, a la hora de tumbarse.

—Me arde, pero con los paños mejor. Has tenido buena idea, ¿qué has cazado? –preguntó ahora al ver las piezas. Afortunadamente al despertarse con el susto no se había dado cuenta.

—Una ardilla y un pollo, hemos tenido suerte, Senda es una campeona, ¿cómo se ha portado contigo? –estaba seguro de que no habían terminado de conectar, no tenía más que mirarle la cara a Senda.

—Bueno, muy bien, se ha tumbado a mirarme y a bostezar. Creo que no le caigo bien, bueno, a mí tampoco me gustan los bichos –comentó sin darle demasiada importancia.

Tapé nuestra comida con unas hojas de palma y miré hacia la playa. Se acercó la directora del equipo de filmación con su secretaria Inés, una simpática afroamericana delgada, morena, muy risueña, alta, bonita, con unos intensos ojos azules, por si era necesario traducir y me pidió que la acompañase retirándose unos pasos.

—Me he enterado de que le has gritado a mis chicos, mal empezamos – me reprendió con seriedad intentando asustarme un poco.

—Sofía, ¿sabes lo que siento? No haberles dado un flechazo a esos hijos de puta que llevan toda la tarde mirando cómo se le cuece el culo a Lucía y se achicharra la pierna, con sus pañuelos de cuello colgando de la gorra y venga a ponerse protector y se han corrido los dos. Tú verás, si esta chica se pone mala con fiebre y le salen ampollas. Lo mismo te tienes que venir conmigo a dormir

en el chozo el resto del mes si nos quedamos sin ella, o nos vamos todos. La verdad es que tú eres la que tiene mejor tipo después de la princesa –le dije mirándola de arriba abajo, para que se diese cuenta de que no iba permitir reprimendas ni broncas de nadie.

Inés, intérprete entre otras muchas cosas, tuvo que intervenir poco, solo aclarar un par de palabras.

En contra de lo que esperaba, Sofía me sonrió e intentó pacificar la situación como pudo.

— Dejémoslo estar, la verá el servicio médico —se dio la vuelta y se fue por donde había venido, no sin antes decirle a los dos cámaras que tenía que hablar con ellos.

Cuando se iban, Inés se volvió sonriendo y me levantó una mano con el pulgar hacia arriba, en señal de complicidad. Me caía bien aquella chica.

Pude ver que se acercaba una barca con dirección a nuestra cala. Curiosamente su pintura de color azul marino destacaba mucho sobre el turquesa que se extendía desde la orilla hasta la lejanía. Tenía montado un motor fueraborda Yamaha demasiado grande para la eslora de la nave, unos cuatro metros. Era la hora de realizar el trueque, nuestra primera experiencia. Verdaderamente teníamos poco que cambiar, ya veríamos.

—Lucía, Senda, vamos a la cala, al mercadillo, a ver qué traen y si podemos conseguir algo que nos facilite la vida –comencé a andar y las dos me siguieron mostrando mucho interés en la barca.

La patroneaba un chico de color, tendría unos dieciocho o veinte años, pelo rapado y sonrisa de oreja a oreja con unos dientes grandes y blanquísimos. Iba vestido como wally, camiseta a rayas rojas y blancas y unas bermudas azules, más bien un viejo pantalón vaquero desgastado y cortado, como calzado unas chanclas de dos tiras de goma.

Encalló en la arena adrede, después de apagar el motor y dejar que la inercia lo empotrara en la arena.

—Todo barato amigos –dijo muerto de risa, poniendo a la vista al quitar una lona perlas, cabos, sierras, martillos, botellas de agua, sacos de dormir, hamacas, tumbonas de playa, sombrillas, toallas y un sinfín de utensilios. Seguidamente, colocó sobre cada montón de objetos similares un cartelito

cuadrado con un número.

—¿Cuál es tu nombre? – preguntó Lucía.

El chaval pronunció una palabra ininteligible y al pobre se le quedó Viernes. Nosotros fuimos bautizados como Princesa y Capitán. Pude ver que llevaba un walky talky en el asiento de popa, debía tener más información que nosotros y, por supuesto, órdenes a las que atenerse.

—Bueno amigo, la pregunta del millón, ¿cuánto valen las cosas que tenemos? Y de momento, solo tenemos nuestra ropa –le dije aclarando algo que ya sabía de antemano.

—Capitán, tu pantalón vale cuatro, tu camisa tres, tus botas cuatro, tu gorro tres, tu ropa interior uno y tu arco seis –sonrió el puñetero.

—¿Y lo mío?, ¿lo mismo que lo del capitán? –preguntó Lucía con interés.

—No princesa –dijo con demasiada familiaridad—. Tu pantalón cinco, tu blusa cinco, tu parte del bikini de arriba cinco y el de abajo cinco, tus botas tres. Tu visera uno.

—Menudo golfo estás hecho pequeño cabrón, ¿por qué valen más que las mías muchas de sus cosas? –dije enfadado.

—Mi mujer tiene su cuerpo, me interesa más su ropa para que esté contenta y cariñosa –contestó el muy golfo.

Pensé que un carajo, que aquel canalla si tuviera una mujer de bandera no dejaría su isla ni un minuto. Lo mismo era muy fea pero, para mí, lo que quería era ver a la chica desnuda. Imaginé que le habían dado libertad para poner los valores, no creía que la dirección permitiese aquella poca vergüenza.

Le dije que Lucía y yo teníamos que hablar, asintió. Nos separamos varios metros y comenzamos a intentar buscar un buen trueque.

—¿Tu qué piensas princesa? –pregunté sonriendo.

—La tumbona me gusta –fue su respuesta.

—Mujer, tenemos que cambiar cosas que nos sean de utilidad para la supervivencia y salud. Más adelante, si conseguimos algo ya buscaremos lujo, ¿te parece? Creo que lo más importante es la olla, el machete y dos sacos de

dormir, son de los que se abren y podemos poner uno arriba y otro abajo, además parecen impermeables. Vale cuatro cada cosa, dieciséis en total. Yo pongo mi camisa y mi blusa que son siete, necesito las botas y el sombrero para ir a cazar con sol. Mi ropa interior la pongo si es necesario, pero un acecho arrastrando los huevos y el pito es bastante complicado –intenté explicarle.

—Bueno, si yo pongo mi camisa, mi pantalón y mi top son quince. Tendremos para lo que dices, para la tumbona tres, crema solar uno, sombrilla uno y una gran toalla verde de matrimonio uno –propuso sorprendentemente la princesa contable.

—Me encanta, pero, ¿no vas a pasar calor o frío con el pecho al aire? –consulté ingenuo.

—No, si tengo problemas me pongo la toalla –aclaró ella con determinación sin pensarlo dos veces.

Le propusimos el trueque a Viernes y quedó muy contento, insistí en que era un buen negocio y se tenía que portar bien con nosotros.

—Vale capitán, hacemos trato. Si quieres, me llevo el perro por quince puntos y te lo puedo cambiar otro día.

—Ni hablar, danos las cosas, que tenemos mucho trabajo –dije acordándome del fuego.

—Vosotros primero, que no me fío, que empiece la princesa— sonrió el muy canalla a sabiendas de que si le daba antes la toalla se podría tapar y no ver nada de lo que realmente le interesaba.

Así se hizo, Lucía lució su espléndido cuerpo tan solo con braguita, sandalias y visera, yo quedé en sombrero, slip y botas, y Viernes tardó todo lo que pudo en darnos las cosas sin dejar de mirar a la chica.

—Espera mercader fenicio, ¿tienes un bote de vinagre? –le pregunté interesado cuando nos había pasado el pedido.

—Sí –contestó él contento enseñando un bote de los de supermercado que llevaba entre otros aderezos de cocina.

—Toma, dámelo y regálame esa botella vacía usada, que te hemos comprado mucho, te vas a hacer rico –señalé una botella de cinco litros de agua vacía que se veía, era para su uso personal, mientras me quitaba el slip y se lo

echaba a la barca.

—Que sepas que si me devuelves cosas os daré menos de lo que os costó. También acepto carne de caza, en nuestra isla no tenemos, y peces, todo nos viene bien —aclaró el mercader.

—A ver si hacienda te funde con un poco de suerte —murmuré entre dientes sin explicarme para qué querría peces un pueblo de pescadores.

—¿Y ese pronto capitán nudista? ¿Estás enfadado? —preguntó Lucía mirando mis partes nobles con interés.

—No, era una broma, por lo que aprieta este canalla. Con los plásticos que nos ha dado me voy a hacer un pañal para no arrastrar los huevos por la arena. El vinagre es para tu pierna y culete, no quiero que parezcas una serpiente mudando el pellejo y mucho menos que pases una mala noche. Si ves que por aquí se levanta algo, la culpa es tuya —bromeé para quitarle importancia al asunto mientras contemplaba su magnífico cuerpo.

—Eres un encanto capitán — se acercó sonriendo y me dio un beso.

Volvimos cargados cuesta arriba seguidos por el equipo de filmación que no paraba de comentar el trueque mientras la barca se alejaba. Aquel pirata se acercaría cada tres días aproximadamente, un tiempo razonable que establece el periodo que se puede sobrevivir sin agua, si era necesario nos quedaríamos permanentemente en pelotas por unas botellitas del líquido elemento.

—¿Sabes princesa?, buena elección, ¡y vaya pechos bonitos que tienes!, vas a ser la modelo más linda del planeta cuando saltes a la fama —le dije cuando llegamos, mientras pensé que tal vez fuese más inteligente de lo que yo percibí al principio y, por supuesto, que yo tendría tiempo de comprobarlo.

—Gracias capitán —sonrió ella contemplando sus tesoros con cara de satisfacción, en especial la tumbona.

Pensaba que me hubiera gustado conseguir el martillo y unos clavos, pero todo no podía ser el mismo día, tendría que buscar algo para cambiar más adelante que no nos fuese de utilidad.

Senda se volvió loca olisqueando todas aquellas cosas, muchas de las cuales sería la primera vez que las habría visto, viniendo constantemente a que la acariciase. Me estaba enamorando de aquella perrilla tan simpática, era

demasiado buena y noble, además la encontraba un poco indefensa.

Me gustaba aquel machete, era largo, ancho, hoja de corte por un lado muy afilada, dientes de sierra por el otro, unas bonitas cachas de asta muy adaptables que terminaban con una pequeña brújula acoplada, en la que las puntas de aguja y los puntos cardinales estaban tintados con pintura fluorescente.

Los sacos de dormir tenían muy buen aspecto, se abrían como mantas y el relleno era muy mullido, parecía que eran de pluma.

La olla era muy grande, tendría un volumen de unos ocho litros, con su buena tapadera, le daríamos bastante traqueteo.

Estaba contento, preparé la “ardilla y el pollo”, los hice poniéndolos entre horquillas a poca altura de las brasas y fui dándole vueltas hasta que me pareció que estaban bastante hechos.

—¡Qué rico está esto capitán! —dijo Lucía contenta.

—¿El pollo o la ardilla? —sonreí sin poder contenerme.

—Las dos cosas, a ver si cazas más —me animó ella.

—Debe haber pocos, lo que más he visto han sido lagartos y loros grises gordos —volví a sonreír.

—¡Qué asco! No como eso ni loca —exclamó ella.

—Toma Senda, mañana vamos a cazar más ardillas —sonreí mientras le daba su rancho.

—Ven princesa, ponte en el jergón, te voy a poner unos paños de vinagre diluido en agua de coco, sé que las dos cosas vienen bien para la piel después de la exposición al sol. Verás cómo te quita el calor. Supongo que lo tendrás caliente.

—Sí, tengo el culo y la pierna ardiendo —se quejó apretando los dientes.

—Estos cabrones ya podían haber mandado a la médica, se va a tirar unas vacaciones cojonudas sin dar un palo al agua —dije mirando hacia las cámaras—. Te lo voy a aplicar antes de poner los sacos, si no van a estar oliendo a ensalada de lechuga todo el mes.

La chica se tumbó bocabajo en el jergón, tapándose las aureolas con las

manos para no pincharse con las hojas de palmera. Le traje un saco y le dije que se lo podía poner debajo hasta la barriga sin problemas.

—¡Qué gusto! Es blando y comodísimo —me explicó mientras le pasaba la toalla que acababa de sacar de su funda de tela para que la usase como almohada.

Vertí en la olla un cuarto de bote de vinagre y líquido del coco que nos quedaba. Pronto se iba a poner el sol pero aún se veía. Pedí permiso para quitarle un nudo lateral del tanga, total la guita se perdía entre sus nalgas como si no llevase nada. Ella asintió, se quitó el del otro lado y se lo sacó por delante, poniéndolo sobre la almohada. Había olvidado que hacía horas que yo era el desnudo con botas y sombrero explorador.

Mojé la tela de la funda de la almohada que era de un fieltro suave y se lo coloqué sobre la nalga afectada durante unos minutos.

—¡Hum qué alivio! —susurró ella.

Cuando se lo quité, se lo di para que lo tocara, estaba muy caliente, ella asintió, lo escurrí en uno de los cazos de coco y volví a mojarlo en la olla, ahora bajé por la pierna y continué así durante una hora. Ya era de noche, el equipo se había ido y Lucía se quedó dormida.

Acaricié a Senda que también estaba echada, oriné cerca, extendí el saco como puede por debajo de Lucía, nos tapamos con el otro saco y me abracé a ella sintiendo el calor que desprendía a lo largo de toda mi pierna. Pronto me quedé dormido.

DÍA TRES – PEPA Y MARÍA

—¿Qué es eso capitán? —me susurró cuando comenzaban a despuntar tenuemente las primeras luces.

Abrí los ojos y miré entre los sacos, por supuesto una erección matutina, no le di importancia y volví a cerrar los ojos.

—Es un polizón, me viene acompañando todo el camino, no sé si darle unos latigazos y lanzarlo por la borda, creo que no sabe nadar —bromeé abrazado a sus pechos desde atrás.

—No capitán, contrátalo como marinero y que trabaje, parece que está fuerte —comentó tapando nuestras cabezas con el saco superior —gracias por lo de anoche—. Fue lo último que dijo.

Salí a orinar de nuevo y observé que las cámaras enfocaban hacia mí, concretamente hacia alguna parte. Cuando volví, me preparé un taparrabos con la funda verde de la toalla después de pedir permiso a Lucía, era cómodo y bastante útil, le conté lo que me había pasado.

—No me extraña, ayer tarde yo creo que grabaron un especial de tetas, lo mismo alguno se la ha meneado a mi costa, ¿qué vamos a hacer hoy? —sonrió luciendo sus pechos desenfadada.

—Bueno princesa, por un lado mantener el fuego y traer el botellón lleno de agua, por otro buscar comida y preparar una nasa para pescar cangrejos o lo que sea y un rato de caza, ¡elige! —le propuse varias opciones.

—Fuego y agua, ¡qué bien te sienta el tanga! —rio mirando mi aspecto.

—Menos guasa. No bebas sin echarle unas piedras calientes.

—Vale, después me bajo a la playa, cuando te venga bien te pasas y me untas bronceador.

—Estupendo, pero no dejes de hacer tu parte, llévate los cocos por si no se llena fácil la botella —le comenté recordando su siesta del día anterior.

—Hola capitán, ¿me vas a hacer andar mucho, homínido de mal genio? —oí decir cuando cogía el arco y llamé a Senda.

Me volví y vi a una chica que cargaba su cámara en el hombro seguida de otra más menuda que hacía lo mismo unos metros atrás.

—¿Cómo dices que te llamas? Por fin una humana –comenté con sarcasmo.

—Soy Pepa, para servir a Dios, a usted y a mi querida jefa –sonrió extendiéndome la mano.

—Total, si nos veis en pelotas supongo que nos podremos saludar con un beso –la besé en las dos mejillas.

—Parece que a los chicos los cansas en las cacerías y les hablas de malas maneras. Se han ganado una buena bronca por tu culpa –explicó ella.

—Son unos pajilleros cabrones, dejaron que la chica se quemara sin parar de mirle el culo, y tú qué, ¿castigada? –comenté con ironía.

—No, voluntaria , quiero verte en faena.

—¿No iba a venir la médica? —le pregunté con interés.

—Parece que han comprobado que la has cuidado con mucho mimo y no era necesario –dijo con sarcasmo.

—Se supone que no podemos hablar –comenté mirando a la otra chica.

—Es mi hermana María. Paparruchas, estando aquí con las moscas un mes entero, o hablo o reviento –sonrió burlona.

—Hola María, eres casi tan guapa como tu hermana je je, seguro que eres la pequeña, venga que nos vamos cuñada, estoy convencido de que vosotras tenéis comida en la nevera –estaba convencido de que esta segunda chica, más reservada, era más joven y discreta.

Emprendí el camino y con senda detrás me acerqué con cuidado al lodazal de los jabatos, el día anterior había marcado las huellas, había muchas nuevas. Decidí preparar una trampa, la senda por la que llegaban pasaba al lado de un árbol de ramas verdes.

Me quité uno de los cordones que no eran los originales de las botas, le había puesto unos especiales muy fuertes de un metro y medio, lo que sobraba me daba varias vueltas alrededor de la zona superior de los tobillos.

Pude comprobar que el machete funcionaba a la perfección, lo llevaba cogido al cinturón que le retiré a los pantalones antes de canjearlos. De un solo golpe, no demasiado fuerte, dividía una estaca en dos. Clavé un par de palos en el suelo formando una X, até una rama flexible con el cordel y al otro lado amarré un disparador, otro palo corto con una mueca, pasé el lazo final sobre la X y preparé un percutor que afianzaba el disparador por debajo de la X y al ser pisados, unos palos saltaría todo atrapando la pieza por las patas.

Entonces me quité el taparrabos y le saqué la cuerda que cerraba el saco de la toalla, la utilicé para acordonarme la bota abierta y até la tela a la aljaba de las flechas.

—Mira Pepa, aquí puedes filmar huellas de jabalíes, después te enseño otras de cabras, no se lo dije a los chavales por lo chulos que se creen —sonreí con malicia.

—Gracias, eso que has preparado es una trampa, ¿tú crees que esa cosa funcionará? —se burló riendo.

Y mientras filmaba el lodazal, antes de terminar su frase completa, Senda dio una pequeña carrera haciendo saltar la trampa y quedando colgada por las dos patas traseras a un metro del suelo.

—La madre que te trajo, ahora tengo que repetir todo el trabajo —mascullé mientras la liberaba con bastante dificultad.

—¡Ostras! Sí que funciona, me dejas boquiabierto querido exhibicionista —bromeó Pepa mientras grababa nuestra situación al igual que hacía su hermana desde otro ángulo.

—Si me dejas tus pantalones, me cubro, no sé si tienes un pedazo de caderas o es que estás rellenita por las cartucheras, seguro que me vienen bien —me atreví a decir y tuve que sortear el lanzamiento de una piedra.

—Eres un borde —me contestó.

Senda, entre ladridos, intentó morderle entre una pierna saliendo en mi defensa. La situación se nos iba de las manos. Me puse serio, reconstruí la trampa ordenando que se distanciara a Senda y me concentré en la caza siguiendo otra vereda.

Vi varios conejos, al menos cinco, saltando y comiendo en un claro entre

varios arbustos. Con la mano ordené a las tres que se detuviesen, me acerqué reptando unos metros y después a gatas, ya que necesitaba urgentemente el taparrabos para no arrastrar mis partes nobles por la arena.

Me arrodillé lentamente, esperé que se cruzasen entre ellos para tener un blanco más grande, tensé el arco y disparé, sorprendentemente hice un doblete, corrí para alcanzar a mi perra, no fuese a suceder que con el peso se partiera la flecha, cogí la primera pieza que traía en la boca pero la segunda se soltó y escapó hacia unas matas, la cachorra salió tras ella y la trajo mordida por las oreja. La acaricié y animé. Entonces, sin dirigirme a nadie emprendí el camino de vuelta.

Llegamos bastante antes que María y Pepa. Bajé a la playa, le conté a Lucía lo de la trampa, el accidente con Senda y lo de las dos piezas. Le puse protector solar en hombros, espalda, nalgas y por detrás, en las piernas.

—¿Has hecho tu trabajo princesa? —pregunté a sabiendas de que sí, ya que lo vi al pasar junto al campamento.

—Claro capitán, fuego y bebida, ya que tu pones la comida, cocinero nudista —sonrió Lucía volviendo a su posición de placa solar.

Comencé a confeccionar una nasa para atrapar cangrejos. El armazón, no muy grande para preparar la malla pronto, sería de palos, unos secos y otros verdes para poder modelar la madera, todos atados con tiras de las bolsas de plástico de Viernes previamente trenzadas. Le di forma de rueda, una sola entrada de cono truncado, la boca ancha hacia afuera y la estrecha hacia adentro para que las piezas incautas no encontrasen la salida con facilidad. Dentro, una piedra para que se fuera al fondo y por carnada, vísceras de lagarto, loro y conejo atadas en el centro.

Me acordé de mi cinturón que no entregué con los pantalones, con él y con la funda de la toalla pude rehacer mi taparrabos, me lo puse y entonces se acercó Pepa.

—Oye, ¿te he ofendido? Si es así disculpa, no era mi intención, no controlo algunas bromas —dijo ella con algo de pudor.

—Nada que salga de esos labios me puede ofender. Puedes elegir entre amiga y la mujer de mis hijos, en cualquiera de los dos casos prefiero arreglar las cosas hablando que a pedradas —dijo con sarcasmo.

—No he tirado a dar. Te lo prometo. Lo dejamos en amiga. Gracias por la filmación, nos has ayudado mucho, de verdad –comentó Pepa señalando a María que grababa la nasa.

—De nada, un placer. Cuando redactes el contrato especifica “amiga con derecho a roce” –sonreí.

—Demasiadas mujeres a la vez –protestó.

—No para un homínido de mal genio con harén –bromeé de nuevo.

—¡Rencoroso! –murmuró Pepa mientras se retiraba sonriendo.

Me quité el otro cordón que por un lado amarraba la nasa y por el otro un palo que encajaría entre dos piedras en la marea baja para ver el resultado por la mañana. Bajé a la playa y la coloqué a la derecha, a unos metros debajo de las rocas de granito que fortificaban la cala.

—¿Qué tal Lucía? Nos vamos al campamento –dije señalando hacia arriba.

—Media hora más, ese modelito no te queda mal, vas progresando Balenciaga –contestó bromeando.

Limpié las piezas con facilidad con la ayuda del machete y las atravesé con un palo. Herví cuatro cuencos de agua con las piedras ardiendo. En adelante, utilizaría la olla.

Cuando la madera estaba hecha brasas puse la carne a unos centímetros y me dediqué a buscar más leña para pasar la noche

—¿Qué tal tu día de trabajo cariño? El mío en la fábrica horroroso –dije a Lucía cuando llegó, imitando a una familia burguesa.

—Fatal amor, solo he vendido una casa, y eso que he enseñado nueve –comentó bromeando mientras dejaba sus aperos de playa.

—Estás preciosa, ¿cómo llevas lo de la quemadura? –pregunté con interés.

—Pues la verdad es que no me he acordado. Me hiciste un buen apaño capitán –rio mientras se sentaba.

Comimos los tres, con una charla distendida entre Lucía y yo sobre lo

sucedido a lo largo del día. Luego Senda puso su cabeza en mi pierna para que la acariciara, la pobre debía estar cansada.

Antes de acostarnos, la chica repasó su neceser, montones de frasquitos, botecillos, pinceles, espejitos y muchas cosas más.

—¿Qué es eso?— le pregunté. Algo había despertado mi interés.

—Sombra de ojos —contestó enseñando un tubito con un pincel que roscaba en él.

—No mujer, eso —señalé directamente algo que parecía una lente de cristal.

—Una lupa para depilarme los pelillos que apenas se ven —me la pasó para que la viese.

—No la pierdas princesa, casi seguro que podemos encender fuego con ella, ya la probaremos, ¡se parece a los cuentahilos que utilizaba mi madre al coser! —exclamé al ver que tenía hasta luz.

—Y te reías de mi tesoro, ¿nos acostamos? Estoy cansada —se quejó.

—Y más que lo vas a estar —corrí hasta el catre, me quité el gorro, el taparrabos, las botas y me tapé.

Ella no tardó nada, ya que casi nada tenía que quitarse tampoco. Al rato roncaba suavemente abrazada a mi brazo. Entré en un duermevela, no sabía qué, pero algo me preocupaba. Suponía que serían las cinco o las seis de la madrugada cuando me sobresaltó una mezcla de gruñidos y chillidos que se debía de oír a kilómetros.

Los chillidos continuaban sin parar, di por hecho que mi trampa había funcionado, ahora sí que tenía un verdadero problema.

Vi luces de linternas que bajaban de la loma en la que estaban colocados los cuatro módulos que servían de oficina, comedor, servicios y dormitorios a los miembros del equipo. Los habían traído en helicópteros según me contaron. Los focos se perdieron hacia la zona en la que cazaba y los gritos no cesaban.

—Hola, ¿quieres ver esto? —dijo Pepa que traía su cámara al hombro seguida de su hermana y tres hombres del equipo.

Me levanté desnudo colocándome las botas, Lucía continuó durmiendo.

Me enseñó la grabación, era un jabalí mediano con dos navajas considerables, colgando de sus patas traseras sin parar de gruñir y chillar.

—Pues sí que tengo un problema –comenté asombrado a la vez que contento por el éxito de aquella trampa lazo.

—¿Crees que será difícil matarlo capitán? –preguntó con curiosidad.

—No sé, tengo que pensar, ¿qué hora es? –dije sin tener ni una mínima aproximación.

— Las seis y media capitán –contestó con diligencia.

—Bueno, voy a prepararme, ando escaso de material. Cuando salga el sol y se despierte Lucía iremos a ver qué se puede hacer, supongo que sobre las nueve, va a ser un día largo. Por cierto, ¿duermes sin rulos ni nada? Estás muy linda –sonreí porque me gustaba meterme con ella ya que al contestar salía por peteneras.

—No duermo por culpa de un capitán engreído y egocéntrico. Soy guapa por naturaleza, a todas horas. Por cierto, bonito pijama –sacó la lengua y se fue sonriendo triunfadora.

—Pepa, un momento, ahora en serio, sería conveniente que venga con nosotros el equipo médico –le tendí una mano que aceptó en señal de paz y noté que se iba algo preocupada.

DÍA CUATRO – PRIMERA TRAMPA

Primero oriné y después preparé todo lo que creía que me sería útil. Cogí el arco, la aljaba con las flechas dentro, el machete, el cinturón con el que me puse el taparrabos, la toalla. Con las primeras luces bajé a Playa Larga y busqué trozos de cordeles de plástico o nailon que traían la marea flotando.

Tuve suerte, había algunos más gruesos de cuatro o cinco metros que serían restos de arte de pesca y estaban en buen estado, eso sí, de todos los colores, verdes, marrones, azules y blancos. También me busqué un palo a modo de bastón, de más o menos mi altura al que le saqué punta por ambos lados.

Los del equipo estaban listos, incluida médica y asistente técnico sanitario. Todos pendientes de Lucía.

—Buenos días capitán, ¿tú no me estarás engañando con otra? —dijo al ver tanta gente alrededor.

—Que me saquen el corazón y me tiren por la borda princesa —contesté sonriendo y mirando hacia Pepa.

Ella fue hacia los arbustos caminando como una diosa con su tanga y sandalias de tacón desfilando entre el equipo. Volvió, bebimos agua y comimos un poco de coco.

—Hoy tienes que venir con nosotros, por lo visto ha caído una ardilla gorda en la trampa, si quieres te traes la tumbona y el protector, creo que la mañana va a ser larga.

—¿Una ardilla? Menuda tontería —protestó ella.

—¿No has oído los gritos y los gruñidos esta noche? —pregunté con curiosidad.

—He dormido como una reina, me estoy entrenando para el futuro —bromeó mi diva compañera.

Emprendimos el camino y pronto estábamos a unos metros del árbol en el que se retorció y chillaba el jabalí. Dejé todo el material en el suelo y lo contemplé. Pesaría unos treinta kilos, sus defensas no eran de trofeo pero sí lo bastante peligrosas para causar grandes heridas, unos doce centímetros en las

navajas. Me senté sobre una piedra a pocos metros y me concentré en pensar. El grupo se había instalado unos treinta metros atrás. Como a los veinte minutos se acercó Pepa sin hacer ruido.

—Si te da miedo matarlo, es normal. Llamamos a alguien y que le pegue un tiro —propuso con seriedad.



—Hola, ¿te han nombrado interlocutora? —pregunté con sarcasmo.

—No sé por qué creen que tenemos feeling. Pero vengo voluntaria —sonrió escéptica.

—El problema no es matarlo. Eso no me preocupa en absoluto. La cuestión es que me lo voy a llevar vivo. Por eso necesito tiempo para meditar. Se aceptan besos de la suerte —bromeé de nuevo.

—¡Estás loco capitán! —dijo después de besarme la frente.

—¡No lo dudes! Por ti, lo mismo enviudas antes de casarte guapetona —sonreí de nuevo.

Oí el murmullo del equipo al conocer la noticia y decidí que era hora de poner manos a la obra. Ordené con voz de enfado a Senda que no se moviese y me acerqué con las cuerdas, el arco y el machete, me volví porque olvidaba el palo largo y de paso me coloqué bien el sombrero de safari que bien se merecía la ocasión.

—¡Capitán, tenemos que hablar! —exclamó Lucía desde lejos.

Cuando una mujer te dice eso, o bien se va a romper la relación o disparte a perder mucho terreno en todos los aspectos que se te ocurran.

—Dime Lucía, ¿qué te preocupa? —pregunté con tacto después de acercarme hasta ella.

—¿Qué es eso de que te vas a llevar ese bicho vivo al campamento? —inquirió enfadada.

—Vamos a ver, mira princesa, el trueque es mañana por la tarde, si mato el jabalí ahora con el calor se estropeará la carne y solo podremos comernos como mucho una pata. Si lo llevo vivo compraremos muchas cosas, entre ellas varias clases de frutas para que estés más saludable y guapa. Creo que vale la pena intentarlo. Si da problemas lo mato, ¿vale? —intenté convencerla.

—Pero y si te hace daño con esos colmillos. Quiero estar contigo hasta el final. Además, ¿dónde lo vas a meter? —preguntó curiosa.

—No te preocupes, lo importante es ver cómo nos lo llevamos —le di un beso y acaricié a Senda que se estaba portando muy bien, quieta donde le dije.

Lo primero que hice fue preparar un lazo y con la ayuda del palo colarlo entre las navajas dentro de su boca, eran los colmillos de abajo que crecían curvos hacia arriba a la vez que se separaban hacia afuera. Cuando lo apreté enrollé la cuerda alrededor del hocico y no sin problemas pude hacerle un par de nudos. Tiré la cuerda sobrante hacia una rama y pude conseguir que quedase levantada la cabeza aunque no que parase de moverla, de hecho me dio un golpe, afortunadamente con el morro y el sombrero voló a tierra.

Por entonces, le colgaban libres las dos patas delanteras, las até juntas e hice lo mismo con las traseras. Lo siguiente fue unir las unas con otras, cortar la cuerda que levantaba el hocico y utilizarla para también tensarla, de manera que se pegase lo máximo a sus patas. Entonces parecía una pescadilla que se muerde la cola.

Al menos había dejado de chillar aunque no paraba de gruñir. Tuve suerte de que la rama de la trampa aguantase todo el proceso, afortunadamente la elegí verde y gruesa.

Me levanté e hice todos los estiramientos de músculos que pude, cogí el machete, me acerqué a la espesura y corté dos palos de unos dos metros y unos cinco centímetros de diámetro. Confeccioné, con otro palo como de medio

metro, una especie de “A” como aquellas de las que tiraban los caballos de los indios para arrastrar un cuerpo.

Con las cuerdas que me quedaban tejí una especie de red entre los palos más largos y puse la estructura debajo del maniatado animal. Corté la cuerda inicial de la trampa de la que pendía la pieza y cayó dando un buen golpe sobre la red. El jabalí intentaba moverse pero solo conseguía que su cuerpo diese pequeños saltos. Me quité el taparrabos y pasando la correa por debajo de aquella improvisada camilla conseguí sujetarlo con fuerza arriba. Me puse una de las cuerdas finas en el taparrabos, me lo coloqué de nuevo, me senté en la piedra y silbé a Senda que vino corriendo a lamerme y olisquear al bicho.

—Buen trabajo capitán, eres mi héroe —me felicitó Lucía dándome un pellizco en el carrillo.

—Ahora nos lo tenemos que llevar, no sé si podremos, se supone que con ese artilugio nos costará menos, voy a probar —levanté la punta que unía los dos palos largos y tiré hacia adelante, se desplazaba bien y reducía casi a la mitad el peso, pero costaba un buen esfuerzo.

—Hay casi un kilómetro hasta el campamento —protestó Lucía.

—Eso es porque hemos venido dando una gran vuelta. Pienso que yendo en esa dirección debe estar detrás de aquella duna. Voy a echar un vistazo —salí andando seguido de Senda y efectivamente a unos cuatrocientos metros rodeando el promontorio de arena se encontraba nuestra tienda.

Volví, comprobé que el jabalí respiraba bien, puse el arco, las flechas y todas las cosas sobre la camilla india y empecé a tirar, deslizaba bien pero a los cien metros estaba reventado. Descansé para respirar.

—Princesa me tienes que ayudar. Deja la tumbona y tus cosas que después vengo a recogerlas. A ver cómo andas de fuerte —la animé a que tirase conmigo y la verdad es que se notó. Descansamos cien metros adelante. Yo volví a por las cosas de Lucía y el paseo me sirvió de descanso.

—Lo vais a conseguir capitán. Hay que ser cabezota. Tengo que reconocer que te minusvaloré —me confesó Pepa mientras me acompañaba en el paseo.

—Pues esto no ha sido nada, sería capaz de mantener una conversación durante dos horas contigo —sonreí.

—No entiendo el mérito, ¿tan bruja soy? —bromeó ella.

—No, durante dos horas mientras te hago el amor —reí intentando que no se enfadase demasiado.

—Veo que no tienes arreglo, pero me caes bien, no sé por qué, lo investigaré —comentó risueña mientras encendía de nuevo la cámara.

Llegamos hasta donde esperaba Lucía. Yo dejé de nuevo la tumbona junto a sus cosas y comenzamos a tirar, esta vez hasta el pie de la duna, solo nos quedaba rodearla. Pepa siguió filmando. Volví de nuevo por las cosas que habían quedado otra vez atrás, descansamos un poco y en diez minutos estaba el jabalí en la zona del campamento. Le eché agua por la cabeza. Busqué una cañita fina, le partí los extremos, me llené la boca con un buche y metiéndole la cañita en la suya, detrás de las navajas, soplé por el otro extremo comprobando que se la bebía, menudo día llevaba el pobre.

Eran más o menos las dos de la tarde y nos quedaba algo de carne de los conejos que habíamos guardado entre las rocas de la playa, en una zona que parecía mucho más fresca. De paso que me acerqué a por ella, fui a supervisar la nasa. Le había dicho a Lucía que pusiera a hervir en la olla toda el agua que quedaba por si teníamos suerte. Y la tuvimos, había dentro seis cangrejos grandes y dos sepias, las piezas chicas se salieron por la malla al sacar el artilugio del agua.

—Tenemos conejo y marisco, además dos sepias, ¿las prefieres hervidas o a la plancha? princesa —le dije mostrando mis trofeos.

—Las sepias, ¿son como los calamares más o menos? Si es así a la plancha. Capitán eres un buen cazador, simpático y valiente, no podía pedir más —bromeó mi compañera.

—Seguro que sí, un maromo más joven con melena. Me está salvando el sombrero. Yo sí que me alegro, has hecho un buen trabajo tirando del jabato y me encanta ver ese pedazo de cuerpo que la naturaleza te ha dado. Mañana tenemos que lavar el bicho para que nos lo valoren mejor, ¿tienes algún champú bueno? —reí de nuevo antes de que me tirase la toalla hecha una bola a la cabeza.

—Mira que eres malo, no tienes arreglo.

—¿Qué te apuestas a que Viernes no trae la ropa? ¿Pasas frío? —le pregunté con interés.

—Yo no, ¿y tú?

—Solo si me levanto de noche y por la mañana a primera hora, pero poco, eres una buena estufilla. Te estás poniendo muy morena, el primer día se te notaban el culillo y los pechos algo más blancos, pero ahora estás como un coche que acaban de pintar, niquelada –no era adulación, Lucía lucía perfecta.

Cenamos de lujo, los cangrejos los hervimos con agua salada y los partimos con un par de piedras. Las sepias salieron blandas y sabrosas, las preparé sin limpiar como había visto en algunos bares de Portugal y aquello les dio más sabor al cocinarse. Senda no le hizo ascos a nada de lo que le dimos de comer.

Di de beber con la pajita tres o cuatro veces más al jabato antes de acostarnos, me daba pena la postura que tenía el pobre, pero la guerra es la guerra y lo necesitábamos para poder comer fruta y no perder las pocas vitaminas que nos quedaban, no era suficiente comer carne y pescado y teníamos muchos días por delante.

—Menudo día. Vamos a intentar dormir –le dije mientras echaba el saco superior.

—Me parece que no voy a dormir tranquila con el bicho ahí, ¿y si se suelta y viene a desquitarse? Ten el machete cerca capitán –comentó abrazándose a mi espalda.

DÍA CINCO – SEGUNDO TRUEQUE

Lo primero que hice al levantarme fue mirar cómo estaba el jabalí, respiraba y de vez en cuando gruñía, había estado así toda la noche. Le di agua con la pajita y se la tragó. Senda estaba echada a su lado, no sabía si pensaría que era otro miembro de la familia.

El sol ya levantaba un buen tramo. Lucía se despertó, comimos un poco de coco que quedaba y bebimos algo de agua hervida.

—El cochino sigue vivo –afirmó ella.

—Sí, y aunque se muera ahora no creo que la carne se pusiese mala. Hoy es el trueque, vamos a ver cómo se porta Viernes. Le dije a los de dirección que no sería mala idea que viniese acompañado para meterlo en la barca, ya veremos –comenté sin saber cómo lo haríamos.

—¿Qué planes tienes esta mañana? –me preguntó.

—Creo que voy a ver si pesco algo con el arco. Si nos traen fruta no necesitaremos mucho más de momento, ¿te parece ocuparte del fuego y bajar algo de agua? –le pregunté.

—Sí, pero ya va quedando cada vez menos en los charcos, cuando se acabe, ¿qué haremos? –planteó el dilema.

—Lo mismo llueve uno de estos días, si no la destilaremos –dije deseando que ocurriera lo primero.

—Después me voy a la playa hasta la hora de comer, si puedes ponerme protector antes de irte me vendría bien –dijo mostrando el bote.

—Pues claro que sí, será un placer –sonreí indicando que me lo pasara y le pedí que me pusiese un poco en los hombros.

Senda y yo caminamos por Playa Larga, primero por la arena para ver si había alguna cosa de nuestro interés. Conseguimos algunos trozos de cuerda, una de unos quince metros, y un par de corchos pintados de rojo de esos que se utilizan para pescar, uno arrastraba un anzuelo que tenía atrapado un pez muerto en mal estado. Lo comprobé y estaba bien, no se veía por ningún lado oxidado.

—Senda, yo voy a andar por el agua a ver si hay algún pez despistado –le

dije como si me entendiese.

Me calé el gorro después de darme una zambullida, el agua estaba clara y tibia. Comencé a andar despacio hacia nuestra cala, en más de cien metros no vi nada. Pronto vi algo que parecía una huella grande de zapato en la arena, era un lenguado semienterrado, le disparé a poca distancia en la cabeza, empezó a dar coletazos mientras yo presionaba la flecha contra el suelo para que no se escapara. Una vez estuve seguro de que no era una raya, lo cogí por la cabeza hasta que pude asir la punta y la cola de la varilla, era una buena pieza, le pasé una cuerda por la herida y me lo até al cinturón del taparrabos.

Empecé a ver salmonetes nadando unos metros delante, les disparaba y la flecha pasaba por encima como una cuarta. Con el lenguado no tuve problema porque le disparé casi desde arriba. Recordé haber leído que por la refracción de la luz en el agua, la imagen del pez aparece más alta que en su situación real. Realicé un par de pruebas disparando unos dedos abajo y pronto obtuve resultado. Desde allí hasta la cala arponeé cuatro salmonetes de buen tamaño, eso sí, por cada blanco erré al menos cuatro disparos.

Senda me había seguido andando por el agua y a veces nadando, era una perrilla todoterreno.

—Mira Lucía, cuatro salmonetes y un lenguado, nos hemos portado —le dije alzando mis trofeos con orgullo.

Senda se echó bajo la sombrilla buscando el fresco y yo me senté a su lado, hacía demasiado calor.

—Enhorabuena campeón, me encantan los salmonetes y también los lenguados, parece que vienes del mercado capitán —bromeó ella.

—Voy a ver cómo anda el jabalí, tengo que darle un poco de agua —me levanté y subimos hacia el campamento.

El bicho no se movía, pensé que estaba muerto, qué le íbamos a hacer. Pero no, de pronto se movió, estaba dormido el puñetero, el pobre se había quedado frito de cansancio.

—Toma un buche de agua —dije mientras le metía la cañita y soplaba. Se la tragó y tosió un poco, me dio alegría.

Senda lo lamió y se echó a su lado, estaba claro que sí lo consideraba de

la familia. Supongo que pensaría que nos había tocado la más aburrida de las mascotas.

—Venga, ánimo, que te vas a dar un paseo en barco —le di una palmada al pobre jabato dando un pequeño respingo.

Avivé el fuego sin echar demasiada leña para conseguir brasas y poder cocinar. Pronto tenía el lenguado en la olla con solo un poco de agua de coco y los salmonetes preparados como pinchitos. A los cuencos de coco, les eché unas piedras calientes con agua que había traído Lucía.

—Capitán, eso huele que alimenta —comentó Lucía a su llegada de la playa. Su cuerpo no paraba de sorprenderme.

—¿Ya no subes las cosas de la cala? —le pregunté al verla tan ligera de equipaje a cuerpo gentil.

—No, no creo que nos las vayan a robar —sonrió mientras se sentaba sobre una piedra en la zona que daban sombra las palmeras.

—Estás preciosa princesa, ¿qué tal lo pasas aquí? —le pregunté interesado por su ánimo.

—Pues la verdad, como si estuviese de vacaciones. Echo de menos algunas comodidades, como la ducha, el secador y otras cosas, pero como me he acostumbrado a los cámaras, que por cierto ni tugen ni mugen, estoy disfrutando de una sensación de paz y además me siento un poco estrella.

—Me alegro, yo también me lo estoy pasando fenomenal, disfruto con la caza y con la pesca. El paisaje es perfecto y afortunadamente nos va bien. He tenido suerte de que fueras tú la elegida. Esta tarde vamos de compras, a ver cómo se nos da —bromeé contento de que ella se sintiese a gusto.

Después de comer sesteamos un poco, Senda con el cochino y nosotros sobre los sacos, hacía demasiado calor, casi bochorno, me daba a mí que no tardaría en llover.

Horas más tarde vimos venir la barca, su color azul marino era inconfundible. Pronto se había deslizado sobre la arena y dos figuras comenzaron a subir hacia el campamento, la de Viernes era inconfundible, su compañero, más o menos de su edad, solo llevaba unos vaqueros cortos raídos a la altura de la rodilla y unas sandalias de las que usé de pequeño, enteramente de

goma.

—Buenas tardes —dijo Viernes al llegar mientras que su amigo levantaba la mano. Desde ese momento, los dos quedaron hipnotizados por el cuerpo de Lucía, especialmente con sus senos y trasero.

—Hola Viernes, espero que vengas generoso. Ya veo que has traído a tu amigo para llevaros el jabato —dije señalando hacia el bicho

—¡Coño, si está vivo! —exclamó Viernes mientras le decía algo ininteligible a su compañero.

—Claro, por si lo queréis criar en tu poblado para que se ponga más gordo —sonreí.

—¡Mátalo capitán! —gritó el chaval.

—No amigo, lo he cazado así para que se lo des como presente al jefe de tu tribu, para que vea lo valiente que es el capitán. Si no lo quieres, te puedes ir, no tenemos otra cosa que cambiar, lo suelto y aquí no ha pasado nada, eso sí, tu jefe lo mismo te quita el barco —dije muy serio.

—Vale — dijo poco convencido— ¿cómo nos lo llevamos? —protestó por la jugada que le estaba haciendo.

Cogí un palo largo de unos tres metros y lo pasé entre las patas delanteras y traseras del animal. Le di de beber agua con la pajita por última vez y le dije que lo levantasen y se lo llevarasen, que los acompañaríamos hasta la barca.

Una vez instalado el jabalí dentro de la barca, comenzamos con el truco. Tenía bastantes cosas a la vista, pero de nuestro vestuario nada.

—Bueno, ¿cuántos puntos vale el bicho? —pregunté interesado.

—Vosotros pedís y yo paro —rio de nuevo con la mirada fija en las tetas de mi compañera.

—Lo primero nuestra ropa —dije con energía.

—No puede ser, no la tengo —contestó sonriendo.

—Vale, pues entonces soltamos el cerdo —salté dentro de la barca y con el machete corté la cuerda que unía las patas traseras, las delanteras y la cabeza. El bicho quedó en la posición del que salta a la piscina de cabeza, pero con el palo

por medio todavía.

—¡Estás loco capitán! Toma, toma –dijo tirando a la arena una mochila que abrió Lucía sonriendo y comprobando que allí se encontraban nuestros enseres.

—También quiero esa pala, necesito hacer un wáter –dije con decisión.

—Toma, y no pidas más –me la echó de mala gana.

—Vale, pide tú princesa –le dije a Lucía.

Ella pidió frutas de todo tipo y colorido que venían bien colocadas en un cesto de mimbre, champú, cepillo del pelo, unas buenas tijeras, unos platos y vasos de aluminio, también unos juegos de cubiertos.

—Bueno, yo quiero el martillo, clavos de varios tamaños (que traía por cajas de cien), un rollo de buena cuerda casi de un dedo de diámetro y cincuenta metros, anzuelos de varios tamaños, sedal y plomos, y un equipo de pesca submarino con fusil incluido –dije vacilando un poco.

—Capitán no tenemos equipo submarino ni fusil, intentaré que me lo traigan para la próxima vez –dijo mirando preocupado al jabalí que no paraba de levantar la cabeza aunque tuviese todavía atados los hocicos.

—Vale, dame ese rollo de cuerda –dije más interesado en la bolsa de plástico transparente y grande donde lo tenía metido que en la cuerda en sí. Era del diámetro de los cordones y seguro me vendría muy bien para arreglar el churro de nasa que até de mala manera.

—Ya basta, que me vais a dejar sin nada –comentó el chico que estaba loco por irse.

—Queríamos un cubo de latón y un plástico grande para la lluvia, ¿cuántos sois en el poblado? –pregunté con interés.

—Unos ochenta con los niños –contestó de mala gana.

—Pero, ¿cuántos hombres estáis en edad de trabajar? – volví a interrogar con curiosidad.

—Unos treinta –respondió aburrido.

—Bueno, dame algo más y un trozo de dos cuartas de ese tubo que usas

para trasvasar la gasolina, seguro que os busco más comida que no sea pescado – intenté convencerlo para que fuese generoso.

—Esto y ya está, si me das tu palabra de traer más carne —echó un gran plástico doblado a los pies de Lucía y un pedazo de tubo que había cortado con el machete.

—La tienes— le dije—. El problema es que la mate dos días o uno antes de que vengas, se estropearía.

Bajó de la barca y me dijo que le siguiese a la espesura, allí cortó con su machete una planta que tenía muchas hojas y un tallo duro de poco diámetro. La llevó hasta la hoguera y la echó encima de las brasa, comenzó a salir mucho humo.

—Con esta planta, colocando la carne a esta altura, se ahúma y aguanta seis días, además espanta los mosquitos —marcó con la mano como a unos cincuenta centímetros del fuego.

—Así lo haremos, dale mis saludos a tu jefe —nos dimos la mano en señal de amistad.

—Está algo mayor, pasa en varios los setenta años, pero su mente tiene una claridad increíble, tiene nueve esposas y tres casas, es el mejor pescador del mundo —dijo tocándose el corazón en señal de respeto hacia su líder.

—Tú no tienes mujer, no tienes edad ¿verdad truhan? —dije recordando lo de la ropa de Lucía.

—¡No! Perdóname capitán, no digas nada por favor —dijo avergonzado, pero con cierta cara de odio.

—¿Tienes papeles o cualquier identificación donde aparezca tu nombre y tu fecha de nacimiento?

—No, los de la isla no tenemos papeles, solo sabemos nuestro nombre y el de nuestra madre, nada más.

—No te preocupes sinvergüenza, te entiendo, la princesa es preciosa — comenté restregando mi mano en su cabeza rapada para tranquilizarlo.

—A ver si me puedes buscar para la próxima una segueta para metal con hojas de repuesto y unos buenos alicates, seguro que me hace falta para cortarle

la cabeza a algunos clavos, ¿sabes escribir? –le pregunté en señal de que lo apuntase en una lista.

—¡No, ni leer! Ni yo, ni nadie de la aldea, pero no te preocupes, tengo muy buena memoria.

Emprendieron su camino de vuelta intentando no poner los pies cerca del jabalí, dejando una larga estela sobre el agua. Pronto se haría de noche, faltaba como una hora. Emprendimos el camino de regreso, cargados y contentos. Todo aquello nos facilitaría bastante el devenir diario.

—Has sido un poco duro con el chico –comentó Lucía cuando llegamos.

—Mira, no me importa cómo vas, es más, me gustas más sin ropa, pero el cómo nos vestimos debemos decidirlo nosotros, no un adolescente caliente como pide su edad. El chico, que no es un comerciante fenicio, ha pedido disculpas, no me extraña que se ponga como una moto, a mí me pasa lo mismo, eres una mujer de bandera –le tiré un beso de lejos y nos reímos.

Nos dedicamos a examinar nuestras nuevas pertenencias mientras Senda le daba el visto bueno.

Aproveché para hacer con los clavos y el martillo una escalera en una de las palmeras y con mi largo cinturón alrededor como medida de seguridad fácilmente pude echar cuatro cocos abajo, ya volvería a por más. Abrí uno por arriba y lo puse a fermentar.

—¿Te parece que nos comamos algo de fruta y los dos salmonetes que han quedado? –pregunté por decir algo, ya que no teníamos otra cosa.

—Pues claro —dijo ella mientras comprobaba cómo se encontraba nuestra ropa, que por supuesto no había sido lavada.

—Mañana me lavo el slip, seguro que es más cómodos que el taparrabos, me estaba empezando a hacer rozaduras –le comenté a modo anecdótico.

—Cuando nos acostemos le voy a poner una cremita a mi niño para que duerma como un bendito –sonrió con malicia.

—Me parece buena idea, no veo la hora de acostarme –dije mientras metía la cabeza en la bolsa de plástico para hacer una prueba.

—A ver si después de todo lo que has superado ahora te vas a asfixiar

haciendo tonterías –me regañó con cierta preocupación.

Comprobé que, a pesar de ser fuerte y resistente, se doblaba. Se veía bien alrededor, pero para mis planes necesitaba perfeccionarlo.

Después de cenar busqué unas cañas lo más gordas posible, corté con el machete dos rodajas redondas y busqué otras de menor diámetro que encajasen dentro de las primeras. Volví a probarme la bolsa y a la altura de los ojos le coloqué por fuera los aros grandes y por dentro metí a presión los pequeños, era perfecto, el plástico quedaba tirante y sin posibilidades de doblarse.

Herví el tubo transparente de la gasolina y, como estaba blando, le di la forma que quería a la vez que lo enjuagué por dentro, entraría por debajo de la bolsa y sobresaldría como una cuarta sobre mi cabeza. Para meterlo en la boca, doblé como cuatro centímetros de la punta sin que se hiciese pliegue, para permitir que pasase el máximo de aire. Solo tendría que atármelo por fuera de la bolsa a la altura de la frente.

—¿Vas a un baile de disfraces? Lo digo porque no se te olvide invitarme con tiempo para encargarme un traje –comentó socarrona Lucía.

—No, voy a pescar un pulpo gigante, con un poco de suerte comemos cefalópodo unos días, si no muero en el intento –sonreí.

—Tú estás loco capitán, ¿qué necesidad tienes si nos sobra comida? ¿Por qué arriesgar la vida en algo innecesario? –preguntó sin entenderme.

—Le preguntaron a un escalador que había perdido varios dedos de los pies y las manos que por qué subía a la montaña, qué necesidad tenía. Él contestó: “estaba allí majestuosa, retándome”. Pues el pulpo está ahí, esperándome.

—Seguro, se va a pasar toda la vida pendiente de que tú vayas a darle por culo. Estás tonto capitán, pero si eso te entretiene... adelante –comentó encogiéndose los hombros.

Preparé unas piedras atadas con una cuerda de las viejas. Busqué un palo recto para hacer una especie de lanza, necesitaba que fuese fuerte. Eché un clavo largo al fuego y esperé que estuviese al rojo vivo, lo puse sobre una piedra y con el martillo le di golpes hasta separar la parte plana trasera. Lo metí en agua hasta que se enfrió, después lo afilé en una losa de la playa por los dos lados, lo clavé en la punta del palo, en la que sería la zona de ataque, y rozándolo contra un

guijarro conseguí sacar más punta al filo exterior del metal y darle a la madera aerodinámica para que penetrase en la carne.

Por esa noche lo dejé, necesitaba idear algo que impidiese que el arpón se saliese hacia atrás, tal y como entra al intentar recuperar la pieza.

Nos acostamos y nos hicimos carantoñas hasta quedarnos dormidos. Aquella crema fue mano de santo para mis ingles.

DÍA SEIS – A POR EL PULPO

—Buenos días princesa, ¿qué tal has dormido? –pregunté al volver del cuarto de baño seguido por Senda.

Había preparado con la pala un agujero y puesto un tronco entre dos palmeras para asirse y estar cómodo mientras se realizaban funciones fisiológicas mayores, construyendo un pequeño espacio cubierto e íntimo. Se lo conté a Lucía, solo había que echar una palada de arena al terminar.

—Muy bien capitán, eres un encanto, ¿qué tal la cremita y los achuchones? –sonrió maliciosa.

—Muy agradables ambos, me apunto otra vez esta noche, como verás he cambiado el look, lo he lavado con tu champú –dije enseñándole mi slip.

—Muy guapo, yo también tengo que hacer la colada –comentó poniéndose solo los pantalones con intención de lavar el bikini y su camisa.

—Hoy voy a poner el plástico grande como techo para que nos proteja lo mejor posible si llueve, creo que lo mejor será atarlo con cuerdas y evitar que se corte o dañe. Después preparo lo del pulpo y voy a por él –hice el amago de arponear algo.

—Eso no me lo pierdo, me gusta verte vestido de extraterrestre –bromeó poniendo cara de tonta.

—Me pareció ver que tenías algo así como un bolígrafo metálico en tu neceser, ¿me lo puedes prestar? –le pregunté con la seguridad de que así lo haría.

—Pues claro que sí, es para el rabillo de los ojos, mucho diseño pero no lo utilizo casi.

Lo desmonté. La parte de abajo, que era metálica como la de cualquier bolígrafo caro, la desenrosqué y a base de paciencia pude hacer un agujero a cada lado en la mitad del tubo, pasando de lado a lado un sedal grueso y rematado con un buen nudo.

Lo puse en la punta del arpón como un capuchón, como no asomaba la punta del clavo lo saqué y lo rebajé en la piedra hasta que asomó. Con ayuda del machete y el martillo conseguí abrir un corte vertical en la base del bolígrafo

haciéndole dos aletillas que serían las que sacarían la pieza móvil.

La idea era que al atravesar el pulpo, si tiraba hacia atrás, la punta del bolígrafo se soltaría gracias a las aletillas y como estaba atravesada por el sedal por el centro quedaría cruzada en la herida, impidiendo que el cefalópodo se escapase, de todas formas también clavé debajo del clavo del arpón otros dos más pequeños, a modo de las plumas de flecha para que impidiesen que, una vez hincado, retrocediera.

Por último, confeccioné una especie de garfio con una rama, dejándola en forma del número 1 con el rabo como de medio metro, le saqué punta al saliente más corto para que al tirar hacia mí, engancharse la pieza por detrás e impidiese que se agarrase a las piedras.

—Cuánto trabajo capitán. Vas a gastar más calorías que si te comieses el pulpo entero –sonrió Pepa que me estaba grabando.

—Ríete, después lo mismo lo quieres probar –seguí a lo mío.

—Demasiados brazos para un solo animal –rio de nuevo.

—Abrázame para ensayar por si me atrapa –le dije tendiendo los brazos.

—Entrena con tu princesa –contestó retrocediendo con la cámara.

—Me gusta que estés celosa. Pero te digo una cosa, desde que te conocí, cada vez que cierro los ojos veo tu cara, me pierdo en tus ojos y me fundo en tus labios –me levanté y me fui sin mediar palabra, necesitaba un corcho blanco de los que había visto en la playa.

—Mira Lucía –Senda traía un corcho y yo otro.

Coloqué el corcho entre dos piedras, puse el capuchón en la punta del arpón y le di a Lucía el otro extremo del sedal. Lo atravesé de un golpe certero y tiré hacia atrás, salió el palo solo con los clavos.

—Tira –le dije indicando el sedal.

Lo fue recuperando y el corcho lo siguió detrás porque tenía la punta atravesada y ella tiraba del centro.

—Eres un genio capitán. A ver si te funciona –chocamos las manos.

—Buen intento sin agua y sin pulpo –se burló Pepa desde atrás.

Una vez preparado todo nos fuimos hacia las rocas. Desde arriba le indiqué a Lucía que aquel era el sitio.

—¿Dónde está el pulpo? –preguntó ella con curiosidad.

—Mira allí, cuatro metros más abajo, ¿qué ves? –dije señalando hacia el fondo un poco delante.

—Al pie de aquella roca veo muchos destellos plateados –contestó sin saber si me refería a aquello.

—¡Exacto! Son conchas, los pulpos se comen los mejillones y dejan las sobras en la puerta de su casa que suelen tapar con piedras. Cuando les da el sol a las que se ofrecen a la vista, su parte interior brillan como espejos y los delatan, por la cantidad debe ser muy grande. Ya veremos.

Lo preparé todo. Al final del sedal até una cuerda larga que llegaba hasta Lucía. Le dije que la cogiera. El machete lo llevaba en su funda cogido al cinturón, en la mano izquierda preparé el palo que haría de garfio y las piedras, la derecha libre con la lanza, en la que comprobé que la punta del bolígrafo estaba bien fijada al clavo y atada al sedal.

Solo entonces, fue cuando me di cuenta que estábamos rodeados de cámaras y la alcachofa del sonido, que a veces no traían, pululaba por el aire.

A Pepa le había tocado grabar en el agua con una cámara submarina y una pequeña botella. Ya estaba flotando.

Senda estaba absorta, sobre todo cuando me coloqué el artilugio de plástico como máscara, metí el tubo por debajo introduciéndomelo en la boca y lo aseguré por fuera con una cuerda en mi frente que acababa rodeando el cuello para que no entrase mucha agua.

Pensaba que si fallaba lo podía pasar mal, por otro lado sería fácil romper la bolsa, pero lo que menos me gustaba era llevar las botas, aunque no me fiaba un pelo de los erizos de mar o cualquier cosa que me pudiese picar, cortar o pinchar.

Realicé una primera prueba metiendo la cara en el agua, ¡que claridad! Veía perfectamente hasta el fondo. Respiré varias veces preparando la apnea, salté en vertical hacia las conchas de mejillón, las piedras me hicieron bajar rápidamente y una vez estuve de pie en el fondo pude ver el color púrpura de las

patas de un gran pulpo, montones de ventosas redondas y blancas de muy diferentes tamaños, su abultada cabeza y sus ojos mirándome con curiosidad.

A pesar de las piedras, pude usar las dos manos para atravesar al animal, el arpón casero entró entero, casi medio metro hacia el fondo de la cueva, cayeron hacia abajo los pedruscos que utilizaba para tapar parte de su entrada, uno, al darse la vuelta, resultó ser una calavera, tenía un buen agujero en la parte superior del cráneo y le faltaba la mandíbula inferior. Por unos segundos me quedé atónito.

Reaccioné, metí el garfio hasta el fondo pegado al techo de la oquedad, lo giré, apreté hacia abajo y tiré hacia mí, solo lo moví unos centímetros, pero lo noté clavado. Solté las piedras y todo lo demás, salí braceando y pateando, logrando llegar pronto a la superficie a pesar de las botas. Me pareció ver pasar una gran mancha blanca y negra a mi derecha, hacia el fondo, pero no le di más importancia, sería del esfuerzo, que en total no llegaría ni a dos minutos desde el inicio.

Me senté al lado de Lucía y me quité la bolsa intentando recuperar el resuello mientras Senda me lamía el agua salada de la espalda.

—Es muy grande, se ha pegado con las ventosas a la roca y no hay quien lo arranque —dije resoplando contento de haberlo arponeado.

—¡Esto tira! —gritó Lucía señalando la cuerda.

—Trae —cogí el cabo y comprobé que se tensaba cada vez más, jalé y cedió un trecho. Pensé que intentaba nadar hacia más profundidad o se disponía a cambiar de escondite, si estuviese en las rocas ni se movería el sedal.

Afortunadamente, la propulsión de un pulpo es por chorros de agua, movimiento que no tiene nada que ver con la fuerza de un pez.

Tiré, pesaba mucho, pero cedía. Recuperé hasta verlo abierto como un paraguas. Aterrizó a un par de metros en una roca y tendió sus tentáculos para agarrarse con las ventosas. Podía ver el arpón desprendido, el sedal que se introducía en su cuerpo y el gancho que tendía a flotar clavado detrás de su cabeza.

Sin dudarle me sumergí. Tiré con todas mis fuerzas y pude cogerlo también por una pata, apoyé los pies en la piedra y apalanqué sobre ellos, el cefalópodo se soltó e hizo presa en mi mano, saqué la cabeza, respiré y salí del

agua con la presa.

Me costó despegármelo, se desplazaba despacio por mi cuerpo y temía que me mordiese con el pico de loro que tienen en el centro, entre sus patas. Pude darle la vuelta al saco de su cabeza y clavarle el machete entre los ojos mientras Lucía chillaba y Senda ladraba.

Metí mi puño dentro del hueco de la cabeza y me lo eché al hombro. Sus patas arrastraban por el suelo, al menos medía un metro setenta de largo. Fue el invento del bolígrafo cruzado en su herida lo que permitió nuestro triunfo.

—Capitán, estás como una puta cabra, me vas a matar de un susto – protestó Lucía.

—Mañana bajas tú por otro princesa –bromeé.

—Eres más tonto que valiente. Eso no cabe en la olla –me aclaró por si no me había dado cuenta.

—Capitán, estás chalado, parecías un extraterrestre –se burló Pepa que volvía con el equipo.

—Y tú una sílfide. Ahora tengo más idea de lo que escondes bajo tu ropa –dije contemplándola en bañador.

—Menudas marcas te ha dejado con las ventosas. Al final, lo mismo sí lo pruebo –sonrió Pepa sin hacerme caso.

—¿Has visto algo raro ahí abajo? –pregunté con seriedad.

—No, ¿por qué?, ¿había algo? –dijo con interés.

—No por nada, solo por curiosidad –comencé a andar pensando en el cráneo y en la sombra blanca y negra.

Corté dos patas, en su inicio eran casi como la muñeca de Lucía. Las puse en una piedra y les pasé varias veces a lo largo un tronco pesado haciendo las veces de rodillo para que le abriese las fibras, esas las herviríamos, primero asustarlas tres veces en el agua para que no se cayesen las ventosas y después unos cincuenta minutos en el fuego, hasta que un clavo las atravesase sin problemas.

Al resto del cuerpo también le pasé el rodillo, a esta parte la pusimos entera para que se ahumase con las plantas que me había dicho Viernes, como a

medio metro sobre el fuego.

Una vez hervidas las patas, como no teníamos salsa que echarle, las pusimos un poco a la brasa.

—Esto está de muerte campeón –dijo Lucía mientras lo saboreaba.

Aquello de muerte me recordó el cráneo. Preferí no contarle nada, lo mismo se le quitaban las ganas de comer. Senda también masticó y saboreó a su gusto, echada a mis piernas siempre en busca de caricias.

Había preparado encima de la lumbre una especie de sombrero para que pudiésemos hacer allí la vida si llovía y no hacía demasiado viento, más o menos tres por tres metros, así de paso teníamos un tendedero encima del fuego.

—Esta tarde vamos a cazar un rato, parece que se está nublando y lo mismo después no podemos salir en unos días –le comenté.

—Yo me iré a la playa, que hace bochorno –contestó ella.

—Ten cuidado, no te metas profundo –dije recordando la sombra que vi en la profundidad.

—Eres un sol capitán –sonrió sin tener idea de qué me preocupaba.

Por la tarde salimos a intentar cazar, Senda me seguía por detrás, cada vez se portaba mejor, parecía que llevaba toda su vida conmigo.

—Hola capitán, menudo número el del pulpo. Yo creía que te ibas a asfixiar con la bolsa, ¿es que entiendes de todo? –rio burlona Pepa.

—Menos de operadoras de cámara bonitas, de casi todo. Todavía estoy esperando nuestra primera cita. Ya sabes, “no te cases sin ver, ni firmes sin leer” –bromeé.

—¿Has pedido mi mano? –se burló.

—María, un momento por favor –llamé a su hermana que pronto se acercó.

—Dime, ¿qué quieres? –me preguntó.

—Que me concedas la mano de tu hermana –dije muy serio.

—Si ella está de acuerdo ningún problema, bueno sí, uno, ¡menudo

cuñado me espera! –bromeó.

—Ya está, dame un beso Pepa –pedí mostrando mis morros.

—Anda y ponte a cazar guasón –me increpó ella.

Llegamos a una garganta entre piedras de granito, las paredes eran verticales de unos tres metros, la anchura del paso sería de dos y tenía un largo de casi cinco con una curva pronunciada en el medio que no permitía ver los dos extremos. Comprobé por las huellas y las heces que era un paso de cabras. Mi mente comenzó a dar vueltas pero pronto dejé la idea apartada al ver a unos cien metros echarse un bando de perdices.

Avancé agachado, me escondí detrás de un arbusto, contuve la respiración, apunté, tense la cuerda y disparé. Pronto tenía a Senda a mi lado con un macho en la boca y la flecha colgando de su pecho.

Continuamos y abatimos un conejo, nos pasamos por el lodazal y allí había unas huellas de jabato impresionantes, por su separación debería ser un verraco monumental.

Senda anduvo olfateando un rastro y se paró, me acerqué, la perdiz salió volando, pero la cachorra se mantuvo en el sitio, era un nido, tenía doce huevos, cogí seis, ya teníamos bastante comida, todavía quedaba bastante fruta y así la perdiz seguiría incubando el resto.

Cada vez se nublaba más, así que volvimos. Al poco de llegar comenzó a llover. Le pregunté a Lucía si los charcos estaban destapados, me confirmó que sí que estaban casi secos. Quedó encantada con los resultados de nuestra cacería, quería hacer unos huevos fritos y otros duros.

Pasamos la tarde charlando después de meter toda la leña que fue posible debajo de nuestro jergón para que se mantuviese seca, había suficiente para unos tres días, no teníamos problema.

—Cuando deje de llover voy a intentar capturar una cabra viva con su chivito, por las huellas he visto que llevan crías, deben de pasar hacia este lado por la noche y hasta el otro al amanecer –le expliqué para que se hiciese una idea.

—No paras de inventar capitán, tienes que tener un cerebro especial, a poca gente se le ocurrirían tus locuras y disparates, que de momento tengo que

reconocer que funcionan –me animó con la idea.

Cenamos huevos fritos, algo más de pulpo y fruta. Dejamos cocinándose la perdiz y el conejo juntos, aderezados con trozos de fruta que seleccionó Lucía.

Comenzó a arreciar. A pesar de mojarme, preferí buscar y poner unas ramas más sobre el techo del chozo para proteger más el fuego.

Nos acostamos, jugueteamos largo rato y después dejamos que Senda se acostase a nuestros pies por la que estaba cayendo.

DÍA SIETE – ORCA Y DESFILE DE LUCÍA

Como estaba lloviendo, nos levantamos bastante tarde. La falta de televisión, radio o periódicos se suplió con una larga sesión de caricias y besos, cuestión muy de agradecer cuando tienes una pareja, gracias al azar, que es una preciosidad.

El plástico nos había protegido a la perfección, no dejaba de ser curioso para mí cómo iban a sacar en el estudio conclusiones de adaptación, si aquello iba sobre ruedas.

Sobre las diez de la mañana dejó de llover, habíamos desayunado huevos duros y fruta; la perdiz y el conejo estaban cocinados y quedaba mucho pulpo seco.

—Me voy a ver el tema de la cabra, ¿qué vas a hacer tú? —le pregunté con curiosidad.

—Me voy contigo capitán, si no me mandas faena —sonrió traviesa.

—Vale, ponemos unos buenos troncos para que dure la candela y nos vamos de safari —dije calándome el sombrero.

Cogí el arco, las flechas, el machete y cuerdas de varios diámetros. Bajé a poner en la nasa las vísceras de las piezas del día anterior y calarla a un par de metros de profundidad.

Llamé a Senda que paseaba por la orilla de la cala y vi una aleta en la bocana, entre los dos promontorios de rocas que se desplazaba hacia adelante y hacia atrás, pendiente de ella. No me gustó nada, recordé la sombra blanca y negra del fondo y por su perfil hubiese jurado que se trataba de una orca.

Nos abrigamos por primera vez desde que vinimos, con los pantalones y las camisas, y los tres salimos a dar el paseo seguidos de cuatro cámaras, dos técnicos de sonido con sus largas varas para las alcachofa con micro y dos que llevaban lonas plateadas para reflejar la luz. Menudo sigilo, era como para ponerse a cazar.

—Esta es la garganta. Mira, la lluvia ha borrado casi todas las huellas que había. Estas son de esta mañana, ves que se dirigen hacia la otra parte de la isla, no sé qué vendrán a buscar por la noche a nuestra zona, quizá sal —le expliqué a

Lucía.

—Estas chicas son las de las cabrillas que tú dices —me preguntó.

—¡Sí! Esa es mi chica, una perfecta exploradora. Las otras son de cabra salvaje y aquellas son la del jabalí grandísimo, es el mismo verraco del lodazal — la felicité por sus dotes de exploradora.

—Gracias, tengo de quien aprender, ¿jabalíes y cabras andan juntos? — sonrió sin demasiado convencimiento.

—Al parecer sí. Mira, lo primero que voy a hacer es poner una cerca en este lado, no se ve al entrar por el otro lado —comenté mientras pensaba.

La preparé rápidamente con el machete cortando palos de la zona más espesa de vegetación, me valía con que tuviesen dos metros, la afiancé clavando dos estacas junto a las rocas que formaban la pared. No tuve que darle más de metro y medio de altura, eso sí, más barras paralelas para que no se colasen las crías.

Al otro lado hice guías de dos metros con dos palos en cada lado y coloqué la cerca en la parte superior, en alto para que pasasen por debajo, también como a un metro y medio, como gatillo disparador, una vara delgada ya que la cerca no pesaba demasiado, esta llevaba más red de cuerda que madera, el disparador lo activaba el nailon de pescar, cogido de lado a lado y por el centro hasta la vara, bastaría un leve roce para que la trampa se cerrara. De nuevo, la primera presa fue Senda, que andaba despistada.

—Parece que funciona —comentó Lucía sorprendida.

—Princesa, ¿qué esperabas? —bromeé.

—Pero verán la trampa, y se irán, ¿no? —preguntó con curiosidad.

—No hemos pisado sus huellas, ni tocado sus cagadas, entrarán de noche, sin luz, las nubes ocultará la Luna y el brillo de las estrellas. No creo que vean nada, les guiará su olfato. Ya veremos mañana.

—Lucía, hay una cosa que me preocupa —dije con seriedad.

—Dime capitán —respondió ella con interés.

—Me ha parecido ver la aleta de una orca en la cala, no sé muy bien en qué sitio del mundo andamos, pero si te das un chapuzón que sea rápido y con

mucho cuidado, es algo que tenemos que solucionar.

—No me asustes, tendré cuidado, ¡a menudo sitio nos han traído! – protestó enfadada.

Volvimos paseando despacio. Vimos cómo cruzaba la vereda una tortuga de tierra, muy lenta. Lucía preguntó si nos la íbamos a comer. Le contesté que me daba pena, que para un animal que podría vivir cien años y tenía poca carne, podíamos perdonarlo. De todas formas, si nos hacía falta, al ritmo que iba no andaría muy lejos, sería fácil cruzársela otra vez.

Llegamos al campamento, comimos conejo con perdiz y después separamos un rato, como una hora.

Subí a por agua y pude comprobar que el aguacero había llenado casi todos los charcos. En ese sentido, no tendríamos problema de aprovisionamiento en algún tiempo.

—Princesa voy a comprobar la nasa –dije mientras me preparaba para bajar.

—Voy contigo, está clareando y voy a ver si tomo el sol un rato – comentó quedándose de nuevo solo con el tanga.

Volví a pensar que daba gusto verla, menudo cuerpazo. Llamé a Senda que andaba despistada siguiendo a un escarabajo.

—Ten cuidado si te bañas –le dije mientras se instalaba en la tumbona—. ¿Quieres que te ponga crema protectora? –pregunté servicial.

Saqué la nasa, tenía ocho cangrejos grandes, una sepia y un calamar. La puse sobre una roca para subirla al campamento y repararla. Miré hacia la playa, vi que Senda recorría la orilla husmeando, miré hacia la bocana de la cala y allí estaba la aleta larga estrecha y negra, moviéndose de un promontorio de granito al otro, de pronto viró y se dirigió hacia la orilla.

—¡Senda ven aquí! –grité con todas mis fuerzas.

La perrilla salió corriendo hacia mí, Lucía se incorporó y le indiqué dónde estaba la aleta, que continuó unos metros hacia adelante, pero al parecer comprobó que ya la playa estaba desierta, no tardó en dar la vuelta y desaparecer por la bocana hacia la izquierda.

Llegué con la nasa y Senda, bajo mi brazo, hasta la sombrilla. Me senté y miré a los ojos a Lucía que tenía cara de espanto.

—Lo sabía, ya te lo dije, menudo problemón tenemos —comenté perplejo.

—Menudo bicho, esto es una locura, ¿qué vamos a hacer, no acercarnos a la playa? —preguntó con tristeza.

—No te preocupes, ya pensaré algo —contesté sin parar de darle vueltas a mi cabeza.

Bajé a por un poco de agua salada para aderezar algo el hervor del marisco. Me acerqué a la orilla con un vaso de aluminio, Senda estaba a mi lado, de nuevo apareció, primero una cuarta, después dos y luego la aleta entera, navegando de lado a lado de la ensenada. Pude ver como inclinaba la cabeza para poder ver la playa, entonces viró y vino lentamente hacia nosotros, se sumergió a unos cincuenta metros, nos retiramos corriendo hacia arriba.

Observé que a unos veinte metros de la orilla asomó la cabeza, se volvió al no ver nada y desapareció bajo el agua.

—¡Estás muerta hija de puta! —grité con todas mis ganas—. Si quieres vivir, más vale que te vayas —estaba decidido a poner un remedio a aquello.

Los cámaras que me estaban mirando lo habían filmado todo. Lucía bajó corriendo a ver qué pasaba, se lo conté y se quedó anonadada, aquel animal iba a por nosotros, era el diablo de la cala, nos había secuestrado la playa.

Me quedé un poco rezagado estudiando palmo a palmo el terreno. Ya tenía varias ideas pero no casaban unas con otras, como el aceite y el agua.

—Capitán, son molinos de viento, no gigantes. Déjalo estar —susurró Pepa que pasaba a mi lado con su cámara.

—Amada Dulcinea, vive Dios que si no os hago el amor antes de enfrentarme a la bestia, probablemente deje mi vida en tal desequilibrada justa. Veo que me empezáis a conocer y mi vida preocupa a vos —contesté burlón.

—Estás loco, dedícate a tu princesa y no hagas tonterías —quiso parar la broma en aquel momento.

—Al menos, prometedme que podré lucir en el torneo una prenda de la señora que defiende, me daría mucha fuerza, ¡pardiez! Y tenéis mi palabra de

que hablo en serio –sonreí preocupado.

—¿Tal vez mi tanga caballero? –rio enseñando una guita verde que adornaba su cadera.

—Bonito color mi señora. Acepto representarte con esa prenda y ¡por todos los demonios del averno!, no la lavéis a fin de que sus encantamientos no pierdan pureza y me defiendan llevándome a la victoria –contesté ya un poco pesado.

—No digas más tonterías capitán –protestó ella cansada de tantas payasadas.

—En dos días o tres esta cala se va a llenar de sangre, el único problema es que no sé exactamente de quién –presumí estúpidamente.

—¡Tú estás loco! Eres la persona más inconsciente que he conocido en vida –dijo ella intentando molestarme.

—Por ti. El tanga me gustaría quitártelo con los dientes, en cualquier caso espero que tengas palabra y me lo prestes –intenté flirtear.

—¿Qué necesidad tienes de meterte en líos? –preguntó desafiante.

—Tengo que defender lo que es mío. Pero no te preocupes, sé que probablemente por muchas horas que te lo explique no me entenderías –comenté prepotente.

—Prueba, tengo curiosidad –dijo con sarcasmo.

—Tú comprendes por qué dos hombres se pueden matar por un aparcamiento o una silla, ¿vale la pena un cacho de asfalto pintado en el suelo o un trozo de madera para descansar el culo? –la interrogué con curiosidad.

—Pues claro que no, lo he pensado muchas veces –dijo convencida.

—Las dos cosas valen una mierda, pero detrás está el honor, la honra, la virilidad, la potencia, la energía que bombea adrenalina y presiona el corazón, ¿lo has entendido? –pregunté a sabiendas de que la respuesta sería negativa.

—Por supuesto que no –contestó un tanto grosera.

—Pues pasa palabra, ¿cuándo me vas a besar, o cómo lo harás, mientras estoy vivo o esperarás a que esté muerto? –bromeé intentando chantajearla.

Abrió el trípode de la cámara, la colocó sobre mí, se acercó, me cogió el cuello con ambas manos y me besó con pasión durante un breve momento. Apaño sus bártulos y emprendió el camino.

—¡Rápido como un relámpago, contundente como un rayo, abrumador como la lluvia y sobrecogedor como el huracán; ¡Buen beso, valió la pena esperar! —le grité lo más alto que pude.

Ella se volvió al oírlo e hizo un gesto con la mano que se antojó que habría más en el futuro.

Al menos, por unos instantes había dejado de pensar en la puñetera orca. Volví al campamento.

—¿Me vas a dejar por otra? —bromeó Lucía burlona.

—¡Qué va! Cuando nos vayamos de aquí lo mismo hay boda. He pensado en casarme contigo pero como puedo ser tu abuelo no querría que terminases cambiándome pañales. Así que vamos a disfrutar del momento — justificué mi tonto con Pepa.

Aqué era mi día de suerte, recibí otro beso. A pesar de todo había algo que me concomía por dentro. Intenté entretenerme jugando con Senda y preparando las cosas que me podrían hacer falta por si funcionaba la trampa.

Hervimos cuatro cangrejos, dejamos el resto en la nasa, los mantendría vivos echándola al agua, ahumamos la sepia y el calamar. Teníamos mucha comida, demasiada, y terminaría por estropearse.

— ¿Crees que habrá algo en la trampa capitán? —preguntó Lucía.

—Claro, si no me meto yo, y tenemos un gorila —bromeé tirando del bello de mi pecho.

Comimos los tres con tranquilidad, partiendo el marisco con el martillo, un poco de pulpo y algo de fruta que se empezaba a acabar.

—¿Vas a venir a ver la trampa conmigo princesa? Lo mismo necesito ayuda —dije porque quería que viniese.

—No me lo perdería por nada del mundo, además tengo que cuidar de Senda mientras tú toreas —sonrió burlona, entretanto la acariciaba.

—Me gusta el cambio que estás dando, en serio cada vez te tengo más

afecto, tengo suerte de que fueses tú y no otra, ¡de verdad! –dije lo que pensaba de verdad.

—No digas tonterías –se quitó unas lágrimas como si le hubiese entrado algo en el ojo.

Me puse de rodillas a su lado, acaricié la cabeza de nuestra mascota y besé la lágrima que le corría por la otra mejilla.

—¿Nos quieres hacer un pase de modelos? –le propuse con intención de animarla.

—¿Con qué? –preguntó con curiosidad

—¿Con lo que se te ocurra? Con todo lo que tienes, los sacos, las camisas, unos cuencos de coco –dije poniéndome dos en el pecho.

—¡Vale! –dijo encantada mientras se iba para la choza.

Preparé unos haces de tallos de los que se parecían a los del maíz y los puse estratégicamente para iluminar la pasarela, también puse por el camino algunos de los tronquitos que estaban ardiendo con llama y avivé el fuego de la candela.

Preparé todos los objetos que podían hacer ruido a modo de batería musical alrededor de la tumbona que me servía de silla y busqué dos palos que me servirían de baquetas. Esperamos un rato que aproveché para jugar con Senda.

—¿Estáis listos? –nos preguntó sin asomar.

—Un momento –encendí las improvisadas antorchas y el corto camino se iluminó—. ¡Ahora! –grité para darle la entrada.

Apareció maquillada, con un vestido largo de noche que se había confeccionado con un saco y dos cinturones, un pronunciado escote y una pronunciada apertura en la falda por la que asomaba su larga pierna al andar. Se había atado las tiras de sus sandalias hacia arriba a modo de romana. Desfilaba como una verdadera modelo.

Comencé a tocar la batería y a cantar. Senda se sumó con sus aullidos.

Me pidió las botas, el sombrero, el machete, el cinturón y volvió al camerino corriendo. Lució un modelo tras otro, de india con el arco, de safari

con camisa y sombrero, minifalda con la toalla, de no sé qué con mi bolsa de buceo, de novia, y como colofón un sujetador de red, mi slip recogido de manera insinuante y unas alas a la espalda de ramas de palmera cogidas a un cinturón amarrado bajo el pecho y otro en las caderas que envidiaría Victoria Secret.

Silbidos, bailes, aullidos, aplausos y tambores. Fue una noche perfecta para evadirnos de la tensión.

Brindamos con agua de coco fermentada, eso que llaman kéfir, que ya daba cierto sabor a alcohol, según dicen muy saludable e indudablemente nos embriagó. Aquella fue una noche maravillosa, imposible de olvidar.

Resultaba curioso cómo habíamos asimilado que el equipo evolucionase grabando alrededor mientras nosotros estábamos absortos en nuestro devenir, incluso Senda no prestaba la más mínima atención a las demás personas, aunque pululasen de un lado a otro sin parar.

Acabada la jornada, ni nos planteábamos qué era lo que podía haber quedado plasmado en la grabación.

Nos acurrucamos para darnos calor y pude sentir la calidez de aquella piel tan joven y agradable, me dio la sensación de que allí se alojaba una niña en un despampanante cuerpo de mujer.

DÍA OCHO – TERCER TRUEQUE

Despertamos abrazados, rodeados de prendas como en una boutique. Nos besamos y sonreímos sin parar.

—Una noche preciosa. Gracias –dijo Lucía mientras se desmaquillaba.

—Suponía que la magia estaba dividida entre el corazón y el cerebro, pero indudablemente tu cuerpo es mágico princesa –sonreí pellizcándole un carrillo.

Desayunamos coco y nos preparamos para la cacería. Había más miembros de lo normal en el equipo. Noté que murmuraban, estaba seguro de que alguno se habría acercado y la trampa había funcionado, no tenía sentido el aumento de plantilla.

Cogí las cosas necesarias, entre ellas un garrote largo que me preparé para andar y emprendimos el camino, en fila india, Senda la segunda y Lucía detrás.

Llegamos a la garganta y lo primero que pude ver fue que la cerca que estaba en alto había caído. Al acercarnos, vi dentro un chivito negro al lado de una cabra marrón. No podía cerciorarme de qué aparecería en la zona oculta. De pronto, se arrancó un verraco negro impresionante, embistió hacia nosotros pegando con sus impresionantes navajas contra la cerca fija. Según crujió la valla, con el golpe que le había dado, pensé que no aguantaría mucho más.

Me puse de rodillas, apunté con el arco cargado con una flecha de caza, lo tensé, contuve la respiración y disparé entre los barrotes de la valla a la altura del codillo, un poco por detrás, sabía que allí estaba el corazón. Cayó fulminado, me había quitado un problema de encima.

De atrás, salió un macho cabrío negro con una larga barba y cuernos retorcidos, pesaría al menos setenta kilos, avanzó, paró, retrocedió levantándose sobre las dos patas traseras y al caer corneó al jabato con tal fuerza que casi le da la vuelta. Seguidamente arremetió contra el cercado en la zona en la que me encontraba.

—Ten cuidado capitán –gritó Lucía.

—Mátalo también –dijo algún cámara.

Con paciencia conseguí echarle un lazo a la cabra al cuello y amarrarla, mientras el macho no paraba de intentar cornearme pegando una y otra vez contra la valla.

Di la vuelta subiendo por las piedras de la garganta y bajé por el otro lado, me colgué el arco a la espalda y saqué la cerca móvil, dejando la entrada libre. Llamé al macho que no me veía desde el otro lado. Pronto se acercó, midió la distancia, dio unos pasos atrás, se levantó sobre dos patas e intentó embestir contra mí que me colé por el lateral con la valla como escudo, le di la vuelta y lo dejé fuera, perplejo.

Embistió de nuevo y casi me tira al dar contra la zona de red y de rebote en mi abdomen. Retrocedió para coger carrera y me dio tiempo a meter la cerca en sus guías, entonces grité para espantarlo, pero no cesaba en atacar.

—Lucía préstame la sombrilla —grité esperando encontrar una solución.

Me la pasó por encima de la cerca y me dijo: Ten cuidado—. Y lo tendría, ya que me había dejado un dolor profundo en la zona abdominal. Cogí también el garrote largo de andar, por si las moscas.

—Vamos Senda, ládrale a ese diablo, entra por aquí —le indiqué señalando debajo del vallado.

—¿Le damos un tiro? —preguntó un cámara preocupado.

—Matarlo puedo yo solo, lo que quiero es que se asuste y se vaya, hay muy pocos machos y bastantes hembras —expliqué para que me entendieran.

Salté el cercado, quedando acompañado de Senda que no paraba de ladrar, frente al macho, cara a cara sin cercas por medio, él volvía a medir distancias a levantarse y a atacar.

De pronto, le abrí la sombrilla y se quedó atónito, reuló con Senda, intentando morderle alguna pata. Cerré la sombrilla, me vio, arremetió de nuevo, volví a abrirla, la corneó como quien da un puñetazo a un globo mientras la perrilla seguía molestándolo, dando vueltas a su alrededor, mordiendo lo que pillaba, aproveché para darle un garrotazo lateral en el culo. De nuevo la cerré y otra vez se alzó contra mí, la abrí, se paró, giré tras la sombrilla y otro garrotazo en el trasero con todas mis ganas.

Por fin se fue, llegó al borde de la espesura, se volvió y miró desafiante,

después se perdió entre la vegetación.

—Ese es mi torero –gritó Lucía, que llamó a Senda y la acarició.

—Es una campeona, cómo ladraba y mordía –la acaricié también.

—¿Ahora qué piensas hacer con el verraco y la cabra? –preguntó Lucía.

—El verraco que se lo lleve Viernes si quiere, creo que tienen una carretilla de dos ruedas de esas de mover archivadores en los módulos de la dirección, a ver si se la prestan. Y para la cabra tengo una teoría. Ahora veremos si funciona –expliqué mientras pensaba.

Aparté los cercados para dejar el paso de la garganta libre y los dejé allí por si los volvíamos a utilizar. Cogí el chivo que estaba al lado de su madre intentando mamar y me lo eché a los hombros. Dos patas a cada lado de mi cuello que caían hasta mi pecho como una bufanda. Solté a la cabra que inicialmente salió corriendo mientras nosotros comenzamos a andar.

—Se te ha escapado, menudo lio has formado para un chivo –se burló Lucía.

—Mujer, tememos el jabalí para el trueque y nos comemos el chivo — dije bromeando.

—Pobrecito, no serás capaz de matarlo –protestó acariciando su suave cabecilla negra.

—Si mi teoría no falla, la madre tiene que venir detrás –le comenté a Lucía, ya que el chivo no paraba de balar.

—¿Cómo lo sabías? –se extrañó al ver que nos seguía de cerca.

—Una madre es una madre y Lola tenía que venir a buscar a Otelo. Me alegro de que funcione mi teoría –comenté alegre después del bautizo de las cabras.

Una vez en el campamento amarré a Otelo por una pata a unos metros, puse un balde con agua y traje ramas de arbustos con muchas hojas para que comiesen. Me retiré hasta la hoguera y después de ponerle unos troncos más, me senté en una piedra mirando hacia la cala pensativo.

—Ya estás otra vez con eso, por qué no lo olvidas. No nos bañamos y ya está –protestó Lucía.

—Es nuestra playa y no nos tienen que venir a molestar —gruñí algo enfadado con sensación de impotencia.

—Bueno haz lo que quieras, pero tranquilízate —me calmó ella.

—Voy a por unas cañas con Senda —dije señalando hacia la vegetación.

—Y yo a tomar el sol, sin acercarme a la playa. ¿Me pones un poco de protector?, parece que va a hacer calor —comentó mientras me pasaba el bote.

—Claro, pero no te acerques ni a la orilla, no pases de la tumbona y la sombrilla —le pedí cuando se lo frotaba al mismo tiempo que apreciaba la claridad de aquel día.

Trajimos varios palos de unos cinco metros, de los más largos que había. Aproveché para recoger leña, que nunca estaba de más, y mientras Lucía tomaba el sol preparé entre las cuatro palmeras más cercanas a nuestro chozo una cuadra con una pequeña puerta en unos de sus lados que abría desde uno de los troncos y cerraba sobre una estaca vertical que había clavado profunda, situada a un metro, suficiente para el paso nuestro y de las cabras.

Al ser el primer día de domesticación, dejaríamos tranquilos a los animales que quedaron a gusto en su nuevo refugio, bien protegido con sombra, agua y abundante comida.

Nos reunimos y comimos de lo que nos sobró el día anterior. Sesteamos un rato aprovechando una pequeña brisa que disipaba el calor. Fue necesario recoger un poco el plástico para permitir el paso del aire, pero se estaba mucho mejor.

Por fin pudimos ver la barca azul en lontananza, bajamos a la playa y saludamos a Viernes y a su compañero.

Primero les di la mano y después un medio abrazo chocando el pecho y palmada en la espalda con la mano derecha. Ambos pusieron mucho interés en aquel protocolo.

Le expliqué a Viernes lo del verraco y lo de la carretilla, en principio le pareció muy bien. Ya nos la habían traído al campamento, su compañero la llevó rodando y nosotros fuimos hablando.

Me preguntó por qué lo de Viernes y le relaté la historia que escribó Daniel Defoe. Quedó encantado con Robinson Crusoe, que según él, si él era

Viernes, Robinson era yo. Ambos reímos mientras su compañero nos miraba con curiosidad.

—¿Te ha costado cazarlo? —me preguntó.

—No, preparé la trampa para la cabra y tuvimos suerte, dejé que el macho cabrío se fuese —le expliqué.

—¿Por qué? No te entiendo —dijo extrañado.

—Mira Viernes, hay muchas hembras y pocos machos, no sé si habrá alguno además de él; lo dejé para que fecunde a las hembras y no se terminen las cabras.

—¿Qué vas a hacer con la madre y el chivo? —preguntó con interés.

—Ver si la podemos ordeñar para tener leche en el desayuno, además les vendrá bien a los que están haciendo el programa, por el tema de domesticar mascotas, ¿tú por qué hablas tan bien el español?

—Era la lengua de mi madre. Nació en Puerto Rico.

—¿Y tu padre? —pregunté con curiosidad.

—No sé quién es —contestó él con normalidad.

Me pareció comprender que en su tribu el jefe tenía varias mujeres propias y el resto era de los hombres en general, no quiso explicarme cómo llegó su madre hasta allí ni cómo murió. De sus evasivas a las preguntas deduje que allí pasaba algo raro, pero no averigüé qué.

—¡Capitán, qué pedazo de jabalí! —exclamó al verlo mientras comentaba algo en otro idioma con su compañero.

Me dio una palmada en la mano e hizo el signo de victoria como si lo hubiésemos matado entre los dos. Lo echamos a la carretilla. Le pusimos un palo largo entre las dos asas y lo arrastramos con cierta facilidad.

—¿Cómo se llama? —me había preguntado por el camino refiriéndose a Senda que nos seguía.

—Senda. Es una buena perra, valiente y muy cariñosa. Siempre cae en las trampas que preparo la muy puñetera.

Coincidió que por el camino vi unas gallináceas entre la vegetación, les

dije que se parasen, incluida a mi perra, me acerqué hasta una loma y desde detrás de un arbusto disparé, al momento Senda lo traía en la boca arrastrando la flecha, era algo parecido a un pavo pero un poco más pequeño. La acaricié y le hablé como siempre, con cariño.

—Buen perro capitán, además te quiere y te respeta —me aclaró mientras la acariciaba él también con ternura.

Llegamos a la barca sudando. Costó trabajo echar el verraco a la bañera. Le dije a Viernes que encendiera el motor a media potencia y me preguntó por qué. Como allí no se oía, me lo llevé a unos metros y le expliqué que había una orca y que pensaba matarla. Lo del ruido era para asustarla y que no nos atacase en ese momento.

—Hola, ¿cómo andáis?, ¿qué tal estás Viernes? —preguntó Lucía que venía espléndida en biquini.

—Muy bien señora, ¡qué buen jabalí habéis cazado! —contestó él admirándola a sabiendas de que a las mujeres no se las saludaba como a los hombres, aunque le habría gustado que así fuera.

—Es que somos muy buenos cazadores —dijo ella dándome un beso, acariciando a Senda y sin parar de sonreír.

—¿Qué nos podéis dar esta vez? Antes de iros quiero que le quites una navaja y me la des como recuerdo, la otra la dejas para que la vea tu jefe —dije señalando las defensas del jabato.

—¿Tú tienes algo más? —preguntó refiriéndose al trueque.

—Bueno, tengo medió pulpo así de alto ahumado y cinco cangrejos grandes en la nasa.

—Enséñame el pulpo por favor —dijo interesado.

—Mientras vas por él le voy a contar cómo lo pescaste, se va a morir de risa —dijo Lucía.

—Vale, que te vaya enseñando cosas que te puedan interesar —aconsejé para que no perdiésemos mucho tiempo.

Bajé pronto con aquel pedazo de pulpo al que le quedaban cuatro patas, pero pesaba todavía un montón. Lo hice con la bolsa puesta en la cabeza, el tubo

en la boca y el arpón que fabriqué en la mano. Nos reímos mucho. Viernes se retorció contándole a su compañero las cosas que le dijo Lucía sobre cómo llevaba las piedras y que anduve bajo el agua.

—Capitán eres un dios, ¿de qué planeta, de qué lugar has venido? —preguntó apuntando al cielo mientras se comía un trozo de pulpo con satisfacción.

—Vengo de Orión —contesté en broma, recordando la constelación del cazador en el firmamento.

Lucía ya había cogido algunas cosas, como jabón, una esponja, champú, una pabela, un pareo y una buena fuente de fruta variada, entre otras. Estaba seguro de que eran la directora y su secretaria las que supervisaban los envíos, al menos la parte de la chica. Sobre todo me sorprendió un kilo de arroz y un botecito de sucedáneo de azafrán.

—¿Y para mí qué? —pregunté expectante.

—Tengo algo que te va a gustar capitán —sonrió.

Me puso en un montón un fusil de pesca submarina, unas gafas con su tubo, unas aletas, la segueta de metal, unos alicates grandes y un cubo de latón.

—¿Qué más quieres capitán? El pulpo está muy bueno, me lo voy a llevar —explicó el chico mientras me daba la navaja que le había arrancado al jabalí con unas tenazas, un clavo y un martillo.

—Lo ahumé como me enseñaste, todo el mérito no es nuestro, ¿tienes una linterna, un hacha, y una sierra de madera o algo así? —le conté mientras me guardaba la navaja del verraco que mediría entre dieciocho y veinte centímetros.

Pronto tenía las tres cosas en el montón. Afortunadamente, la linterna era sumergible. Miré dentro de la barca, pude ver dos tipos de anclas, una danforth para fondos de arena y la otra un rezón de fabricación casera para los fondos de roca con cinco brazos, acabados cada uno con un triángulo metálico soldado en la punta, los cuales le daban aspecto de flecha o arpón, también llamada ancla de araña por las patas.

Otra cosa que me pareció ver sobresalir entre unas lonas fueron dos cañones de arma larga con sus respectivos puntos de mira.

—Ven Viernes, quiero hablar contigo. No me vas a oír ahí con el ruido —

le grité.

—¿Qué quiere el capitán que anda bajo el agua? —sonrió burlón.

—Mira, tengo que matar a esa orca y me voy a jugar la vida. Te tengo que pedir un favor. Necesito tu ancla de cinco patas y algunos plásticos o tela negra, ¿puedes hacer algo por mí en ese sentido? —le pedí como favor.

—Si el dios de Orión me lo pide, yo se lo doy, ¿tú fumas y bebes alcohol? —me consultó con cara de alegría.

—Sí, antes de venir aquí, me fumaba unos cigarros de tabaco negro y me tomaba algunas copas, ¿eso qué tiene que ver con lo de la orca? —dije asombrado.

—Je je je, los dioses no fuman ni beben —sonrió.

—¿Cuándo te he dicho yo que soy un dios? —pregunté enfadado.

—¡Nunca! Es broma, los dioses hacen lo que quieren, ¿te puedo pedir un favor yo a ti? —dijo con seriedad.

—Claro, dime, ¿qué quieres? —no sabía por dónde saldría.

—Déjame que te vea luchar con la orca —pidió con seriedad.

—Es posible que muera yo, ¿querrías ver eso? —le dije medio bromeando.

—Imposible capitán, los dioses no mueren a no ser que otros dioses superiores los maten —me aclaró, no supe si para tranquilizarme.

—De acuerdo. Pasado mañana venid de noche antes de amanecer, dejad la lancha allí al fondo de Playa Larga y os escondéis detrás de esas piedras, imagino que habrá cámaras por todos lados para ver si me mata. Eso vale dinero, ¿sabes? Lo mismo al final no viene la orca. Ya lo veremos —dije imaginando la de cosas que podrían pasar ese día.

Me dio dos bolsas largas, de esas de basura comunitaria, y el ancla de araña. Curiosamente se despidió dándome la mano, un medio abrazo y las gracias, lo mismo hizo su compañero, seguidamente partieron.

Al levantar las bolsas me di cuenta de que había algo dentro, una botella de ron, otra de güisqui y un cartón de tabaco negro francés, Gitanes. Levanté el

brazo a los chicos en señal de agradecimiento.

De nuevo subimos con nuestros tesoros al campamento, ya me había olvidado de la cabra y su chivito. Senda fue la primera en saludarlos metiéndose en el corral a rastras. Los animales siguieron tan tranquilos y no se asustaron.

Le enseñé a Lucía lo que nos había regalado el chico. Le hizo mucha gracia. Me comentó que no fumaba, pero que sí se tomaría una copita, acordamos hacerlo de manera que no se enterasen los de dirección.

Prepararía un doble fondo para esconderlos bajo la cama, no sería difícil, al sacar las cosas vi que con una gomilla le había pegado también un mechero al tabaco.

¡Qué buen pillín era aquel chico! Esperaba que no se decepcionase al darse cuenta de que yo no era ningún dios.

Avivé el fuego exageradamente, necesitaba gran cantidad de brasa y me puse a cortar con la segueta cuatro brazos del ancla. Afortunadamente, la habían fabricado con hierro y era bastante maleable por si se enganchaba en las piedras para que se torciese y se desenganchase al tirar.

Tardé un rato y acabé sudando, puse los brazos metálicos sobre el fuego y esperé que se tornasen rojizos. Fui sacando cada garra con los alicates y enderezándolas a martillazos para que quedasen como punta de lanzas. Temía que se desoldasen los triángulos en forma de punta de flecha, pero afortunadamente no sucedió.

Cada pieza de lo que sería un arpón medía unos treinta y cinco centímetros. Busqué cuatro troncos de unos cinco centímetros de diámetro por dos metros de largo.

Le hice al primero una incisión en la punta de quince centímetros y el ancho del hierro del brazo de la lanza, lo metí en el centro hasta el fondo, le puse una cuña a cada lado para que no se moviese y con un nudo como los de la horcas, con la fuerte cuerda pequeña que me dio Viernes lo até, lo dejé perfectamente fijo.

Lancé con fuerzas el primer arpón contra una palmera y quedó clavado firmemente, toda la punta había entrado y ni al sacarla, que me costó trabajo, cogió holgura alguna.

—Buena lanza capitán, ¿preparándote para la guerra? –se burló Lucía, aunque estaba bastante preocupada.

Preparé la gallinácea y la asamos como un pollo a base de darle vueltas. Comimos también algo de fruta y dejamos la sepia y el calamar que aguantarían al menos un día más

—Ahora que se ha ido el equipo, ¿te apetece un ron? Menudo día más largo, todavía me molesta el topetazo del cabrón –me quejé tocando mi abdomen que aún andaba colorado.

—¡Venga! El mío con agua de coco. Después te doy unas friegas con el que está fermentado y te dejo como nuevo –me animó como pudo.

Yo lo tomé solo acompañado de un cigarro que al principio me supo fortísimo, pero poco a poco fue yendo a mejor. Saboreamos despacio la bebida, contemplando un luminoso firmamento que nos regalaba de vez en cuando una estrella fugaz para nuestra satisfacción.

—Princesa, necesito que me ayudes mañana a preparar unas cosas para la orca, ¿puedo contar contigo? –le pregunté a sabiendas de que estaría encantada.

—Pues claro mi amor, aunque no sé qué puedo hacer yo –dijo ella expresando su entera disposición.

—Ya te cuento, vamos por esas friegas. Me ha gustado eso de “mi amor” –dije dándole la mano y llevándola camino del jergón.

DÍA NUEVE – PREPARANDO LA BATALLA

Me levanté temprano, preparé la cuadra con comida y agua y fui a por el cubo de latón; amarré a Lola por el cuello y por una pata a la cerca para tenerla corta, también a Otelo para que no se moviese del lado de las patas delanteras de la madre.

Inicié mi primera sesión de ordeño, al principio me costó, pero poco a poco le fui cogiendo el tranquillo y llené lo que serían más o menos cuatro vasos pequeños.

Solté a los dos animales dentro de la cuadra y puse la leche a hervir. Cuando estuvo preparada, metí en cada vaso de aluminio un trozo machacado a base de piedra de palo dulce, de aquellos que comía de chico, intentando endulzar aquel primer desayuno caliente.

—Buenos días, toma princesa, ahora está a la temperatura ideal –le dejé al lado un plato con el vaso en medio. Yo me lo tomé poco a poco mientras iba preparando los otros tres arpones que quedaban, como era de esperar, con la práctica me iban saliendo mejor.

Bajé a la playa y marqué con piedras unas pocas ubicaciones a sabiendas de que la marea del día más tarde llevaría sobre una hora de diferencia. Medí las distancias dando pasos y volví lo antes posible para que no me viera la orca si es que andaba por allí. Pero me vio, solo cruzó la bocana dos veces cambiando de sentido. No era mala señal, seguía en la zona.

—Hola princesa, ¿qué tal? –pregunté no sé si por ella o por la taza que se acababa de terminar.

—Muy bien, qué buena estaba la leche y buena idea lo del palo dulce, no me gusta mucho sin azúcar –aclaró contenta.

Le conté las manualidades que quería que me preparase, confiaba en ella y en su buena mano. Yo tenía que apañar dos pequeños carritos con cuatro ruedas que se desplazasen bien sobre la arena y dárselos. Aquello requería unos cilindros anchos y como ejes unos buenos clavos que pasasen holgados.

Me sorprendió que ella no hiciese ninguna pregunta, parecía que había aceptado que aquello no teníamos más remedio que hacerlo, cuestión que a mí

me alegró, pues tenía muchas cosas que hacer y no quería estar dando explicaciones, aunque alguna, al final, tuve que dar.

—Pepa buenos días, estas preciosa como de costumbre —comenté amable cuando llegó.

—¿Qué tal capitán zalamero? —dijo con sorna.

—Mira, quiero que le digas a tu jefa que mañana a la salida del sol será lo de la orca para que tome las medidas que considere oportunas, por supuesto que no se le olvide que vengan los servicios médicos —le dije tal vez con demasiada seriedad debido a mi estado de concentración.

—Pues a la orden, ¿algo más? —contestó enfadada.

—¡Que te quiero bonita! —respondí sin pensar.

—¡Tú no estás tonto! Estás lo siguiente —protestó.

—¡Oye! Perdona si te he molestado, no era mi intención, lo mismo estoy un poco tenso, algo así como si fuese a correr los encierros en San Fermín —me disculpé como pude.

—Vale, quizá yo también, ¿qué tal los preparativos? —preguntó curiosa al ver mis bártulos.

—Bien, Lucía me está ayudando sin pedir explicaciones —dije satisfecho para que tomase nota.

—¿Y si no está la orca, si ya se ha ido? —me planteó lo que ella realmente deseaba.

—Está, la he visto esta mañana —afirmé preocupado sin plantearme dejar de preparar la cacería.

—Bueno capitán, confío en ti plenamente, te he visto hacer cosas de locos. Sin duda te irá bien, se lo comentaré a la jefa. No sé cuánto me quieres, pero me gustas y me caes estupendamente. Te diría que no cambies, que sigas como eres, pero no quiero sentirme culpable. Ve con cuidado —abrió mi mano, metió la suya en el bolsillo, colocó algo verde en mi palma y la cerró emprendiendo el camino hacia el módulo de dirección.

—¡Gracias Dulcinea, luciré tu prenda y me traerá suerte! —le grité haciendo el amago de olerla.

Bajé solo, había dejado a Senda con Lucía que cada vez la aceptaba más. Estaban entretenidas, una con las cabras y la otra con las manualidades. Tenía que ver la nasa para no perder tiempo en la comida por la tarde. Los cuatro cangrejos que dejamos estaban vivos, había dos más y dos bogavantes, lo mismo dejar huéspedes atraía más piezas.

Busqué unas almejas y pensé en el arroz que nos íbamos a preparar, sin estar seguro de si llegaría a ser paella. Entre las frutas venía un par de limones que estaba deseando probar, la vitamina C nos vendría la mar de bien. Tendríamos que cocinar con un poco de agua de mar, ya que aún no habíamos conseguido sal, era fácil pasarse o quedarse corto sin aquel condimento.

—¿Te parece que hagamos arroz con bogavante, cangrejos y almejas? —le pregunté a Lucía enseñándole las capturas.

—¡Genial! ¿Quién diría que andamos en una isla desierta? —exclamó contenta refiriéndose a los manjares.

Mientras se hacía la comida afilé la punta de los arpones contra las piedras y preparé el gancho que había quedado del ancla haciéndole un puño de cuerda y atando una cuerda larga a su extremo. Parecía un gran anzuelo, también le saqué todo el filo que pude a su terminación.

A la hora, más o menos, estábamos comiendo, olía y sabía genial, además aquel color amarillo parecía reintegrarte a la civilización.

—Capitán te ha salido buenísimo, no sabía que también eras chef —sonrió Lucía burlona.

—Pescado asado, carne plancha, esto y poco más —bromeé yo también a sabiendas de que era mal cocinero.

—Yo no he probado nunca la paella, ¿se parece a esto? —señaló su plato con el tenedor.

—No mucho, además hay miles de tipos de paellas según los ingredientes, a mí la que me gusta es la de marisco, pero es la paellera la que marca la diferencia, esto es más un arroz caldoso portugués.

Repetimos plato los tres y nos echamos un rato, necesitaba dormir ya que la noche sería larga. Afortunadamente, teníamos nuestra estancia tan forrada de hojas de palmeras que parecía de noche, nos quedamos fritos casi dos horas.

—¿Qué tal guapetona? —le susurré a Lucía cuando se acababa de despertar, la abracé y le di un par de besos antes de empezar a funcionar.

—¡Muy bien! Ahora qué tenemos que hacer —preguntó ella.

—Con tu maravilloso desfile me diste la idea, tengo que ir al lodazal de los jabatos con este saco de dormir, después tú rematarás la faena, ¿te quieres venir? —le consulté.

—No, prefiero ir a la playa, y antes de que me lo digas, el agua ni tocarla ni acercarse a la orilla más allá de la tumbona.

—Buena chica, mejor no cazo nada, ¿verdad? —volví a preguntar.

—No, con el arroz, la gallina y la fruta tenemos de sobra capitán. Nos hemos pasado, hambre ni un día, no es la idea con la que yo venía, pensaba que terminaríamos comiendo grillos y gusanos, afortunadamente eres como Tarzán y no nos ha faltado de nada —dijo pensando en que sería mejor que estuviese descansado al día siguiente para enfrentarme con la orca.

—Venga guasona, me llevo a Senda. Vamos a chapotear en el barro, no nos regañes cuando vengamos —bromeé.

Volvimos pasada una hora, llamé desde lejos a Lucía que continuaba en la playa y puse el saco al sol para que se secase.

—Menuda guarrería, lo has dejado hecho una mierda capitán. Ya sabes a quién le va a tocar lavarlo, ¿no? —preguntó mientras acariciaba a Senda que le lamió las manos e inmediatamente se fue a supervisar sus cabras.

—Tú me lo preparas, yo lo lavo y si hace falta te pinto la casa princesa —sonreí preparando la linterna para la noche, comprobando que funcionaba y que al ser sumergible no tenía que preocuparme mucho de dónde la dejaba.

Anduve haciendo cuentas con los cuatro arpones, el gancho que preparé con lo que sobraba del ancla y los cincuenta metros de cuerda más gruesa que tenía. Me salía a diez metros cada uno.

No quería cortar la cuerda, así que rebajé la parte trasera de un arpón y amarré una punta del cabo a ella, asegurándome de que no se soltaría de ninguna manera, a no ser que se partiese el palo, la otra punta la até al aro del garfio con asa de cuerda, con lo cual tenía veinticinco metros libre para cada uno de los dos elementos.

Tuve que descartar el amarrar los otros tres arpones, aunque la idea no me gustaba, pero tendría que arriesgarme.

Dibujé una orca pequeña en la arena y marqué donde recordaba que tenía sus órganos vitales. Di siete pasos y la dibujé a tamaño natural, sabía que no mediría menos de eso, lo dejé, ni siquiera terminé, la imagen en mi mente me sobrecogió.

—Capitán, a tomar por culo, lo dejamos y pasamos de la playa, nos quedan poco más de veinte días –dijo Lucía que pareció darse cuenta de lo que me pasaba.

—Tú sí que tienes un culo bonito princesa, si fuera mío es que ni me sentaba –bromeé volviendo a estar en calma.

—Venga, a la cama que la mierda de saco ya está seco, no sé si te he dicho que en mi neceser tengo aguja, hilo y dedal, y con las tijeras de Viernes te puedo hacer un versace.

—¿Un qué? –pregunté ignorante.

—Pues un traje como los del diseñador italiano Gianni Versace –me explicó muerta de risa.

—Vale, pues un versace de foca –bromeé burlonamente.

Tardamos al menos dos horas en terminar. Aquel invento requería parecerse a algo, que me lo pudiese quitar de inmediato y permitir que me moviese con él a mi antojo.

Lo dejé preparado junto al resto de cosas que necesitaría, había olvidado el arco, menudo despiste, pero preferí guardarlo de momento en el chozo junto al machete.

Cenamos entre charlas no muy profundas y cuando se fueron los del equipo nos tomamos una copa y me fumé un cigarro. Senda alucinaba con los aros de humo que lanzaba, intentando atraparlos.

Cogí los pertrechos y bajé a la playa con la linterna, en realidad no hacía mucha falta porque la luna estaba casi llena, así que intenté hacerlo todo agachado.

Lo primero que hice fue preparar un nudo en un codo formado por dos

grandes rocas apoyadas una sobre la otra con el resto de sus volúmenes enterrados en la arena. Lo realicé en el centro de la cuerda, de manera que si se rompía uno de los extremos el otro permaneciese atado al brazo inamovible de piedra.

Con la cuerda recogida, de manera que fuese imposible que se liara un lado con otro ni ninguno sobre sí mismo, en una punta, a la derecha, situé el arpón atado y en la otra el garfio de asa de ancla, también con su amarra.

A la derecha del primer arpón, a un metro más o menos, puse otro en la arena, éste sin cuerda y a su derecha el siguiente. Pasé al otro lado del garfio y a su izquierda dejé el siguiente arpón como los otros en la arena, mirando hacia el agua.

Aquello me recordaba el instrumental quirúrgico preparado en una bandeja gigante metódicamente para ser usado.

Levanté una muralla de arena de dos palmos y tres metros de larga paralela a la playa, justo detrás de donde terminaban los palos de los tres arpones de la derecha.

Me subí a descansar un rato. Lucía dormía y yo me quedé un rato traspuesto. Cuando desperté, supe por la posición de las estrellas que no faltaba mucho para amanecer. La llamé, le dije que me vistiese y nos fuimos a la playa, ella abrigada con la camisa, pantalones y toalla se dirigió hacia donde le dije a Vienes que se ocultara.

Pude ver las luces de su embarcación arribando a Playa Larga, oí a los miembros del equipo situarse y vi algunas luces de sus linternas. De pronto todo calló y empezó a clarear, en media hora se hizo de día.

DÍA DIEZ – LA ORCA ATACA

En la playa de la cala se podía ver cómo dos cachorros oscuros jugaban en la línea del agua. Su madre, una vieja foca de piel marrón y rojiza, vigilaba a unos metros en la arena emitiendo ruidos guturales con su garganta, desplazándose de cuando en cuando sobre su barriga a base de impulsos y movimientos de sus aletas delanteras. El pecho y la cabeza los mantenía en alto para divisar mejor.

La aleta de la orca pasó dos veces de lado a lado de la bocana de la cala, volvió al centro y giró hacia la playa. Se sumergió, volvió a salir a unos metros, pero ahora con la aleta doblada para no ser vista, miró hacia los cachorros y volvió a hundirse, avanzó unos metros, sacó la cabeza y comprobó que los cachorros se seguían moviendo, uno en transversal y el otro hacía el agua, a muy poca profundidad batía las aletas sin parar, se hundió y la próxima salida sería para atacar. Comprobó que la madre evolucionaba poco más atrás, arrastrándose y llamando a las crías.

Contuve la respiración, moví por última vez las cañas que manejaban las marionetas, dos cachorros forrados de plástico con un coco por cabeza pintada de color ceniza para que los ojos que dibujó Lucía resaltaran, el cuerpo de paja sobre un tronquito con ruedas anchas, una impulsada de lado y otra vertical al agua.

Ajusté mi reluciente pulsera en la muñeca derecha, su color verde me tranquilizó, me acordé de Pepa. En el momento que noté que comenzaba la inercia del animal, me levanté, cogí el primer arpón que le iba a lanzar, pero cambié la estrategia, me tiré hacia ella y la ensarté como un picador al toro, echando el peso de mi cuerpo sobre la barra, haciendo blanco donde terminaba la aleta pectoral mirando hacia la cola un pelín debajo. Justo en el momento que se levantaba y cerraba su boca sobre uno de los muñecos, ya no había vuelta atrás.



Me arranqué el disfraz de foca de un solo tirón, había valido la pena tinter el saco de dormir en el lodazal. Lucía le preparó las aletas de atrás para moverlas con una sola pierna, la cabeza y máscara habían quedado perfectas, y las aletas delanteras cogidas a mis codos me habían permitido un movimiento fenomenal.

Respiré profundo, cogí la segunda lanza y la clavé pegada a la primera, dos dedos abajo y dos atrás, se suponía que por allí andaba el corazón.

Así, con fuerza el garfio, y cuando abrió de nuevo la boca lo clave en la lengua con todas mis fuerzas haciendo que saliese por la zona de la barbilla, debajo de la mandíbula baja. Quedó como un anzuelo, pensé que si no partía la cuerda no tendría escapatoria, no podría volver al mar.

El tercer arpón, situado del todo a la derecha, pero antes que el arco, ya con la orca contorsionándose, se lo clavé dos palmos delante de la aleta dorsal, debajo de una línea hipotética que uniese los ojos con la cola, allí deberían andar los pulmones.

Tenía la boca seca por la adrenalina, mi cuerpo estaba en tensión. Necesitaba pensar, el animal se estremecía e intentaba recular para volver al mar. De pronto me vino algo a la cabeza, ¿y si la capa de grasa era tan gruesa como la parte metálica de mis arpones?, jamás tocarían un sitio vital.

Corrí hacia el arco y cogí la aljaba con las flechas, me aproximé a unos dos metros de la orca, tensé todo lo que pude el arco y disparé detrás de la aleta dos dedos y dos abajo, pegado a los dos primeros arpones. La flecha se hundió hasta la mitad, había topado con algo, tal vez una costilla.

El animal se combó, ya estaba paralelo a la línea del agua. Disparé desde el otro lado, detrás de la otra aleta dorsal, la flecha se hundió hasta la pluma, repetí la operación apuntando un dedo abajo, entró igual.

El cabo del garfio estaba totalmente tenso desde su boca hasta la roca, la orca debería pesar unas cinco toneladas y las piedras no sabía, estaban semienterradas. El único arpón atado también estaba tenso.

El animal movió la cabeza con un golpe de cuello y se apoyó en las aletas, giró hacia el mar y el palo del arpón se partió en dos, ya solo estaba afianzado con el cabo del garfio.

Dejé el arco en la arena, corrí hacia el último arpón que estaba a la izquierda, salté hacia ella, la cuerda ahora le impedía girar la cabeza más, pisé sobre su aleta pectoral y de un salto me encontraba sentado a caballo sobre el animal, alcé el arpón con las dos manos y lo clavé unos dedos detrás del espiráculo que usa para respirar.

Entró unos diez centímetros, allí estaba el hueso que protege el cerebro, me puse de pie, así con la dos manos la punta opuesta del arpón y de un salto, dejé todo el peso de mi cuerpo colgar de él, el metal se hundió hasta llegar al palo y yo caí hacia atrás, intenté agarrarme a la aleta dorsal, pero todo resbalaba, golpeé contra la arena y quedé conmocionado justo al lado de su cola, si me pegaba un coletazo era hombre muerto.

Me levanté y volví a caer, me dolía todo el cuerpo, por fin me incorporé y la orca no se movía.

Tiré de una de las flechas hacia atrás y la herida comenzó a manar sangre, la pulsera quedó totalmente manchada, saqué todas las demás y pronto se hizo un charco. Habíamos vencido a la bestia, Lucía y yo.

Poniendo una rodilla en tierra y la otra flexionada frente a la cara de la orca, agaché la cabeza tocando su hocico en señal de respeto.

Oí un zumbido en lo alto, miré y se trataba de un dron, desde luego habían tenido espectáculo para realizar la grabación.

El primero que llegó a mi lado fue Viernes, venía corriendo como un loco. Yo todavía estaba tocado del golpe, su choque de manos, su medio abrazo, sus meneos y sus besos al animal parecían colocarme cada dolor en su sitio y sacarme del shock.

—Amigo, la marea seguirá subiendo dos horas más, si quieres trae tu barca y te la llevas, creo que empezará a flotar.

—No tengo nada que darte capitán —dijo el chico con tristeza.

—Te la regalo, ya tuviste un detalle de amigo, le vendrá bien a tu tribu —pensé cuántas raciones podrían salir de aquel mastodonte.

—Gracias capitán, está claro que eres un dios, ¿cuándo cazarás el cocodrilo? —me preguntó.

—¿Qué cocodrilo Viernes? ¿De qué hablas truhan? —pregunté esperando que fuese una broma.

—Esta isla tiene un cocodrilo de agua salada, mide unos seis metros o más, pasa de la zona del pantano a comer en el mar y vuelve a descansar. Nosotros no nos acercamos nunca a esas tierras, están malditas, él ha devorado a tres jefes de mi aldea, cinco hombres y a varias mujeres y niños. Al venir, hemos visto sus huellas en la playa —explicó con detalle.

—No me jodas, un cocodrilo de seis metros, ¡puta isla! Yo creía que eran huellas de tortugas que venían a desovar —maldije en varios idiomas.

—¡Capitán eres un fenómeno! —Lucía me abrazó y me dio un beso de los que te dejan sin resuello.

—Y tú, una magnífica modista. La has engañado a la primera, fíjate el bocado que le ha dado a tu cachorro de foca. Felicidades compañera —la abracé y la besé yo a ella sin tener fuerzas para apretar demasiado.

—Lo conseguiste campeón, enhorabuena —gritó Pepa exaltada.

—Dame un abrazo Dulcinea —le dije enseñando el tanga ensangrentado en mi muñeca.

También nos besamos en la boca, después lo hicieron mis dos chicas para mi sorpresa y todos reímos cuando me puse de nuevo el traje de foca y me arrastré por la arena.

—¡Eh! Que no se te olvide que tú lo lavas, lo quiero limpio para esta noche —sonrió burlona Lucía.

—Ningún problema —contesté yo.

—Además ahora tenéis jabón —rio nuestro jefe de suministro.

—Viernes, tenéis que daros prisa si os queréis llevar el trofeo. Hay que ir por la barca y os queda un trecho. No se te olvide traerme unos dientes de recuerdo —comenté viendo cómo subía la marea mientras revisaba la mandíbula de la orca.

—Ahora mismo capitán, me vas a tener que prestar algunas cuerdas —dijo pensando cómo la atarían.

—Coge los cabos que quieras, supongo que llegaréis rápido para que no os incordien los tiburones. No te lleves los arpones, que lo mismo me hacen falta, ya sabes —le guiñé un ojo.

—No te preocupes por lo de los tiburones capitán, ese no es problema. Te traeré los dientes el día que vuelva. Llegaremos en una media hora —él me guiñó un ojo también, me dio la mano y el medio abrazo protocolario.

Supuse que era por lo de las armas, la isla estaba a unos cuatro kilómetros y normalmente llegaban en pocos minutos, incluso podíamos verla poniendo atención en el horizonte.

La directora nos felicitó, dijo que seguro que no se había grabado una cosa igual, que cómo se me ocurrió. Le comenté que había visto muchos documentales de orcas atacando crías, llegando a sacar medio cuerpo fuera, en la arena, después reptaban y volvían con un poco de trabajo al agua y que me pareció que aquella orca intentó ese tipo de ataque en nuestra cala, pero desistió al no vernos al final cerca del agua.

Se comprometió a enseñarnos la filmación cuando realizasen el montaje. En ese momento, Inés, su simpática secretaria nos tuvo que traducir que iban a montar el sonido y distintos ángulos y se fueron acompañadas de casi todo el equipo.

—¡Capitán! —oí una voz que me llamaba.

—Dígame doctora —era Elena que venía con su bata blanca.

Ella traía un maletín y la otra chica, Mónica, su ayudante técnico sanitaria, otro. Me dijeron que subiese a la casa y me tumbase en el jergón.

—Queremos echarte un vistazo mi ayudante y yo, ¿cómo te encuentras? —dijo Elena.

—Bueno, un poco magullado, con dolores en las rodillas, los codos, hombros y espalda. Más o menos lo normal cuando te peleas con una orca –sonreí intentando no darle importancia.

Me miraron los ojos con una linterna, me hicieron seguir sus dedos de un lado a otro y me preguntaron cuántos veía, me exploraron el abdomen, desinfectaron mis magulladuras y dejaron un espray para que me lo aplicase si sentía dolor durante el día o la noche.

—Don Juan, creo que tienes revolucionado el gallinero, intenta no meterte en muchos problemas –comentó Elena.

—Doctora, intento no meterme en líos, pero cualquier cosa que me cuentes me vendrá bien. Ya sabes, la información es la llave del poder –dije con curiosidad, sabiendo que su comentario venía por algo.

—Cuídate y ten en cuenta que el loco de Erik está pirado por Pepa –dijo dando un golpecito en mis partes nobles.

—Gracias a las dos. Por cierto ¿ese Erik es uno de los cabrones que dejó que Lucía se achicharrase cuando se quedó dormida mientras le miraba el culo?, menudo hijo de puta, ¿os debo algo? –bromeé.

—Lo mismo quieres ampliar tu harem, si sigues igual de loco yo me apunto –dijo la doctora.

—Yo casi también, no he conocido a nadie tan entretenido desde hace años –comentó su compañera Mónica.

—¿Podéis conseguirme una tiza? –sonreí.

—Ahora me dices para qué y seguro que alucino –incredó la doctora.

—Para marcar vuestras puertas la noche que nos toque hacer el amor, como os lleváis bien podemos matar dos pájaros de un tiro, si queréis subo hoy directamente –me dirigí a las dos bromeando.

—No tienes arreglo, pero eso sí, te agradezco la deferencia de que cada vez que puede haber problemas cuentas con nosotras, se nota que nos valoras, gracias.

—Venga, que hoy es el día internacional del beso y tenéis los labios tan preciosos que ese Erik está alelado –bromeé de nuevo mientras aprovechaba

para catar la tibieza de los morrillos sanitarios y apreciaba el contorno de sus cinturas.

Bajé a la cala y estuve enjuagando el saco con agua salada y jabón. La gran mancha de sangre sobre la arena no hacía más que recordarme la dantesca escena.

—¿Qué comemos Lucía? —le pregunté al llegar.

—Yo con lo que queda de arroz con marisco y algo de fruta tengo de sobra. Preparaste una buena olla capitán y el toque del limón es genial —dijo mientras me daba un plato.

—Estupendo. Ven Senda, que vamos a comer —le grité a la muchachita que dormía en el corral de sus cabras adoptivas.

Comimos comentando el suceso de la mañana, verdaderamente aunque nos reímos, el recuerdo nos angustiaba. Decidimos que por la tarde subiríamos a los charcos a por agua. Le dije a Lucía que tenía ganas de construir una estatua con las piedras rodadas de la playa, más que nada para entretenernos y tranquilizarnos, se comprometió a echarme una mano.

Nos pusimos manos a la obra cuando bajamos con la botella de cinco litros llena de agua después de enjuagar el saco de dormir, por fortuna todavía quedaba bastante arriba.

—¿Qué vamos a hacer capitán? A ver qué se te ocurre —dijo Lucía.

—¡Una mujer!, veremos qué nos sale. Para empezar necesitamos dos pies, algo así como dos panes, grandes y aplastados —dijo entusiasmado.

—¿Dónde la vamos a poner? —preguntó ella.

—Aquí, cerca de la hoguera, mirando hacia la playa para que al verla de lejos sepan que hay gente —contesté.

Entre los dos fuimos subiendo las piedras. Plantamos los dos pies con una separación un poco más grande de lo normal ya que parecían de una talla casi sesenta.

Fue difícil encontrar dos cilindros que sirviesen para las piernas, pero con ayuda del martillo pudimos dejar los extremos casi planos; también pensamos en una cadera ancha y por detrás el culo. Necesitamos la camilla del jabalí para

subir las piedras y además que fuesen tres trozos planos en vez de uno, el de en medio un poco más ancho y largo, afortunadamente el martillo sirvió para ejecutar fácilmente las ranuras que parecían la raja de un trasero.

Buscamos algo que parecía un reloj de arena para montar la cintura, más complicada fue la piedra con los dos pechos, también a base de cincel. Encima una plana para darle forma a los hombros.

Todas fueron ocupando su lugar a modo de ladrillo, dando estabilidad con el peso, decidimos poner dos trozos largos en cruz para que fuesen los brazos y otro sobre ellos más estrecho que sí serían los hombros. El volumen central era casi el de un cuerpo. Plantamos un cuello parecido a una lata de callos y encima una casi redonda que sería la cabeza.

Aquello había quedado bien, medía unos dos metros, no se movía un ápice, bueno, al principio la cabeza sí, pero ahondando en los callos quedó niquelada. Chocamos las palmas de nuestras manos y nos dimos un abrazo. Su conformidad afirmó mi satisfacción.

—Buenas tetas y buen culo, ¿te gustaría que la llamásemos princesa? —le pregunté a Lucía.

—¡No! Mejor reina, la princesa soy yo. Anda que no le vamos a colgar cosas en los brazos, sobre todo mi toalla —exclamó ella encantada.

—Os ha quedado perfecta —dijo Pepa cuando acabó de filmar.

—Es que somos forofos del “land art”, se nos nota, ¿no? —comenté risueño.

—¿Del qué? —dijo ella.

—Mujer, del arte terrestre. Nació allá por los años sesenta con las piedras de la playa y los equilibrios locos, ¿mola verdad? —apunté separándome de la obra para verla de lejos.

—¿Qué te apuestas a que los universitarios bajan? —preguntó afirmando.

—Si bajan, duermes con nosotros, tengo que contarte una cosa —le propuse a Pepa.

—Menuda apuesta, pero vale, creo que tenéis buen material, aquí todo se sabe, os vemos desde arriba.

—¡Coño! Vaya intimidad, no sobra con vernos todo el día en pelotas – comentó Lucía asombrada.

—Lucía, yo estoy muerto con tanta piedra, ¿y tú? –pregunté dolorido.

—Me duelen todos los huesos, pero ha valido la pena, qué guapa está la reina. Creo que tiene un pecho más grande que otro —apuntó pensativa.

—Como todas las mujeres, a ver si le vas a poner pegas ahora a nuestra reina —protesté.

—¡Eh! Que yo las tengo iguales —dijo al tocarse los senos.

—Ya, pero es que tú eres la única perfecta —bromeé.

—Llevas razón, siempre hay una más grande que otra —razonó Pepa.

—¿Te gusta María? —le pregunté a su hermana que no terminaba de acercarse.

—¡Sí, mucho! Se parece un montón a la abuela de una amiga mía —sonrió.

—No te acercaste esta mañana para darnos la enhorabuena. Me quedé con las ganas de darte un abrazo —le comenté de broma.

—Perdonad, es que soy bastante tímida, pero me ha alegrado muchísimo que no te pasase nada, estaba muy preocupada —dijo con vergüenza.

—Con nosotros no te cortes, si andamos siempre en pelotas con el culo lleno de arena. Venga dame un abrazo María —dije acercándome a ella.

Yo le di uno y Lucía otro. Se fue contenta. Recogieron sus bártulos y no había pasado media hora cuando llegaron los universitarios a estudiar la estatua llamada reina. Al parecer, era una muestra de la expresión humana proveniente de una derivación ancestral de adoración. Casi nada.

Solo pude reconocer a la jefa de las psicólogas que me hicieron la entrevista, me saludó desde lejos y discretamente tocó la tiranta de su sujetador, era negra, comprendí la broma pero no tuve ningún contacto con ella.

El día había sido muy largo, nos dispusimos a cenar a la luz de la hoguera, todavía quedaba media olla de arroz con marisco, aquello habría dado para un regimiento.

—Hola —dijo Pepa. Traía una botella de vino y un sacacorchos.

—¡Hombre tenemos visita! ¡Qué alegría! —exclamé contento.

—Bienvenida a casa, ¿traes pijama? —preguntó Lucía bromeando.

—No me hace falta. He podido escaparme porque están todos locos con el tema de la orca. Por cierto, mañana te enseñan el montaje, has quedado como un héroe, superfoca al ataque —dijo burlona.

—Me alegro, parece que estamos cumpliendo con nuestro cometido —dije orgulloso.

—¡Cumpliendo con creces! Nadie esperaba que tuvieseis tal facilidad para sobrevivir, que os llevaseis tan bien con Senda, que domesticaseis las cabras y mucho menos tu valentía o tu locura, porque no sabemos muy bien qué es lo que se mueve por tu cerebro —explicó Lucía.

—¿Y yo qué? —preguntó Lucía.

—Tú también nos has sorprendido, lo que en principio parecía que iba a ser una niña superficial que estaba buenísima y no se iba a adaptar, se ha convertido en una pareja que colabora, que se interesa por los planteamientos del cazador y se preocupa por él. Aprovechas para disfrutar del día cuando puedes e incluso has hecho buenas migas con su mascota, cuestión que al principio no era de esperar. No te quejas de las comidas, no le pones pegas a nada, lo estás haciendo genial. Por otra parte, tienes miles de fotos que serían increíbles portadas para cientos de revistas —dijo Pepa sonriente.

—¡Qué bien! Me gusta. La verdad es que aquí estamos perfectamente, eso sí, gracias al capitán. Pero no hay que olvidar que todavía queda mucho —reflexionó en alto Lucía.

—Os puedo decir que la isla se repobló con algunos machos de varias especies para evitar la reproducción y que en algunos años solo vuelve a tener los autóctonos —nos confesó aquel medio secreto.

—¿Qué tipo de animales? ¿Nos lo puedes decir? —pregunté con interés.

—No lo sé muy bien. Creo que conejos, pavos, gallináceas, zorros... y he oído que un par de toros. No sé si será verdad. También dos boas, pensaban que ha habido serpientes desde siempre en todos lados y que aquí no podían faltar.

—Qué hijos de puta, estamos apañados —dije enfadado.

—Había serpientes venenosas antes de venir nosotros, lo mismo las nuevas se las comen con un poco de suerte —dijo Pepa para darnos ánimos.

—Y a ti, ¿cómo te va la vida? —interrogué a Pepa sin dejar de pensar en los problemas que algunos de esos animales nos podría ocasionar.

—Bueno, pues la verdad, venía esperando que esto fuese como otras filmaciones que hemos realizado de este tipo. Con personas agobiadas, enfermas, que pasan hambre, se pelean de vez en cuando y echan de menos a sus familias. Vuestra manera de actuar ha hecho que me integre como si yo misma estuviese intentando sobrevivir con vosotros. Me hacéis reír mucho y me sorprendéis más, he llegado a sufrir y preocuparme con tus locuras capitán y en general me encuentro fenomenal, además tengo cerca a mi hermana que está terminando de aprender el oficio y no puedo pedir más.

Apuramos la comida y la botella de vino, por cierto, un tinto que deleitaba el paladar y nos metimos en la choza para tomar una copa y fumar.

—¿Qué es eso que me querías contar? —preguntó Pepa cuando le pasaba un cigarro encendido.

—Bueno, pues ahora resulta que esta isla tiene un cocodrilo de seis metros o más, se ha zampado a tres jefes de la tribu y no sé cuántos aldeanos. Lo de vuestras serpientes y los toros se queda corto —bromeé sin tenerlo tan claro.

—¿Qué? ¡No me jodas! —dijo Pepa.

—Lo que faltaba, no bajo más a la playa —regañó Lucía.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Pepa.

—Pues intentar matarlo antes de que nos ataque aquí por la noche o en la playa y pediros un traje de luces para torear —contesté con normalidad.

—¿No oís ese ruido? —dijo Lucía cuando comenzaba una especie de zumbido repetitivo que llegaba desde el mar.

—Parecen tambores, y cada vez suenan más fuerte, seguro que vienen de la isla de Viernes, qué buen chaval —comentó Pepa.

—Sí, es bueno, nos hemos cogido cariño mutuo, pero hay muchas cosas que no me encajan. ¿Quién escogió esta isla para trabajar? ¿Estaban de acuerdo

los de la aldea? –pregunté con curiosidad.

—La isla la seleccionó el gobierno y los de la aldea no estaban de acuerdo. Tuvieron broncas con el jefe, pero al final, a regañadientes, llegaron a un entendimiento –explicó Pepa.

Los tambores en ese momento emitían un ruido atronador y de pronto se produjo un silencio total, fue algo sobrecogedor.

—Joder, suerte que están a cuatro kilómetros. Hay algo que me llama la atención, en la barca los chavales llevan dos kalashnikov. No creo que sea un modelo muy usual entre pescadores y menos un par en la misma barca. El chico en algunos momentos, si le pregunto por cosas de la aldea, se vuelve muy reservado –comenté con extrañeza.

—Bueno, disfrutemos de este momento –dijo Pepa saboreando un trago de ron.

—¿Puedo pedir un deseo? –pregunté mirando primero a un lado y después al otro contemplando aquellas dos bellas mujeres.

—Pues claro –contestaron las dos.

—Que repitáis el beso de la playa, me dio un subidón –pedí sin vergüenza.

Así lo hicieron dejándome en medio, rozando sus labios. Fue una noche completa, los tres dormimos extenuados después de un día duro y especial.

DÍA ONCE – POSIBLE PRÓRROGA

—Buenos días, ¿andáis por ahí? –vociferó María.

—Sí, entra –dijo Pepa.

Todos estábamos desnudos medio tapados con el saco que había lavado y olía un poco a mar. Al vernos, María se fue hacia atrás.

—Vamos entra, aquí no hay nada anormal, los bichos están fuera –le dije para que pasase.

Le di un beso cuando entraba, era tan tímida que me caía bien y me gustaba que se encontrase como en su casa.

—Buenos días María, ¿qué tal estás? Siéntate aquí –se desperezaba Lucía.

—Desde luego hicimos bien el refugio –llamé a Senda para ver si podía con los cinco.

—La jefa quiere que vayáis para ver el montaje de lo de la orca, ha quedado de miedo. Por cierto, hay una buena movida, Erik salió anoche a orinar y desapareció, lo han buscado por todas partes y nada de nada.

—Se habrá colgado de un cocotero al no ser correspondido por su amada o se lo habrá comido el cocodrilo –bromeé.

—No seas ganso, lo mismo le ha pasado algo –me increpó Pepa empujándome.

—¿Qué cocodrilo? –preguntó María preocupada.

—También tenemos uno y bien grande, si éramos pocos, parió la abuela. Perdona, no quería ofender. Aquí solo hay cuatro posibilidades: te vas a bañar y te pasa algo, te caes de algún sitio, te ataca un bicho, o tú mismo quieres desaparecer –intenté aclarar la situación.

—Bueno, pues nos prepararemos para la reunión –dijo Lucía cogiendo su neceser.

—Vale, creo que tengo que hacer pis –salté y fui más allá de las cabras.

Salieron todas y se sentaron alrededor del fuego que estaba casi apagado.

Pepa le puso algo más de leña.

—¿Os apetece un poco de leche de cabra calentita con palo dulce? Está buenísima –les pregunté ilusionado.

—Venga –dijeron las tres.

—Ven conmigo María que te voy a enseñar a ordeñar –le tendí la mano.

Utilizamos la olla para recoger la leche y la perola como improvisada banqueta. Tardamos poco, a ella se le daba muy bien. La felicité varias veces. Todas coincidieron en que el desayuno estaba buenísimo.

No tardamos en llegar a los módulos, la jefa ayudada por Inés nos puso un resumen de casi todos los vídeos y se exclamó con el de la orca, magnífica fotografía, música, tomas desde todos los ángulos, peligro y acción.

Todos los del equipo nos felicitaron, aunque se notaba en el ambiente que estaban preocupados por Erik, pues seguía sin dar señales de vida.

Nos volvimos despacio para dejar pasar el día ya que nos habíamos regalado un merecido descanso, pronto tendríamos tiempo de empezar a pensar en el cocodrilo.

Cuando no tenía nada especial que hacer me acercaba a las piedras que protegían la cala, dibujaba sobre ellas, a Lucía, a Senda, a mí mismo, a todas las piezas que cazaba y pescaba, la casa, lo mejor que podía.

Realmente no eran dibujos, más bien eran grabados, arañaba con un clavo la piedra y repasaba los trazos hasta darle profundidad para que no se borrasen.

El resto de la mañana y lo que quedaba de tarde, después de comer, me dediqué a esos menesteres. Al menos me ayudaban a mantener la mente en blanco y olvidar cualquier tipo de preocupación.

Los tres miembros de la universidad volvieron antes del atardecer, lo estuvieron fotografiando y estudiando todo, decían que coincidían con las primeras expresiones artísticas. Lo mismo hicieron con los instrumentos musicales que construí en los ratos de ocio, una flauta con caña, unos bongos con unos cocos, algo de piel de conejo y cuerdas, una especie de banyo con cuatro sedales, un coco y una tabla, todo lo fui preparando poco a poco para amenizar los desfiles que esperaba me ofreciese Lucía en el futuro, sabía que ella

disfrutaba de lo lindo con aquello.

También les había llamado la atención un tótem que coloqué ese día al lado de la hoguera, frente a la estatua. Consistía en un tronco gordo y alto en el que había labrado o pintado con ceniza y resina caras o animales, algo parecido a los que adoraban los indios. Lo hice por tener otra compañía imaginaria, para facilitarle una pareja a la estatua, por decorar algo más el campamento y por tener una figura más a la que agradecerle simbólicamente el devenir de aquella vida integrada en la naturaleza, bajo un cielo plagado de constelaciones que a veces te planteaban preguntas sobre la propia existencia.

Al parecer, todo aquello, junto con mis salvajes cacerías, nuestra manera de llevar los trueques, la relación con nuestra mascota y la domesticación de cabras, había interesado tanto como respuesta antropológica, psicológica y social que, llevaron la propuesta a la dirección de prolongar la experiencia y en vez de un documental se realizase una película, ampliando nuestra estancia un mes más de lo previsto.

La jefa me llamó para hablar conmigo. Me tomé mi tiempo en subir, ya casi estaba anocheciendo. Aproveché para fumarme un cigarro mientras andaba despacio seguido de Senda. Pepa y María se quedaron acompañando a Lucía.

—Buenas noches jefa, ¿querías hablar conmigo? —le pregunté tontamente al asomarme al módulo de dirección en el que ella se encontraba sola.

—La verdad es que sí capitán —dijo cuando entraba Inés.

—Hola Inés, ¿qué tal estás? —saludé cortés.

—Muy bien capitán —dijo mientras se sentaba.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó la jefa mientras se ponía un güisqui con hielo y le pasaba otro a Inés.

—Lo mismo pero con un vaso de agua fresca, por favor, ¿os importa que fume? —dije ofreciéndoles tabaco.

Ambas asintieron, les pasé el tabaco y el mechero. Parecía que aquella pretendía ser una reunión distendida.

—¿De dónde has sacado eso? —dijo la jefa asombrada.

—El trueque es el trueque, pero no te preocupes, ni saldrá en las

grabaciones ni lo utilizaré para hacer fuego.

—Tengo algunas novedades que contarte. Viernes ha venido de parte del gran jefe de la aldea a invitarnos a todos a cenar mañana tu orca y tu jabalí. Quieren agasajarnos, bueno si me expreso mejor, homenajearte con una gran fiesta, cenamos, vemos sus bailes ceremoniales y nos venimos, ¿qué te parece? — me preguntó con interés.

—En principio me parece bien, pero no estaría de más que nos acompañase alguna autoridad con pistola —comenté irónico.

—¿Por qué dices eso capitán? —preguntó Inés sorprendida.

—Los chicos llevan en la barca dos kalashnikov, como si fuesen piratas marinos o estuviésemos en Afganistán. Un poco raro, ¿no? —apunté con sarcasmo.

—De acuerdo, nos acompañará alguna autoridad, con un par de guardacostas o algo así. Lo solucionamos a primera hora de la mañana. Toma nota Inés — señaló hacia una agenda que había sobre la mesa entre las dos.

—Vale, ningún problema, pero a ver si les explicas que no soy ningún dios, que todos los hombres del resto del planeta son como yo.

—Eso no es cierto, y lo sabes, tú no eres normal, estarás loco, serás un héroe, un guerrero, un valiente o algo así y tienes habilidades especiales. Es normal que se sorprendan, que nos tengas sorprendidos —comentó Inés.

—Vale, ahora lo segundo. Hemos mandado todo el material a unos estudios cinematográficos y nos han propuesto hacer una película. Han quedado encantados, pero necesitarían un mes más de grabación. Les he contado lo del cocodrilo, ¿qué te parece? —preguntó muy ilusionada.

—¿Cómo sabes lo del cocodrilo? —dije sorprendido.

—Los tabiques son muy delgados y se escucha todo —sonrió ella.

—Estupendo, pero ahora tendremos que hablar de dinero. Como habéis comentado soy casi un dios, al menos sí creo que el peso de todo esto lo llevo yo, ¿no es así? —planteé con cierta autoridad.

—Cierto, todos giramos alrededor de tu órbita. Hemos pensado que te podemos hacer un ingreso inmediato de 300.000 dólares y firmar el 10 por

ciento de todas las ganancias que se puedan generar en el futuro, película, documental, libros, entrevistas o camisetas, cualquier cosa que derive de este proyecto, ¿qué te parece? –preguntó la jefa con expectación.

—Me parece que como hay cinco veintes por ciento, me merezco uno de ellos. Soy yo el que corre el peligro –bromeé en serio.

—Te estás tirando a casi todas las mujeres de la isla menos a nosotras dos, yo creo que no será tan duro estar aquí –intervino Inés.

—Eso tiene solución –bromeé de nuevo.

—Venga ya, llevo años sin que me toque un hombre –protestó la jefa respecto a mi respuesta.

—También tiene solución, puedes poner en el contrato: “y hacer el amor con las dos jefas” –insistí burlón.

—Vale, eso también lo podemos negociar, pero lo primero es consultar con la productora y la universidad, parece que estos últimos están muy interesados, tienen dinero y están dispuestos a colaborar –sonrió Inés en respuesta a mis tonterías.

—De acuerdo, supongo que todo se tiene que solucionar pronto ya que harán falta más permisos. Mi última propuesta 400.000 inmediatamente, el 20 si mato al cocodrilo y el 15 si no hay piel para zapatos y un bolso. Me contestáis mañana, ¿de acuerdo? –apuré la copa y jugué mis últimas cartas.

—De acuerdo, mañana –hicieron amago de chocarme la mano pero las besé en los labios.

—Hasta mañana. Supongo que hablaréis con Lucía, no sé si será demasiado tiempo para ella –les comenté al dirigirme hacia la puerta.

—Ahora bajarán a buscarla. No será problema, tendrá un contrato al terminar y hará varias entrevistas más una cantidad apreciable en su cuenta.

—Por cierto, ¿se sabe algo de Erik? –dije como si me preocupase.

—Nada, se lo ha tragado la tierra. A ver si investigan algo las autoridades que vengan, que yo sepa tienes un trío por coartada –sonrió la jefa malévola.

Entonces bajé con un cámara que inmediatamente emprendió la vuelta con Lucía. Les comenté a Pepa y María lo que me habían propuesto.

—Seguro que te dicen que sí, debe haber mucho dinero por medio, demasiadas universidades implicadas y el estudio cinematográfico no ha parado de mandar mensaje —dijo Pepa alegre.

—Perdonad que haya contado lo del cocodrilo, pero pensé que lo mismo a Erik... —dijo María.

—No te preocupes, no importa, mañana iremos a buscar el reptil, a ver si con un poco de suerte os toca a vosotras dos la grabación, también voy a intentar pescar algo al final de Playa Larga.

Volvió Lucía y ellas se marcharon. Estuvimos hablando de lo que nos habían planteado, al final decidimos que lo mejor era esperar a ver qué nos contaban la mañana siguiente. Ella me confesó que ya había dicho que sí y que le gustaría que nos quedásemos más tiempo. Se encontraba a gusto y lo pasaba muy bien, pero en cualquier caso lo que yo decidiese lo entendería perfectamente. Me pareció estupenda su postura y así se lo hice saber. Cada vez me gustaba más aquella princesa.

Decidimos comer algo de fruta y tomarnos un vaso de leche caliente. A la cabra no le pareció muy adecuada la hora del ordeño, pero al final nos dejó.

Dormimos abrazados y desnudos, los sacos eran muy confortables, uno todavía olía a mar. Senda permaneció echada a nuestros pies.

DÍA DOCE – VISITA A LA ALDEA Y LA DIOSA LÚA

La mañana había amanecido clara, desayunamos leche con palo dulce y le pusimos un cuenco a Senda, que inmediatamente se la bebió.

—Buenos días –saludó Inés que venía acompañada de Pepa y María portando sus cámaras.

—Hola, buenos días –contestamos los dos.

—¿Listos para cazar cocodrilos? –preguntó Pepa con tono guasón.

—Hola –dijo María deshaciéndose de sus bártulos.

—¿Queréis un poco de leche? –pregunté enseñando un tazón.

—Yo me sirvo la mía –comentó hacendosa María.

—¡Hay trato capitán! Se incluye el tema del cocodrilo y lo de hacernos el amor –bromeó Inés.

—Si quieres empezamos ahora mismo –dije señalando el chozo con la mejor de mis sonrisas.

—No tienes arreglo. Aquí tengo tus papeles, tu propuesta sin necesidad de cama ni reptil. Automáticamente os hacemos los ingresos preliminares. No sé qué vas a hacer con tanto dinero. Te ha salido bien, me alegro por ti y por todos nosotros. Estoy segura de que va a ser todo un éxito.

Firmamos cada uno nuestro contrato y bromeamos un poco sobre todo lo que lo rodeaba.

Inés nos aclaró que cuando se pusiese el sol nos esperarían varias lanchas en la playa para ir al agasajo de la aldea, que nos acompañarían dos autoridades y sus miembros de seguridad. Así quedamos.

—Pues vámonos a Playa Larga –dije recogiendo dos arpones, algunas cuerdas, arco, flechas en su aljaba, fusil submarino, gafas y aletas.

Senda, desde el momento en que vio movimiento, estaba saltando lista para acompañarnos.

—Buena carga llevas capitán –comentó Pepa.

—Pienso dejar alguna a mitad del camino, al menos eso espero –contesté.

Fuimos andando por la linde de la vegetación y empecé a prestar especial atención cuando llegamos a la zona pantanosa.

—Mirad aquí –les indiqué rastros que llegaban o salían hacia la playa a pocos metros de una palmera.

Si te fijabas, se podía ver la dirección. Nos adentramos y cuando el suelo estuvo más embarrado pudimos ver perfectamente las huellas de las cuatro patas, en la delantera izquierda le debía faltar una uña ya que un dedo quedaba más corto que los demás. También se apreciaba el movimiento de la cola y en un tramo contemplamos lo que se podría describir como una perfecta fotografía. Desde la punta de la cola hasta la marca que dejó el hocico pusimos una cuerda dándole la forma de la “S” que formó el cuerpo en ese momento de avance. La estiramos y mediante pasos pude medir entre siete metros u ocho. Creo que en aquel momento todos tragamos saliva.

Volvimos al acceso por la arena y con unas ramas borré todas la huellas, marcando la entrada con un arpón clavado en vertical a cada lado. Era una especie de portería que nos indicaría si el bicho entraba o salía, tendría que revisarla cada día. Sería fácil de encontrar ya que la palmera que había a unos metros destacaba desde lejos. Dejé allí también algunas cuerdas y con eso alivié bastante mi carga.

—He estado viendo en internet los cocodrilos marinos o de agua salada –explicó Pepa.

—¿Y? –pregunté yo.

—Son los de mayor tamaño del mundo, los machos pueden medir hasta más de ocho metros, nadan a casi cuarenta kilómetros por hora y en tierra son muy ágiles, brutales y carniceros –comentó agobiada.

—Estupendo, ahora cuéntame las malas noticias –sonreí bromeando.

Comenzó a hacer calor, todos llevábamos camisa para no quemarnos y Lucía había traído el protector. Decidimos darnos un baño en la playa, era paradisiaca, de aguas azul turquesa, cristalinas, de arenas finas y blancas, perfecta. Nos desnudamos todos menos María, que llevaba bikini.

—Puedes hacer lo que quieras, pero ¿no ves que llamas más la atención

vestida que desnuda? Venga, haz un esfuerzo y piensa que te vas a meter sola en la ducha. En tu vida te sería positivo perder la timidez y ocasiones como está tendrás pocas, somos casi familia, ya me has concedido la mano de tu hermana, ¿se puede estar más en confianza? Haz lo que quieras, le di un beso en la mano, otro en la cara y me fui al agua.

—Bravo María, eres una campeona –le dijo Lucía al verla entrar en el agua sin nada.

—No me lo puedo creer, menuda capacidad de convicción tienes capitán. Es la primera vez que la veo así, si jamás había hecho ni topless –exclamó sorprendida.

—“Lo que se vayan a comer los gusanos, que lo vean los cristianos”, que dicen en mi tierra con mucha razón –exclamé contento.

Tenía un cuerpo muy bonito, menudo ante la exuberancia de Lucía y la consistencia de Pepa, la piel muy blanca, y algo delgada, como a muchas modelos de pasarela le daba aspecto de niña junto con su media melena pelirroja y las mejillas llenas de pecas.

Todos terminamos riendo y salpicándonos agua y jugando con Senda que nos acompañaba nadando, fue un baño esplendido y relajante sin olvidar a Alí, que era el nombre con el que bauticé al aligátor, aunque evidentemente este no era un caimán. Con el agua tan cristalina lo habríamos visto llegar si anduviese por allí.

La playa acababa en un promontorio de piedras parecido a los dos de nuestra cala, hasta allí todo era arena, al pasar al otro lado el fondo cambiaba, se apreciaba más profundidad con muchas piedras y algas.

—Bueno, voy a echar un vistazo, a ver si encuentro algo para comer –les comenté a las chicas que habían colocado la sombrilla y la toalla que llevaba Lucía.

María y ella estaban dispuestas a tomar el sol, en cambio Pepa sacó una pequeña cámara de su bolsa y unas gafas de buceo con tubo incorporado.

—Vamos a ver si podemos filmar algo bueno, yo no estoy de vacaciones como tú –me comentó bromeando y señalando el agua.

—Senda, aquí, quédate con ellas –le ordené porque quería meterse en el

agua para seguirme.

Fue introducir la cabeza y descubrir un fondo espectacular plagado de fauna. Había peces de todos los tamaños y colores. En unos veinticinco metros hacia dentro te podías mantener de pie, después se producía una especie de rampa que te llevaba más o menos a ocho.

En esa zona las piedras estaban más diseminadas. Pronto pude ver un gran mero que salía de su cueva a curiosear nuestros chapoteos, era impresionante, seguro que pesaba mucho más que yo. Tomé aire y bajé, me dejó acercarme hasta casi tocarlo.

Era evidente que no había tenido contacto con humanos, debía pesar unos cien kilos, jugué un poco con él hasta que se metió de nuevo en su caverna. Salí a respirar y bajé de nuevo, me asomé y vi la cabeza de una morena que sería de gruesa como mi pierna. Sabía que era frecuente que conviviesen juntos, ellas se aprovechaban y devoraban las sobras que se le escapaban de la boca a su anfitrión.

Vi que Pepa bajaba filmando y me quedé en la boca de la cueva, muy cerca de la morena, sin hacer ningún movimiento rápido ni extraño, esperé que nos grabase a los tres, ella dio la vuelta a la roca y filmó desde otras dos aperturas que tenía, ascendimos juntos cuando me dio la señal de OK.

—Creía que le ibas a disparar —dijo pepa quitándose las gafas donde hacíamos pie.

—Es demasiado grande, ¿cómo nos lo llevamos? Ya vendré con Viernes a por él con permiso de la morena.

—Impresiona verle los dientes y la boca abierta. Mira quién está aquí —me enseñó un primer plano de la morena y cogió a Senda que se había escapado y nadaba a su lado.

—¡Venga Senda vete a la playa! Buen trabajo joder. Ven conmigo, voy a intentar pescar algo de tres o cuatro kilos que nos podamos llevar sin muchos problemas y nos sirva de comida —comencé a nadar por la superficie después de ver que la perrilla me obedecía y ella me siguió filmando al lado.

Bajé y me escondí tras unas rocas que daban paso a una gran extensión de algas. Solté unas burbujas y golpeé un poco con el fusil. Lo extendí hacia adelante y esperé, no tardaron en llegar cinco curiosas lubinas, apunté a la más

grande y acerté, comenzó a realizar giros sobre sí misma, emitía luminosos destellos plateados, la agarré e indiqué a Pepa que salíamos hacia la orilla.

—Buena lubina capitán, debe andar por cinco kilos, buen tiro –dijo Pepa contenta con lo que había grabado.

—Vamos a dejarla aquí, seguro que Senda la cuida, ¿has visto la langosta? –le pregunté.

—No, para nada, ¿por qué no la has cogido para invitarme? –sonrió.

—Ahora vamos por ella, a ver si la encuentro. Menuda aventura de supervivencia, que tengo que darle de comer también a la buenorra del equipo –bromeé.

Entramos en el agua de nuevo, me orienté buscando una roca grande llena de erizos con tres estrellas de mar rojas que se los querían comer. Avancé unos metros a la derecha y entre dos rocas volvía a ver la cueva de la que salían dos largas antena. Le indiqué el sitio a Pepa que inmediatamente bajó a grabar. Cuando salió a respirar me hizo otra señal de OK y volvimos a bajar los dos, le disparé en la cabeza, cogí el arpón con una mano, con la otra las dos antenas y di un fuerte tirón hacia afuera. Era muy buena, casi dos kilos, lo primero que pensé fue en aquella salsa que no teníamos.

—Aquí tienes tu langosta, ¿qué tienes tú para mí? –bromeé mirándola de arriba abajo.

—Lo que quieras pillín –se burló.

—Pues eso y que robes una salsa o sal y aceite para hacerla a la brasa –tuve que apartar a Senda empeñada en atraparla.

Limpié la lubina para que pesase menos y emprendimos el camino de vuelta. Al pasar por el acceso al pantanal de Alí no vimos ningún rastro de que hubiese salido o entrado.

Lo primero al llegar fue avivar el fuego y cuidar a las cabras que por alguna razón no paraban de balar. Pepa y María subieron para entregar su material, al parecer tanto las huellas del cocodrilo como el metraje de inmersión causaron una buena sensación. Luego bajaron con buenos aderezos para la langosta. Nos reímos bastante al comer ya que ellas tenían que salirse de los planos para filmarnos comiendo solos.

Tanto la langosta como la lubina nos permitieron deleitarnos y pasar juntos uno de los mejores momentos que recuerdo.

Dicen que las buenas cosas se suelen estropear y así sucedió. De pronto, entre la estatua y el tótem vi aparecer al macho cabrío. Dio un bufido amenazante, venía a por sus pertenencias, Lola y Oteló. El tiempo de levantarme y ya se había elevado sobre sus dos patas traseras pegándome una cornada en el pecho que, aunque pude amortiguarla cogiendo sus cuernos, casi me tira sobre el fuego.

Senda ya estaba intentando morderle la pata, nadie iba a tocar a sus cabras, recibió un buen topetazo del que se levantó tambaleándose.

—Meteos en el chozo –grité a las chicas.

No podía llegar al arco, ni a la sombrilla. Le habíamos puesto a la estatua un arpón apoyado en un brazo que le daba un cierto aire cazador. Lo cogí, vi como el cabrón reculaba para coger la distancia adecuada, se levantaba sobre sus patas traseras y me senté apuntando el palo del arpón contra el suelo, apuntando contra su pecho. Si me embestía en la cabeza me dejaría seco, pero él mismo hundió la punta metálica en su pecho clavándosela bien profunda con su propio peso. Entonces cayó fulminado hacia un lado. Yo casi como él, me tumbé para recuperar el aliento.

La gran profesional Pepa, no me había hecho caso, no se había ido al chozo y había filmado todo, pensé que acabaría ganándose un Pulitzer la muy puñetera.

—Bueno, propongo copa, cigarro y siesta. Creo que cada día en esta isla estoy envejeciendo un lustro –dije acariciando a Senda que parecía haberse recuperado.

Me acerqué al macho cabrío y choqué su frente con la mía en señal de respeto, después le cerré los ojos.

—¿Por qué haces eso capitán? Ha venido a matarte –preguntó Lucía.

—Porque lo ha hecho para defender lo suyo, exponiendo su vida, al fin y al cabo esa es mi filosofía. Se lo llevaremos al jefe de la tribu como presente, no me apetece comérmelo –comenté mientras le ponía un poco de agua a Senda y me tocaba el golpe del pecho.

—Mi niño está malito, ahora te mimamos, desde luego tienes un buen morado —dijo Pepa bromeando contenta con lo que había grabado.

Al final sesteamos todos un rato, curiosamente cuando me desperté era María la que me estaba abrazando. Brevemente y en silencio nos besamos.

Llegó un segundo turno de cámaras que nos hizo bastantes preguntas cuando se encontraron con el macho cabrío muerto a la sombra. Pepa y María se despidieron porque iban a prepararse para la fiesta de por la noche. Si en algo las envidiábamos era en la ducha que se podían dar a turno en el módulo de los servicios.

Subimos a los charcos para lavarnos, nos llevamos la olla, el recipiente de plástico y unos trozos de cascara de coco, cada uno le hacía de grifo al otro. Mas valía que lloviese en un par de días, quedaba poca agua y terminaríamos por tener que hervir la del mar.

Me preparé un cordón con la navaja del jabalí y me lo colgué al pecho, decidí cortar un trozo de cuerno del cabrón del mismo tamaño porque era demasiado grande y largo, y amarrarlo a su lado, la verdad es que aquello quedaba un poco cutre, pero estaba seguro de que el jefe querría impresionarme, así que me calé el sombrero de safari y me presenté con la camisa medio abierta ante Lucía que se acicalaba con su neceser.

—Capitán, das miedo, te pareces al de cocodrilo Dundee —comentó burlona.

—¿Me lo quito? —pregunté con interés.

—¡Qué va! Que sepan quién es el jefe de todos los jefes, todo un dios; te queda la mar de bien y además me pone un montón —sonrió tocando los dos abalorios que atados juntos en su base abrían la camisa hacia afuera y me tapaban el moretón de la cornada.

Comenzaron a llegar lanchas y a bajar las personas de los módulos, unos con equipo y otros que solo iban de fiesta.

Durante el rato que esperamos, unos agentes nos estuvieron haciendo preguntas a todos sobre Erik. Nadie se explicaba cómo no había quedado ni un rastro.

—¡A sus órdenes mi capitán! —saludó Pepa con guasa.

—Llevo mis mejores galas –sonreí.

—Cualquiera se mete contigo –exclamó María.

—Veo que todos vamos vestidos de safari, ¿son órdenes? –pregunté.

—Claro, estamos trabajando, lo de esta noche también saldrá en la película, no vamos a ir con vestido y tacones. Por cierto, buena idea lo de los colmillos, te da un look salvaje –comentó la jefa que llegaba en ese momento.

—¡Eh! Que esto es un cuerno –protesté en broma.

—He visto el vídeo de Pepa con lo del macho cabrío, desde luego lo que no te pase a ti, no le pasa a nadie, buen trabajo –me felicitó.

—¡Cómo mola Tarzán! –dijo Inés al llegar.

—Estáis todas guapísimas, lo mismo el jefe no deja que volváis ni la mitad –dije medio en serio.

—Lo mismo el capitán Don Juan se trae algunas nativas –bromeó Pepa.

—Hola capitán –era Viernes que acababa de llegar.

Me saludó con la mano, después me dio el medio abrazo y me contó que él guiaría la expedición. Quince barcos, la mayoría planeadoras de más de diez metros con dos motores de cien caballos patroneadas cada una por dos hombres de color, casi todos jóvenes y fuertes con más cuerpo que Viernes. Para mí era más que evidente que aquello no se utilizaba para pescar. Esperaba que tuviésemos la fiesta en paz.

—Estás hecho todo un almirante Viernes, menuda flota tienes a tu cargo – lo felicité a sabiendas de que era el responsable por ser el único que hablaba nuestro idioma.

—Toma, te he traído esto capitán, eran los más grandes –dijo al darme ocho dientes de la orca.

—Gracias Viernes, creo que los colocaremos aquí –puse tres en una correílla que llevaba la parte superior del ala del sombrero y quedaron perfectos, parecían balas. Guardé en mis bolsillos el resto y subí a la lancha con Senda.

A la voz de Viernes zarparon todas las embarcaciones levantando grandes olas, incluso algunas toparon con otras. El agua salpicaba al hundirse las proas y

le comenté al chico que más despacio, que se iban a mojar las chicas que estaban preciosas. Tomó buena nota y dio orden de reducir la velocidad, eso sí, no demasiado.

Acababa de anochecer, estaba todo más que estudiado, pronto vimos luces de hogueras que anunciaban la isla. Al acercarnos más, pudimos divisar antorchas en el único embarcadero y muchas otras diseminadas por la playa.

Los barcos oficiales con los dos miembros del gobierno acompañados de sus cuatro agentes oficiales de protección tuvieron preferencia en los pantalanos al igual que Viernes, los demás embarrancaron voluntariamente en la playa, nos reunimos todos y comenzamos nuestra particular procesión.

Las casas del poblado eran grandes chozas construidas en alto tal, vez por las mareas, diseminadas de manera irregular. Seguimos la senda de antorchas hasta llegar a una especie de plaza en la que ardían varias hogueras, una más grande, la central. En frente se levantaban tres casas, las de mayor planta y aspecto en general.

Una vez en la plaza rodeada de bancos, sillas, cajas, troncos y tablones ocupados ya por mujeres, hombre y chiquillos del lugar, todos separados por grupos, Viernes nos explicó dónde nos teníamos que sentar, las chicas a un lado y a mí me tocó con las dos autoridades, hombres de color vestidos con pantalón largo, sahariana y gafas de sol a aquellas horas de la noche, rodeados de los cuatro agentes que portaban revólver. Senda se sentó a mis pies.

Los cámaras, técnicos de sonido e iluminación, que hacía rato venían grabando tomaron las ubicaciones que creyeron más oportuna.

De pronto se hizo el silencio, y al momento comenzaron a sonar tambores, timbales y unas extrañas flautas de viento cortas y más gordas de lo normal. La música era melodiosa y alegre, nada parecido a la que sonó la noche de luna llena. Recordé que fue cuando desapareció Erik.

Cuatro hombres portaron corriendo una butaca en parihuelas, cada uno llevaba un palo asido con las dos manos a su pecho. La dejaron al pie de las escaleras de la casa mayor, de las tres, la del centro.

Se hizo de nuevo el silencio y se abrió la puerta, entonces se pudo ver la silueta de un hombre que llevaba un tocado de plumas sobre la cabeza a modo de corona, con el pecho al aire y una especie de falda de rafia polinesia, los pies

parecían descalzos. En la mano derecha portaba un bastón largo que terminaba con una especie de calabaza invertida.

Bajó las escaleras y se sentó en la silla, entonces apareció un séquito de mujeres ataviadas con pareos, las más mayores tapaban sus pechos mientras que las más jóvenes los lucían como tesoros del jefe. Ninguna llevaba niños, y todas, una flor en el pelo.

Bastó un golpe del bastón en el suelo, comenzó la música y el jefe ascendió sobre la cabeza de sus portadores. Comenzó la curiosa cabalgata en la que el líder iba saludando a diestro y siniestro. Todos nos levantamos mientras que los de la aldea se arrodillaban.

Bajaron la poltrona a pocos metros delante de nosotros, y de nuevo el sonido se paró. Era un hombre alto, de unos ochenta años, de piel curtida y músculos de pescador, con cara seria y sin un diente, imponía respeto.

Imaginé que Viernes había hablado mucho con el jefe y me adelanté hacia él, le tendí la mano, me la chocó y me dio el medio abrazo con palmada en la espalda, entonces levantó la calabaza en la que aprecié una calavera invertida pintada de blanco y el concierto retornó acompañado de aplausos.

Senda se acercó a olerle los pies y mirar debajo de su falda. Entonces le di la orden de que se alejara y se sentase, ladró y así lo hizo.

Pude ver con claridad que de su cinturón colgaba de un lado una daga y del otro una maza de bronce resplandeciente. Las plumas del tocado presentaban un colorido precioso, una mezcla de verdes, azules, amarillos y rojos, con la que difícilmente competirían los dientes de mi orca alojados sobre el ala del sombrero.

Contento por haber roto el hielo, comprobé que las autoridades se inclinaban ante el jefe después de quitarse las gafas de sol, en señal de deferencia.

Me sentaron al lado del patriarca con Viernes asomando la cabeza entre los dos a modo de intérprete y entonces comenzó un baile en el que se recreaban escenas que se parecían demasiado a mis “hazañas” de cacerías en la isla, a las cuales sonreí.

Nos fueron pasando vasos con una especie de aguardiente de coco con los que brindamos. Pidiendo con la mano permiso al jefe, me levanté a brindar con

“mis mujeres”, comencé con Lucía.

—Princesa, esta va por ti. Me alegro mucho de tenerte por compañera –le dije con cariño.

—Estás como una cabra, he tenido suerte en dar contigo –me acarició la mejilla.

—Querida Pepa, si quieres le digo al jefe que nos case –comenté al brindar con ella.

—Mejor esperamos a las Vegas, ¡loco! Hay que quererte sí o sí –bromeé.

—María, si tu hermana no me quiere te va a tocar sustituirla, creo que hasta salgo ganando –a ella la besé en la cara.

—Si se pudiese fundir al tío más sinvergüenza y al más encantador del mundo saldrías tú capitán, eres un cielo, no sé cómo tienes tanto éxito siendo tan feo –me murmuró al oído.

—Va por nosotros jefa. Qué ganas tengo de irme –le susurré.

—Yo también. Buen trabajo como siempre, enhorabuena y paciencia capitán, en un rato estás en tu chozo devorando mujeres.

—Si sucediera eso sería porque tú no quisieras otra cosa –bromeé.

—Inés, brindo por ese buen contrato, estás preciosa, te debo una cláusula –le besé la mano.

—Querida doctora y compañía, me voy, que al final me busco un lío. Mi brindis por dos bellezones que mañana van a tener trabajo, resaca, o ambas cosas, os quiero —dije pensando en el jefe.

—Cuídate tú, que van a por ti, ¿cuánto apuestas a que te metes en ese lío? –sonrió la doctora burlona.

—No apuestes que perderás, no tengo buenas sensaciones –dijo Mónica.

—¿Qué más da uno más? –terminé de brindar.

Volví a sentarme al lado del jefe y le dije a Viernes que le comentase que tenía una gran aldea y un pueblo muy agradable.

El líder me levantó la mano en señal de aceptación y empezaron a pasarnos

bandejas con comida, orca con tomate, jabalí en salsa, y otras muchas variedades. Me concentré en comer más de lo que bebía para evitar terminar cao.

—Dice el jefe que, ¿cuántas mujeres tienes? —me comentó Viernes.

—Dile que demasiadas para un solo pito —bromeé mientras acariciaba a Senda.

—¿Cuántos hijos tienes? Me pregunta el jefe — dijo Viernes.

—No lo sé exactamente, creo que tres. Primero los tengo y después los dejo de ver —respondí pensando en anteriores matrimonios y alguna que otra novia.

—¿Se parecen a ti? —tradujo Viernes.

—Sí, bastante —dije acordándome de uno.

Cuando habíamos comido hasta la saciedad, la jefa le dijo a Viernes que quería poner una pantalla para proyectar alguna de nuestras hazañas. A mí no me pareció buena idea, pero a esas alturas ya no había nada que hacer y ella era la que mandaba a fin de cuentas.

Prepararon una pantalla del tamaño de una sábana y empezaron a proyectar nuestra llegada a la isla. Al pasar un panorama de la cala y sus dos riscos de granito se oyeron murmullos de los aldeanos. Después fueron pasando las tomas del primer jabalí, algunos conejos cazados con el arco, perdices, la trampa de las cabras, el verraco negro, la primera pelea con el carnero y seguidamente la de ese mismo día en que lo maté. No paraban de señalar a Senda, la valiente cazadora.

Viernes le dijo al jefe que yo se lo había regalado y que estaba en el barco, mientras me cogía el cuerno del pecho y se lo enseñaba comentándole que el otro era mucho más grande y se lo podría colgar él.

El jefe asintió y siguieron viendo como buceé con la bolsa de plástico y pesqué al pulpo gigante.

—Dice el jefe que estaba muy bueno, que quién te enseñó a pescar así —explicó Viernes.

—Dile que mi padre, que era el mejor pescador de tiburones del mundo —sonreí recordándolo sin pensar en si se molestaría.

Entonces proyectaron el ataque de la orca. Se produjo un gran silencio al ver a las focas andar por la arena, se sorprendieron al comprobar que la grande era yo. La verdad es que la mezcla de todas las tomas desde diferentes ángulos, junto con la espectacular del dron, los arpones, las flechas, el garfio y la sangre me impactaron hasta a mí.

—Dice el jefe que no eres humano, que no tienes miedo, que sabes muchos trucos y que no entiende para qué ha venido un dios como tú a la isla.

Recordé un antiguo truco, saqué un diente de la orca, lo enseñé, lo tapé con mis manos y lo hice desaparecer. El jefe se quedó mudo. Entonces para no pasarme demasiado se lo saqué a Viernes de detrás de la oreja.

—Dile que he venido para conocerlos, que había oído hablar de vuestro pueblo, de vuestras islas y de vuestro gran jefe. Que cuando me vaya me iré con pena y os recordaré, hablaré de vosotros y sobre todo de él —paré de comentar porque me pareció que me estaba colando.

Al traducir Viernes todo aquello, el jefe se levantó y me hizo de nuevo todo el saludo completo en señal de agradecimiento. Yo esperaba que aquello se hubiese acabado. Pero comenzó de nuevo la música y las mujeres empezaron a bailar en fila india a nuestro alrededor, lo hacían muy bien, me recordaban a las hawaianas.

Continuaron repartiendo aguardiente de coco y el personal cada vez estaba más alegre. Lucía fue la primera que se incorporó al baile seguida de casi todas las chicas.

El jefe se levantó y ordenó que paseásemos Viernes, él y yo. Comenzamos a andar camino del embarcadero acompañados de Senda. Quería ver el macho cabrío, según dijo, pero a mí se me antojaba que su intención era otra.

—Dice el rey (era la primera vez que lo llamaba así) que la manera de adquirir los conocimientos, el valor y la fuerza de otras culturas es tener hijos con gente de otras tribus o comer su cerebro y su corazón, mejor las dos cosas a la vez —comentó Viernes muy serio.

—Hombre, dile al rey que no creo que haya que llegar a tales extremos, hablando y observando se aprende mucho —expliqué recelando de la maza y la daga, viéndome cocinado en una olla.

Un perro, al menos dos veces mayor que Senda se le acercó y la olisqueó.

Ella gruñó y después se abalanzó sobre él mordiéndole una pata a la altura del muslo. Este dio un aullido y salió corriendo.

—Valiente, igual que su dueño —tradujo Viernes.

Cuando el jefe vio al carnero pidió que le cortaran el otro cuerno. Le pasé mi machete a Viernes y lo cortó entero, mucho más largo que el mío, retorcido hacia adentro.

Dio orden de que trajesen a su última esposa, se había casado hacía un año, era la novena.

Mi primera impresión fue la de contemplar a una diosa. La chica, mulata, tenía una preciosa piel bronceada, la nariz chata, los labios carnosos y aplastados que besaran un cristal, dientes muy blancos, pelo largo peinado con rastas frondosas, ojos negros rasgados y un cuerpo joven y maravillosamente proporcionado. Lucía un maquillaje digno del marco de cualquier museo, las tonalidades rojas y blancas se entrelazaban incluso en la vertical de sus labios, pómulos, frente y omóplatos resaltaban con aquel diseño. Andaba descalza con los senos al aire, firmes y desafiantes, coronados por prominentes aureolas oscuras, vestía un pareo anudado como falda. Tenía una mirada segura, desafiante, la arrogancia de una reina, sencillamente me cautivó.

Me dio la mano y el medio abrazo según le habrían enseñado Viernes y el jefe. Se llamaba Lúa y tendría unos diecinueve años.

Viernes me comentó que el jefe ya estaba mayor para concebir hijos, que su miembro ya no funcionaba porque estaba cansado y que yo tenía que embarazarla para traspasar a su tribu mi inteligencia, fuerza y valor.

Le expliqué que aquello no podía ser, aunque posiblemente me acababa de enamorar, que en nuestra civilización las cosas no se hacían de aquella manera. Conforme Viernes traducía el jefe se fue enfadando y al chico le iba cambiando la cara de color. El rey se llevó las manos a la daga y a la maza, después levantó el bastón y vi como algunos de sus hombres ocupaban lugares estratégicos en el perímetro de la celebración. Pude observar uno que apoyaba tras un árbol un kalashnikov. Viernes estaba pálido.

Aquello pintaba mal. Le propuse al jefe que su esposa, aquella diosa, se viniese con Lucía y conmigo, que sus problemas se remediarían. La cosa se calmó, volvimos a nuestro asientos y entonces comenzaron a danzar los

hombres, todos con falda de rafia y cada uno con un diferente tipo de arma, incluso un kalashnikov. Fue toda una demostración de fuerza en la que acabaron simulando que mataban al fuego.

Nos despedimos y nos fuimos hacia los barcos, Lúa nos siguió. Le expliqué a la jefa lo que había sucedido, que no había tenido otra elección, y me comentó que el jefe se había cabreado con las autoridades por la prórroga de la estancia de un mes en la isla, le habían dicho que el ambiente era muy malo, pero que posiblemente se arreglaría con algún tipo de compensación.

La música calló y las embarcaciones partieron, el cielo estaba estrellado, llegamos en un momento, unos veinte minutos, desembarcamos en la arena un tanto táticos por aquella recepción.

—Jefa, ahora qué hacemos con Lúa, supongo que no saldrá en las grabaciones. Antropológicamente estamos metidos en un buen lío –le expliqué a la directora.

—Mañana lo vemos –me contestó.

—Eso, mañana hablamos –dijo Inés.

Todo el personal andaba tocado por el exceso de aguardiente de coco, así que Lucía, Lúa, Senda y yo nos fuimos hacia la choza y los demás emprendieron el camino de vuelta.

Nos acostamos los tres sobre un saco de dormir, Lúa no paraba de sonreír y Senda ocupó su lugar a nuestros pies.

Lucía se encontraba algo más que simpática y poco a poco nos fuimos acariciando y enseñando a la chica los secretos del amor. No sabía si era peor que se quedase embarazada o que no, pero mi intención al menos fue que no pasase un mal trago. Efectivamente no lo pasó, Lucía se quedó pronto dormida o anestesiada y continuamos los dos. Había intentado beber poco pero estaba extasiado con su maquillaje y con su cuerpo, era fascinante. Ahora tenía una princesa y una reina, la mujer del rey, que lo mismo querría matarnos si la tierra era yerma.

Salí a fumar y ella me siguió, detrás cómo no Senda, eché leña a los rescoldos y pronto comenzó a arder. Ella se sentó a mi lado y le puse el brazo por encima, me cogió el colmillo y el cuerno, me miró y sonrió. Entonces me acordé de Alí. ¡Qué extraño era todo aquello! Pero si tenía algo claro era que

intentaría disfrutarlo, jamás me vería en otra igual y la arena de mi reloj interno caía grano a grano sin parar.

Nos acostamos de nuevo, creo que me dormí de inmediato, tuve malos sueños, el jefe, su daga y su maza, disparos de kalashnikov, chicas muertas y mucha sangre, tambores, timbales y flautas, me desperté sudando, serían casi las diez. Las dos dormían, preciosas, princesa y diosa, casi no me lo podía creer, tenía el cuerpo impregnado del maquillaje de Lúa, me volví a sumir en un profundo sueño.

DÍA TRECE – MAROMO Y MERO

Salí y las dos chicas desayunaban leche, Senda también la bebía en su cazo. Lúa había estado ordeñando y también había preparado la comida y agua para las cabras. Besé a Lucía y ella vino y me besó, continuaba preciosa con aquel maquillaje.

—Me ha venido la regla —comentó Lucía.

—¿Quieres que hable con la médica a ver si te facilita algún medio de higiene femenina? —le pregunté.

—Te lo agradecería capitán —contestó ella.

—¿Pido calmantes o algo? —pensé que también le vendrían bien para la resaca.

—Pues sí, tengo algunas molestias y también me duele la cabeza, jodido aguardiente —protestó.

Emprendí el camino seguido de Senda y Lúa se vino detrás. Arriba todos tenían mala cara.

—Hola, ¿qué tal querida doctora? —pregunté al llegar, Lúa se quedó fuera.

—Regular capitán, y tú, ¿cómo andas? —contestó.

—Bien, ¿tienes algo para la regla de Lucía? También le vendría bien un calmante y algo para el dolor de cabeza —le expliqué.

—Sí, te voy a preparar una bolsa —comenzó a hurgar en los cajones.

—Menuda papeleta, tener que embarazar a la mujer del jefe. Sobre todo siendo tan fea —murmuró entre risas.

—Supongo que habrá cosas peores, pero si no se queda embarazada la habremos jodido, lo mismo nos matan uno a uno. Ahora voy a ver el tema del cocodrilo, que es menos peligroso —sonreí.

—Tú estás loco capitán, ¿cogemos una lancha y nos largamos de la isla? —dijo convencida.

—No sería mala idea, pero tenemos un contrato que hay que cumplir,

¿dónde anda tu compañera? –pregunté por Mónica.

—Acostada, están todos fatal. Menuda fiestecita –comentó mientras se tocaba la frente.

—Gracias, nos vemos –me despedí.

—Me avisas con lo del cocodrilo –bromeó.

—Buenos días capitán y compañía, ¿vas a ser padre ya? –sonrió Pepa burlona al ver a Lúa.

—De momento habrá que esperar unos nueve meses, ¿quién va conmigo a ver lo del reptil? –pregunté al no ver movimiento de cámaras.

—Es preciosa. Supongo que un peligro, pero una diosa. Están todos fritos, si te esperas llamo a María y lo cubrimos nosotras –propuso ella.

—Vale, te espero abajo, tengo que llevar unas cosas para Lucía –dije al emprender la vuelta.

Aproveché el camino para irle enseñando palabras a Lúa, parecía una chica lista y ya sonreía sin parar, había perdido aquella altivez inicial.

—Aquí tienes Lucía, me voy a preparar para echar un vistazo a lo del cocodrilo –le comenté entregándole las cosas.

—Gracias, yo me voy a quedar aquí, no me encuentro demasiado bien –dijo mientras le echaba un vistazo a las cosas de la bolsa.

—Intenta mantener el fuego encendido, a ver si encuentro algo para comer –dije mientras preparaba las cosas que pensaba que necesitaría.

—Cuenta con ello –me contestó mientras saludaba a Pepa y María que acaban de llegar.

Emprendimos el camino, Lúa había dicho que cocodrilo no y se quedó con Lucía. Senda venía detrás. Se agradecía el sombrero, empezaba a apretar el calor.

Pronto vimos la palmera alta y al lado la portería de los arpones. Efectivamente había huellas que pasaban entre ellos, un surco impresionante que se apreciaba con dirección a la playa por las marcas de los dedos de sus zarpas, seguía faltando la uña en la delantera izquierda.

Lo primero que hice fue ponerme manos a la obra, sacar los clavos y el martillo que llevaba y empezar a preparar una especie de escalinata en la palmera apuntillando los más largos, hundiéndolos todo lo posible para poder asirme a ellos con las manos y poder colocar posteriormente los pies. Usé mi correa dejándola lo más larga posible para que me sirviese de cinturón de seguridad, así conseguí llegar a unos doce metros de altura. Allí clave muchos clavos juntos, alrededor del tronco para que mi peso se repartiese sobre ellos, poder estar cómodo sin hacerme daño en los pies y girar 360 grados si era necesario.

También até una cuerda alrededor, en lo más alto, para dejar caer una especie de pequeño columpio que me pudiera mantener sentado mirando hacia el tronco.

Desde allí se contemplaba perfectamente el pantanal, la zona de barro en la que estuvimos, después una laguna del tamaño de un campo de fútbol y más atrás, como si fuese una grada, una loma que caía en vertical hacia la vegetación que crecía a sus pies en la otra orilla de la laguna.

Aposté conmigo mismo a que allí tenía Alí su cueva, a unos seiscientos metros de donde yo estaba. Justo detrás, arriba, se podía ver una palmera también la más alta de la otra zona que me podría servir de referencia si quería intentar llegar por otro lado, aunque no sabía si aquella era zona seca o todavía de pantanal.

Solté hasta abajo la punta de una cuerda que me había cruzado en el pecho y le pedí a Pepa que atase su cámara fotográfica con zoom. La subí con cuidado de no dañarla, efectué varias fotos, dejé caer dos cocos y bajé.

—De momento hemos terminado por hoy con Alí —dije mientras borraba las huellas y surcos en la arena para que me sirviese de prueba de que aún seguía metido en el mar.

—¿Y ahora qué? —preguntó María.

—Ahora nos vamos a cazar —cogí los pertrechos y amarré los cocos para podérmelos colgar.

Volvimos hacia la zona de las perdices, conejos y el lodazal de los jabalíes. Senda se adelantó, cosa que no solía hacer y se quedó quieta mirando hacia un arbusto a unos quince metros de nosotros. Nos paramos y avancé

agachado, ella seguía quieta mirando al mismo sitio, pronto pude ver una gran gallinácea agachada, le dispare con el arco y la flecha la atravesó. Senda la arrastró con la boca a duras penas ya que la varilla se enganchaba en las ramas o la punta se clavaba en el suelo, además la pieza no paraba de aletear.

La dejó a mis pies y volvió al sitio inicial. Jamás me habría dado cuenta de que allí había un nido con doce huevos y no supe si es que el olor de uno que se rompió en el lance fue lo que hizo que ella se diese cuenta de que aquello era comida o es que aquella perrilla sabía más de lo que yo creía.

—Buena pieza capitán, y además tortilla, ¿volvemos ya? Mira que nos vamos a deshidratar —comentó mientras daba un sorbo y le pasaba a su hermana la botellita de agua mineral.

—Venga, nos vamos. Tengo que limpiar la gallina y poner sus vísceras en la nasa, con tantas bocas que alimentar no voy a dar abasto —bromeé sin saber qué era aquél pájaro verdaderamente.

—Hola, ¿cómo están mis mujeres? —pregunté a sabiendas de que Lucía era la única que me entendía.

—Mejor, aquí hablando de nuestras cosas —sonrió ella.

Puse la pieza en el suelo y los once huevos a su lado. Lúa gesticuló que si la desemplumaba, yo afirmé y se retiró un poco. Cuando la tuvo desplumada, me acerqué y con el machete le saqué las vísceras emprendiendo el camino de la playa, ella me siguió y vio cómo preparaba el cebo en la nasa, después de coserle alrededor una red más tupida para atrapar también camarones, y la sumergía entre unas piedras profundas ayudado de una cuerda que dejaba enganchada a un palo cruzado entre dos rocas para que no se perdiera. Volvimos y Senda la siguió todo el camino, parecía que hacían buenas migas.

—Pepa, ¿estás cansada? ¿Podría ver las fotos que hice desde la palmera aumentadas? —le rogué sabiendo que estaba agotada.

—Claro, ven aquí, creo que después de lo de ayer todos necesitamos una siesta —comentó mientras me enseñaba el material de la cámara y aumentaba las zonas que yo le indicaba.

—Mira aquí, donde está cortada la loma, entre la vegetación de abajo se ven dos cuevas —me lo amplió y a la salida de la mayor se apreciaba un gran surco que iba a parar al borde de la laguna—. Aquí tienes la casa de Alí, esta es

la entrada, por aquí entra y sale del agua. Tienes un pedazo de cámara, menudo zoom. Tendría que investigar si hasta esta palmera se puede llegar andando sin problemas, sí es así, me podría descolgar por esta pared y entrar en la cueva – comenté señalando el corte de la loma y la palmera detrás.

—Tú estás como una puta cabra, ¿y si hay más cocodrilos? –exclamó Pepa mientras las demás miraban la foto y le daban la razón.

—Si son machos los habrá matado Alí, y si son hembras, serán más chicas, al menos eso espero.

—Loco de remate, si por las huellas de la arena parece que ha pasado un tren. ¡Ni se te ocurra! –me grito María enfadada.

—Bueno, vamos a intentar preparar a esa gallina, o lo que sea, ¿los huevos duros o en tortilla? –pregunté para cambiar de tema.

—Pepa, ¿me recibes? –sonó el walky en su bolsa.

—Adelante, cambio –contestó.

—Me comunican que con el lío de estos días el trueque se realizará esta tarde –se escuchó por el walky.

—Dile que si pueden contactar con Viernes, que se vengan un poco antes. Les voy a pescar un pedazo de mero al final de Playa Larga y tienen que llevarme, o no tengo otra cosa que darles –le comenté a Pepa.

Ella pasó el mensaje y al rato nos dijeron que no había problema, que Viernes llegaría sobre las cinco de la tarde. Tendríamos casi tres horas de luz.

—¿Tú no te cansas? –preguntó Pepa.

—¿Vamos a hacer el amor los cinco, a ver si aguanta la cabaña? –bromeé y me llovieron todo tipo de cosas a la cabeza.

Pepa y María se fueron a los módulos, estaban reventadas; nosotros comimos unos huevos duros con muslo de gallina y nos acostamos, yo eché horas extras para aumentar la familia del jefe, di una cabezada y bajé a dejar mi equipo en la playa, volví a la choza, entonces llegó un nuevo miembro del equipo, traía una botella de buceo y un saco con el equipo, era un chaval joven de melena rubia, tal vez veinticinco años, que sin duda le dedicaba horas al gimnasio, hacía méritos para ser modelo y pasaba desde los once años muchas

sesiones en el dentista. Me dijo que cubriría la grabación de la tarde.

Milagrosamente, Lucía mejoró y se apuntó a la pesca. Senda tenía la tarjeta oro e iba a todos lados, y Lúa, donde yo fuera que no se nombrasen cocodrilos.

Todos nos embarcamos con Viernes y su compañero después de que nos diésemos los saludos protocolarios. Saludó a la mujer del jefe con toda la ceremonia posible, atendió rigurosamente al resto de los miembros de la expedición y partimos hacia el risco más al norte de Playa Larga.

Yo tenía mis dudas de si el cocodrilo aparecería y me merendaría de un bocado, pero mi meta era sacar aquel mero de al menos cien kilos, unos pocos más que yo, y cambiarlo por lo que fuese, en aquel momento me daba igual, no tenía ningún interés especial.

Tardamos muy poco en llegar, le dije donde fondear el ancla, el nuevo chico, que no paró en todo el viaje de hablar con Lucía, se preparó y se lanzó al agua con botellas, cámara sumergible y demás parafernalia. Después salté yo, respiré varias veces profundamente mientras me orientaba y bajé buscando el mero, se asomó un poco fuera de la cueva, pero en esta ocasión deberíamos estar haciendo más ruido de lo normal y no salió más. Bajé y estaba allí, asomado a la puerta de su cueva. Le disparé entre los ojos haciendo un buen blanco, pero por instinto se enrocó.

Salí y le pedí a Viernes uno de los bidones vacíos que llevaba, pasé el cordel que unía mi fusil al arpón por su asa y tirando con fuerza conseguí que bajase unos metros y permaneciese tirando hacia arriba en el agua.

Volví a respirar, me tranquilicé y de nuevo bajé. El mero había abierto todas sus aletas y estaba enrocado, me acerqué para tirar de él hacia afuera y allí estaba la jodida morena, con su boca abierta, amenazante o no, sabía que esa era su forma de respirar, pero también conocía que tenían glándulas venenosas o los restos putrefactos entre sus dientes, si te mordían, te producían gangrena, menudo panorama se me presentaba. El jodido cámara grababa todo desde lejos y no se acercaba. Yo jugándome el pellejo y no se me ocurría nada.

Llevaba un par de palos largos y le pedí a Viernes que me prestase su camiseta de wally, me pareció lo más adecuado. La até a la punta del palo y al otro lado una cuerda. Le pedí que cuando sintiese un tirón jalase fuerte sin parar. Bajé, molesté a la morena con el palo y ella lo mordió, di un tirón de la cuerda y

Viernes realizó su cometido, salió entera camino del barco con los dientes enganchados al trapo sin poderse soltar, entonces aproveché y cogí la varilla del arpón metiendo la otra mano en una branquia del mero que ya andaba medio muerto, tiré con fuerza hacia afuera de la cueva y se vino conmigo, ayudado por la tracción del bidón.

Todo a partir de entonces fue fácil. Viernes había conseguido sacar la morena que no soltó su bocado en ningún momento, ayudado de su compañero izó el mero y nosotros pudimos subir con más o menos dificultad. El chico nuevo no hacía más que presumir delante de una interesada Lucía de su hazaña y yo me fui a popa para acompañar a Viernes en el camino de vuelta.

—Capitán, estoy preocupado por ti —me confesó entristecido.

—¿Por qué amigo? Crees que el nuevo me va a volar la novia —le pregunté bromeando a medias.

—No es eso capitán. Si Lúa vuelve con la sangre, o el jefe o tú moriréis, no sé quién ganará —dijo refiriéndose a la regla.

—Si me la quedo hasta el último día que nos vayamos, ¿qué puede pasar? Lo que no me gustó fue cuando el jefe dijo “mejor las dos cosas a la vez” —lo interrogué algo preocupado.

—No sé, no quiero que te pase nada. Las dos cosas a la vez son que tengas el hijo y comer vuestro corazón y cerebro; no creo que lo dijera en serio —me dijo compungido.

—No te preocupes, creo que lo dijo para asustarme, ¿qué te ha parecido el mero? —le pregunté intentando animarlo.

—Muy grande, no sé qué darte a cambio —comentó el chico.

—Como no me des una granada de mano o una mina, no sé cómo coño voy a matar a ese pedazo de cocodrilo. Ya sé dónde vive y lo que mide, unos ocho metros, además, ahora está en el mar, una pasada —dije preocupado.

—Mataste a la orca, algo se te ocurrirá —dijo con convicción.

—Espero que sí querido amigo, querría, ahora o cuando puedas, más clavos largos, el cabo más grueso que tengas y cable de acero anti cocodrilos, lo demás, lo que te pidan las chicas.

Llegamos pronto, me dio el cabo de amarre de su barco, unos cincuenta metros y mucho más gordo que el que traía para intercambiar, todos los cabos y cuerdas que le quedaban, cinco metros de cable de alambre acerado y perrillos metálicos con sus tuercas, más una llave para fijarlos.

Las chicas le pidieron frutas, arroz, patatas, las verduras que traía, pan que no probábamos hacía tiempo, miel, jabón, detergente, papel higiénico, sal, botellitas de agua y seguían pidiendo más.

—Vale, vale, que el mero no vale tanto, lo vais a arruinar —las tuve que parar medio en broma.

—La morena nos gusta mucho, no hay problema capitán, además yo me seguiré ocupando de que dios fume y beba para que esté contento —señaló Viernes haciendo un guiño hacia una bolsa que había dejado con mis cosas.

Las chicas le pidieron también un utensilio de cocina que tenía forma de paellera y era bastante grande, unos cincuenta centímetros de diámetro.

—Ven aquí truhan, te voy enseñar como saludo a mis amigos de verdad.

Saltó de la barca y se acercó a mí, lo abracé con los dos brazos presionando su espalda y mi pecho contra el suyo.

—Nos vemos Viernes, cuídate amigo —me despedí.

Tuvimos que dar dos viajes para subir todas las cosas. Lucía se quedó hablando con el maromo mientras que Lúa, Senda y yo bajamos a ver si la nasa había pescado algo. Hubo suerte, teníamos tres bogavantes, cuatro cangrejos y dos calamares pequeños, además con la red que le había cosido alrededor cayeron bastantes camarones y gambillas. Fuimos a coger unas almejas a la arena y volvimos para subirnos la nasa. Prepararíamos una paella, sería la primera de la isla.

Subimos a los charcos y me extrañó que a Lúa no le gustase el sitio, si no te asomabas al borde, no daba sensación de vértigo. Me enjuagué con agua duce y le pedí a ella que me echase un poco en la cabeza con una cascara de coco, notaba el salitre reseco. No quedaba demasiada agua, pronto habría que empezar a racionarla, así que no dejé que Senda se bañase a pesar de que tenía ganas.

Volvimos, y Lucía todavía andaba de cháchara, para dejarles intimidad nos metimos en la choza, y cómo no, rezamos un rato para que el jefe no nos

matara, a la chica le encantaba estar conmigo y era evidente que estaba falta de cariño. El maromo se fue, pues al parecer durante la danza amorosa hicimos demasiado ruido.

—Mira que sois escandalosos –me reprimió Lucía.

—¿Te gusta el chaval verdad? –sonreí.

—Para lo que hay por aquí no está nada mal –rio ella.

—A ver si se te va a olvidar que somos la única pareja oficial –bromeé.

—Jamás. Tu siempre primero capitán, aunque se te olvide a ti más a menudo –se burló.

Lúa trataba a Senda como si fuese su hija, la acariciaba, le decía cosas al oído y la besaba en el hocico.

Tenemos que preparar dos buenas fogatas, una para la gallina y en la otra os voy a hacer una paella. Así no me tengo que preocupar de la comida de mañana y puedo pensar en Alí.

—Cuando un tonto se agarra a una reja... Pero me gusta la idea de la paella —dijo Lucía y se quedó tan pancha.

Preparé la paella, primero un sofrito de verduras, después los bogavantes, los cangrejos, las sepias, las almejas y los camarones, más tarde el arroz a su punto, quitar del fuego y dejar reposar. Teníamos limones, quedó fenomenal. Mientras la gallina se calentaba un poco, freímos unos huevos, por fin teníamos pan para mojar.

Invitamos a Pepa y a María, le dije a Lucía que si quería se lo dijese al maromo y le faltó tiempo en avisar. Era la primera paella que probaba Lúa y le encantó, Senda se entretuvo con los restos de la gallinácea. Me había pasado en la cantidad de arroz a fin de tener la comida para el día siguiente, lo apañaríamos con la fruta y podría dedicarme a preparar mi primer combate con Alí.

La sobremesa continuó con una charla distendida y muchas risas que fueron en aumento al tomarnos una copa y fumar unos cigarros.

La parejita bajó a dar una vuelta a la playa con una toalla y nosotros nos quedamos sorprendidos de lo rápido que iba aquello.

—¿Has pensado lo que puede pasar si Lúa se queda embarazada? Lo

mismo te reclaman la pensión para lo que nazca –comentó Pepa medio en serio.

—He hablado con Viernes y nadie de la aldea tiene carnet, ni pasaporte, ni está inscrito en ningún registro. Faltaría más que me tocara a mí la prueba de paternidad del CSI en la aldea –sonreí aclarando con eso que no me importaba.

—¿A ti te preocupa de verdad el jefe y la tribu? ¿Temes que pueda pasar algo grave? –preguntó María preocupada.

—Verdaderamente sí. Vi la muerte en la cara de Viernes cuando el jefe se cabreó y ahora lo está aún más por la prórroga de nuestra estancia. No me gustó nada lo que dijo de tener hijos con otras culturas o comerse sus cerebros y el corazón, y mucho menos todavía que las dos cosas mejor. Además, hay multitud de cabos sueltos que no me cuadran, no preguntes por nada determinado pero en mi cerebro tengo una sensación defensiva que no había tenido nunca. Espero equivocarme. Por otra parte, Lúa es un encanto, creo que es la primera vez que alguien le da cariño en su vida y veo que se lo está pasando de maravilla, es más, pienso que lo pasará mal cuando vuelva a la aldea, o tal vez nuestro recuerdo sea lo que estimule el resto de su vida, quién sabe –expliqué con seriedad y tuve la sensación de que ambas me daban la razón.

—Menudo marrón capitán, pero si no lo resuelves tú, nadie lo hará, espero que tengamos suerte y todo vaya bien –comentó Pepa.

Lúa echó más leña a una de la hogueras y se sentó a mi lado, todos le acariciamos las manos menos Senda que le lamió los pies, ella sonrió y puso su cabeza en mi hombro.

—¿Y mañana qué? –preguntó Pepa.

—Pues a por Alí, me gustaría teneros cerca y al equipo sanitario también, quiero preparar una trampa si concreto que no está en el pantano. Al maromo lo podemos dejar cuidando la casa. No sé si has visto la grabación del mero –comenté.

—La he visto y me he dado cuenta, te ha dejado solo, no ha arriesgado ni un pelo. La jefa también lo ha comentado y comparado con las tomas que le hicimos los dos a la morena en la cueva, entiende que es novato –dijo para disculparlo.

—El miedo aumenta con la edad, como casi todo, menos la timidez, ¿verdad María? Hoy no me has dado ni un beso –bromeé.

—¿Qué tipo de trampa capitán? —preguntó María mientras se acercaba, me besó, acarició a Senda y seguidamente tocó la cara de Lúa.

—La más sencilla, un lazo. Si no me equivoco el cocodrilo entra en el pantano más o menos al ponerse el sol, duerme en la cueva, al levantar el día sale a la puerta e imita a Lucía en el solárium hasta calentarse durante dos o tres horas, creo que el otro día salió a la playa entre las diez y las once de la mañana, después se pasa la jornada pescando y vuelta a empezar —expliqué.

—Tenía entendido que no comían en meses —apuntó Pepa.

—Supongo que eso será si te comes un ñu, este come pescado, mide ocho metros y tiene que tener una cabeza así —aclaré haciendo un círculo con los brazos, tocándome las manos con las puntas de los dedos para imaginar cómo debería ser el lazo.

—Joder, ¿por qué no sigues cazando gallinas y conejos? Estás loco capitán —protestó María.

Me puse a preparar el lazo con el cable de acero que tendría el diámetro de un bolígrafo. Con un perrillo metálico preparé la parte corredera apretando a tope las tuercas con la llave que me dio Viernes. En el otro extremo realicé una coca con la punta del alambre y otro perrillo, allí anudé fuertemente el cabo del barco. Senda estaba empeñada en inspeccionarlo todo y tuve que llamarla al orden, enfadada se fue con Lúa.

Coloqué una lazada de un poco más de diámetro que mi cabeza, le dije a Lúa que se levantase y cogiera el alambre algo más arriba, me metí hasta que chocó con mis hombros, seguí empujando y se me cerró en el cuello, cedí y se aflojó, empujé más fuerte, se volvió a cerrar, continué haciendo fuerza, cedí y quedó bien agarrado a mi cuello, es más, me hice algo de daño y se me puso rojo.

—Y, ¿cómo se lo metes en la cabeza? —preguntó Pepa.

—Tengo que bajar a la cueva y dejarlo colocado —respondí convencido.

—Estás chalado —dijo María.

—Lo sé, ¿queréis otro poco? —pregunté alzando la botella de ron.

—Vale, la última, está la noche maravillosa, qué estrellas más preciosas —apuntó Pepa.

—¿Quién me puede dar apoyo desde arriba de la palmera de la playa? –les pregunté.

—Ni lo pienses –contestó María.

—Nada de alturas –dijo Pepa.

Fui a la choza y saqué un saco de dormir. El que era rojo por un lado y amarillo por el otro, mucho más llamativo que el que usamos para el disfraz de foca. Le pregunté a Lúa si podría subir un rato a una palmera, me contestó que sí. Le expliqué que si veía el cocodrilo tenía que poner la parte roja mirando hacia afuera y si no la amarilla, que tenía que vigilar la playa y la laguna.

Gesticulando dijo que en tierra del cocodrilo no, le aclaré que la palmera estaba en la playa y que era muy alta. Lo pensó mucho y al final dijo que sí, me quitó el saco y lo puso amarillo mirando para mí, dibujó un cocodrilo en el suelo e hizo con la mano como si lo viese desde arriba, le dio la vuelta a saco y puso la parte roja mirando hacia mí. Le di un fuerte abrazo.

Preparé cuatro latas de diferentes tamaños que recogí de la playa. Agujereé la base de cada una, pasé una cuerda e hice un nudo, metí la siguiente en tamaño y realicé otro nudo, así con todas, después las moví y hacían ruido como un cencerro. Aquello me serviría de alarma.

Lucía volvió con el joven. Venían serios, ya no traían cara de parejita enamorada. Charlamos un poco más y los del equipo retornaron a sus módulos. Retiramos la comida a un sitio seguro, pusimos más leña para la noche y nos acostamos. Senda a los pies y una chica a cada lado.

—¿Cómo andas Lucía? –le dije al oído.

—Aburrida de la vida –contestó.

—Te preguntaba por la salud, pero si quieres hablar aquí me tienes –dije poniéndome a su disposición.

—Mira que yo soy superficial, pues este muchacho lo es todavía más. Quería que me contase cosas del mundo exterior, de las fiestas, de la música, del glamur, pero solo se ha dedicado a decir lo maravilloso que es, el cuerpo que tiene, lo que liga, el gimnasio al que va, cómo le hacen la depilación y el dinero que tienen sus padres –protestó enfadada.

—No hagas caso, hay buenos hombres por ahí, seguro que encuentras uno

que te comprenda y te mime princesa –le besé la mejilla.

—Espero que sí capitán. Me he tomado un calmante, a ver si duermo. Buenas noches Lúa –me besó los labios y se dio la vuelta.

Bromeé con Lúa sobre el saco de dormir. Le enseñaba el lado rojo, después el amarillo y terminamos haciéndole el trabajo al jefe, se notaba que cada vez era más fluida la comunicación.

DÍA CATORCE – TRAMPA PARA ALÍ

Cuando me desperté estaba abrazado a Lucía, parecía que esa mañana se encontraba mejor. Lúa ya andaba calentando la leche y machacando los palos dulces, había apañado las cabras, repuesto leña y jugaba con Senda que vino a saludarme con saltos.

Pronto llegaron Pepa, María y varios miembros del equipo. Excepto Lucía, a la que dejamos a cargo de Senda, nos dirigimos todos hacia la zona del pantanal. Llegaríamos sobre las once. Había huellas entre los arpones, de entrada y de salida, luego Alí debería estar fuera.

Las volví a borrar, no obstante, subí a la palmera con la cámara fotográfica de Pepa y realicé un par de fotos hacia las cuevas bajo el cortado de arena; al bajar las ampliamos y no se veía ningún monstruo tomando el sol. Había dejado caer cuatro cocos cuando estaba arriba.

Lúa trepó rápido y con gran agilidad llevando el saco a la espalda, una vez arriba, realizó dos ensayos mirando hacia el pantano y allí la dejamos apostada.

La expedición dio rápido la vuelta al pantanal y fue relativamente fácil acceder a la otra palmera que estaba situada a pocos metros de la zona de la cortada, bajo la que se encontraban las dos cuevas.

Tumbándose en el borde de la pared de tierra se veían bien las dos entradas desde arriba, estarían a unos tres metros. Bajé el lazo, lo situé a la altura en que consideraba que podría entrar la cabeza, pero después pensé que lo mismo arrastraba la boca por el suelo, así que decidí que era mejor incluso enterrar la parte de abajo un poco. Até el cabo a la palmera de manera que quedase lo más tenso posible, en el primer tirón dejando solo unos cincuenta centímetros de holgura para que el cabo fuese hacia adelante y el bicho se enganchara mejor.

Después pensé que si me quedaba abajo no tendría manera de subir, así que quité el cabo y le hice nudos cada dos palmos para poder escalar fácilmente. Entonces comprobé que por el cable de acero tan largo no podía escalar y acorté la distancia dejando un metro de cable libre y el otro cogido con los nudos, pero totalmente tenso en su final.

—Voy a bajar —le dije a Pepa indicando que en la palmera de enfrente se veía el color amarillo del saco.

—Ten cuidado —comentó cogiendo los dos arpones que había traído y puesto a su custodia.

Me fue fácil bajar asiéndome a los nudos. Tal y como quedé de pie en el suelo, di un paso lateral y la boca de la primera cueva quedó ante mí totalmente oscura, entre mis botas tenía el surco que provocaba Alí al entrar. De pronto, unas fauces plateadas se lanzaron hacia mí sin darme tiempo a reaccionar, algo se clavó en mi frente para coger impulso, cerré los ojos al notar cómo la sangre los llenaba, caí rodando hacia atrás, golpeando con la nuca y la cabeza, dando una voltereta para acabar en la laguna de rodillas. No sabía qué había pasado, estaba conmocionado, hasta que vi salir volando de la cueva una segunda garza real que volaba tras la que me había arañado en su escapada, con unas alas abiertas de una envergadura de metro y medio.

—¿Estás bien? —preguntó María que lo había grabado todo.

—No sé, tengo que averiguar todavía si me he cagado encima o es lodo —sonreí recuperando el resuello y volví a comprobar la cara amarilla del saco en la palmera.

La cueva era tan grande como dos habitaciones de matrimonio. Encendí la linterna que todavía colgaba de un mosquetón de mi correa, vi muchas huellas, allí el suelo era de arena seca, un buen lugar para descansar. Al fondo, una montaña de huesos, entre ellos un cráneo clavado al del día del pulpo, con un agujero similar en la parte superior.

Salí y coloqué el lazo, tenía una buena tensión hacia la palmera, pero pedí que lo tensaran un poco más desde arriba. Estaba situado justo en la senda de barro, entonces preferí poner arbustos a los lados para disimularlo y darle más estabilidad. Pedí que me lanzasen las latas que había preparado la noche anterior y la parte que sobraba del cabo de la barca pero con nudos a dos palmos, pude subir no sin cierta dificultad, después de amarrar las latas a un metro de altura sobre el lazo, porque el barro que tenía por todas partes me hacía resbalar.

—¿Qué ha pasado capitán? —preguntó Pepa que también se había llevado un susto con el ruido del debatir de las alas y al verme ensangrentada la cara.

—¡Yo qué sé! —protesté.

Pudimos ver en la grabación cómo la primera garza salía con las alas abiertas y clavaba las patas en mi frente y cabeza para coger impulso y comenzar a volar, seguro que estaba buscando algunos restos de carne con su compañera.

—¡Que alegría! Trabajo por fin —dijo la doctora de broma.

Me lavaron la cara y la cabeza. Mónica, su ayudante me dio seis o siete puntos y un beso en la frente de “sana, sanita, culito de rana, si no sana hoy sanará mañana”, después me colocó un vendaje que parecía una gorra, a mi parecer un tanto exagerado. Por cierto, recordé que ese día no llevé mi gorro, tal vez los amuletos de la horca me hubiesen evitado problemas.

Nos fuimos lo más rápido posible. Llegamos a la palmera del otro lado y esperamos a que Lúa bajase. La felicité por haberlo hecho tan bien. Cuando noté que me miraba espantada me acordé de las heridas y las vendas, le dije que no era nada y se tranquilizó. Dejamos los arpones en su sitio para controlar las huellas y nos fuimos al campamento.

Cuando llegamos, le explicamos todo a Lucía que se sobresaltó al verme herido. Todos se sentaron a descansar, yo me desnudé, me puse el sombrero y me fui camino de la playa para quitarme todo aquel barro que me impregnaba, enjuagar y lavar la ropa. Lúa se vino a ayudarme y Senda la siguió sin perder detalle.

Me metí en el agua y empecé a quitarme el barro del pantanal, era casi negro y olía fatal. Lúa se quitó el pareo y vino a ayudarme. Era la primera vez que la veía desnuda en pleno día. Manaba juventud por todos sus poros, daba gusto verla. Cuando estuve listo nos abrazamos y jugamos hasta que Senda llegó nadando e interrumpió la sesión.

—¡Qué bien te lo pasas capitán! —bromeó Pepa cuando regresé desnudo con el sombrero y toda la ropa mojada para tenderla entre la estatua y el tótem.

—Lo de nuestra boda, ¿para cuándo? —le susurré al oído.

—Cuando te cures, aunque por lo que veo vienes dispuesto a celebrar ya la noche —se burló viendo que todavía me duraba la excitación de la danza interrumpida por Senda.

—Aunque me duele un poco la cabeza, cuenta con que no te pondría esa excusa en la vida. Espero que tú a mí tampoco —comenté burlón.

—Anda, deja de intentar seducirme y cuéntame qué planes tenemos. Me ha llamado la jefa, quiere ver lo que hemos filmado y saber qué vamos a hacer —dijo Pepa.

—Tú te lo pierdes. Sobre las siete tenemos que estar al lado de la palmera, encima de la trampa y esperar callados a que venga Alí. Por supuesto que no falte el equipo médico y algo para los mosquitos, el pantanal estará plagado. Llevad algún foco por si acaso —expliqué.

—Pero cómo piensas meterte en otro fregado con la cabeza así. Podías haber perdido hasta un ojo —protestó Lucía.

—Es verdad —dije tapándome uno con la mano—. Aquí pasas de capitán a pirata en un plis plas —bromeé.

—De acuerdo, te tomas un calmante y descansas. Nosotras nos vamos —dijo María despidiéndose con un beso a los tres que nos quedábamos, sentados a la hoguera para comer un poco de paella.

Estuvimos comiendo y se fue nublando, afilé los dos arpones que tenía en el campamento, el arco también lo preparé aunque no creía que sirviese en este caso, verifiqué la linterna, pedí la toalla a Lucía y lo dejé todo preparado.

—Parece que va a llover —dijo Lucía.

—La verdad es que se nos está acabando el agua. No nos vendría nada mal —sonreí.

Nos fuimos un rato a la choza mientras Senda se quedó cuidando las cabras, más bien molestándolas en busca de juego.

Las chicas me mimaron y cuidaron con cariño hasta que nos quedamos dormidos. Al despertar, me dolía la cabeza y le pedí a Lucía un calmante de los de la doctora.

Pronto llegó el equipo, con ellos venían las sanitarias, bromeé con ellas sobre que por fin tendrían algo interesante que escribir en su informe. Comenzó a llover y me preguntaron si abortábamos la operación. Les dije que tenía que ir de todas maneras a comprobar la trampa. No pensaba dejar a Alí medio ahorcado hasta por la mañana.

Lúa se quedó triste pero le gesticulé que no quería que viera al cocodrilo, que se ocupase de Senda y de Lucía, los demás emprendimos el camino. Pronto

salió el sol de nuevo. Al pasar por la entrada a la laguna, todavía no había huellas de Alí. Cogí los dos arpones, ya tenía los cuatro de la orca. Llegamos a la palmera de detrás de las cuevas y establecimos el campamento. La trampa seguía tal y como la dejé. Coloqué los arpones en paralelo, asomando la punta a la rampa y dejé el arco un poco más atrás.

El corte de aquella loma tenía forma de media luna y una parte de los miembros del equipo se parapetó detrás de unos arbustos de uno de los picos para tener más campo de grabación.

Coloqué la gran toalla en el suelo y enrollando uno de los lados conseguí dar forma a una pequeña almohada. Me tendí y, comprobando que el viento venía de la playa, encendí un cigarro que Alí no podría oler.

Pronto se sentaron a mi lado María y Pepa. Permanecimos callados. Cuando apagué el cigarro las cogí de una mano a cada una y les expliqué que estaba encantado de haber dado con ellas, que nunca las olvidaría.

Les pedí que me perdonasen si en algunas ocasiones me ponía un poco chulo o me pasaba en las proposiciones. Les expliqué que mi posición en la isla no era normal. Que por lo que fuese todo giraba a mi alrededor y sentía una gran responsabilidad, que mi manera de ser hacía que me tomase aquello en serio porque además lo disfrutaba minuto a minuto.

—Lo estás haciendo muy bien. Sin ti, esto sería aburridísimo y por supuesto nunca te olvidaremos tampoco —dijo Pepa acariciando la venda de mi cabeza.

—Yo estoy encantada, creo que he aprendido mucho de ti capitán. Has convertido esto en una experiencia inolvidable —me besó y se tumbó.

—Quiero que sepáis una cosa, pero me tenéis que prometer que no se lo diréis a nadie —les dije con seriedad.

Ambas asintieron y les conté que había visto un cráneo humano con un agujero en la parte superior dentro de la cueva junto con muchos otros de animales y huesos de todo tipo.

—¿Por qué lo quieres tener en secreto? —preguntó María.

—Tendría que haber venido la policía a investigar antes de que hiciésemos nada. Lo mismo pararían el rodaje —les comenté convencido.

—¡No será Erik! —exclamó Pepa.

—¡Que va! No le queda ni un pelo, lleva tiempo ahí —contesté con seguridad.

Nos callamos y el crepúsculo comenzó a invadirnos. Cada vez se veía menos, aunque aún se distinguían los perfiles de la palmera y los arbustos. Entonces sonaron las latas, primero un tintineo y después como un cencerro movido por un buey.

La cuerda se tensó, nos asomamos y allí estaba Alí, majestuoso, primitivo y grande, muy grande, debatiéndose asido por el cuello.

Pepa encendió uno de los focos, el escenario se veía perfectamente, así que dejé la linterna que ya había activado.

Corrí hacia un arpón y lo lancé, fallé porque no paraba de moverse, el segundo lanzado con todas mis fuerza fue a clavarse en una pata trasera y al ir a lanzar el tercero Alí se levantó sobre la cola lanzándose hacia un lado y hacia arriba a la vez, el cabo de la barca hizo un barrido, me arrastró las dos piernas y caí agarrándome a la cima de la pared cortada, me resbalaba y me agarré a la cuerda por uno de los nudos.

Alí cayó de nuevo y la cuerda me pilló las manos contra el muro con muchísima presión, arañándolas de un lado a otro con la oscilación, mi muslo chocó contra algo que sobresalía de la pared de arena, era una piedra y me rasgó.

Mis pies colgaban a un metro de su mandíbula, intenté ponerme de rodillas sobre la pared para separar la cuerda, liberar mis manos y apartarme de su boca, apenas lo conseguía cuando, con otro golpe de su cuello, el cable de acero se partió.

Miré hacia abajo y él me miró, escalé dos nudos más, él se alzó con la boca abierta dando un mordisco al aire, pero no llegó a mis botas, sí a las latas, las arrancó, se las tragó, dio la vuelta, reptó y se metió en la laguna, arrastrando el arpón clavado en su pata trasera derecha.

Conseguí subir y tumbarme en el suelo, las manos me dolían, las tenía como si todos los huesos se me hubiesen separado, sobre todo los nudillos que me sangraban igual que las rodillas y en el muslo de mi pierna derecha tenía un buen corte.

—¿Cómo estás? —preguntó María preocupada al verme tendido.

—Me duelen las manos, las rodilla, el muslo, la cabeza, por lo demás vivo, que no es poco; creía que Alí me amputaba las dos piernas, menudo chute de adrenalina —comenté mientras recuperaba el resuello.

—Te vamos a dar unos puntos en el muslo para que no sangres mucho. Luego nos vamos de aquí, ya te veremos las manos más tarde, ese bicho puede aparecer por cualquier sitio —dijo la doctora mientras Mónica empezaba a coser y ella me echaba alcohol.

Nos fuimos rápido. Yo, cojeando. Al pasar por la otra palmera, pudimos ver que solo estaban las huellas de entrada, Alí seguía en la laguna. Borrarnos de nuevo las huellas y seguimos hasta el campamento. Lúa y Lucía preguntaban preocupadas mientras me tendí en el chozo para que me terminasen de curar. Casi no podía articular las manos. Me limpiaron, desinfectaron y vendaron, manos, rodilla y herida del muslo, también repasaron las de mi cabeza. Me dieron un calmante y me pusieron un par de inyecciones.

El equipo se retiró a los módulos. Lúa y Lucía estuvieron pendientes de mi toda la noche, también Senda que se echó en mi pecho, no la podía acariciar, si movía los dedos veía las estrellas. Tuve muchas molestias hasta que el calmante me hizo efecto y caí rendido.

DÍA QUINCE — BALUARTE

Me levanté con las manos entumecidas y molestias por todo el cuerpo, pero según me iba moviendo parecía que andaba mejor. Senda estaba muy pendiente de mis evoluciones.

Aunque fui el primero, preferí no ordeñar. Eché leña al fuego que estaba casi apagado y esperé a que saliesen. La segunda fue Lúa y Lucía la siguió, ambas me besaron con cariño y empezaron a gastarme bromas con la tranquilidad de que aquello no era grave, aunque yo estuviese echo un cromo.

Desayunamos y llegó el equipo sanitario para echarme un vistazo, acompañado de dos cámaras.

—Buenos días doctora y compañía. Vamos a conseguir que el informe de vuestra actuación en este proyecto tenga más de cien páginas.

—¿Por qué no me llamas por mi nombre? ¿No te gusta? —preguntó la doctora.

—Perdona Elena, tu nombre es casi tan bonito como tú, pensaba que lo de doctora daba más caché —comenté de broma.

Mónica me destapó todas las heridas mientras Elena me pidió que moviese los dedos y, tras una minuciosa exploración me dijo que no tenía nada roto, que era importante mantener asepsia para evitar infecciones y que como venía vacunado del tétano, en principio, no deberíamos tener ningún problema.

La pobre Lúa, que ya estaba acostumbrada a quitarse de en medio en estos casos para no salir en las grabaciones, se había sentado sobre el cabo de la barca que nos trajimos. Me acerqué y comprobé que el cable de alambre acerado, que estaba fabricado con muchos hilos metálicos de acero para darle flexibilidad, se había roto por el punto en que se había cerrado el lazo en el cuello del cocodrilo. Recordé la escena en la que dio la dentellada para morderme y se tragó las latas.

Me entró risa, empecé con unas muecas en mis labios, seguí con carcajadas, comenzaron a saltármeme las lágrimas y no podía parar de reír, me dolía hasta el estómago, pero no podía parar.

Todos, incluso María y Pepa que acababan de llegar, estaban atónitos, no

comprendían qué era lo que me pasaba, y lo peor es que no podía ni hablar, venga a reír a la vez que lloraba.

—Tú estás tonto, ¿te has vuelto loco? —dijo Pepa mientras comenzaba a reírse contagiada.

—¡Garfio! —atiné a decir.

—¿Cómo? —preguntó María.

—Soy Garfio, el capitán Garfio ja ja ja... —intenté explicar de qué me reía.

No te entendemos, me decían uno a uno, casi todos contagiados de la risa a la espera de averiguar qué tontería se me estaba pasando por la cabeza.

—Perdonad, es que me he acordado del capitán Garfio de Peter Pan y del cocodrilo que le había arrancado la mano llevándose el reloj y lo perseguía a todos lados con su tic tac en la barriga. Pues a mí me persigue Alí con el tolón de mis latas en su panza.

Algunos sonrieron y otros seguro que pensaban que yo era idiota perdido, el caso es que me llevé todo el día con ataques de risa.

—La jefa quiere hablar contigo para ver qué planes tienes —dijo la doctora.

—Elena, si tú me das la baja médica por un mes, cerramos el chiringuito y nos vamos todos a casa —sonreí.

—Anda loco, vámonos para dirección. Sabes, es angustioso ver la grabación de lo de ayer, por poco te quedas sin pies —dijo la doctora.

—¿Cuándo me vas a hacer una revisión a fondo? Noto cierta presión desde aquí hasta aquí —señalé desde la rodilla hasta el ombligo.

—Cuando tú quieras, empezaré con un tacto rectal y después ya veremos —bromeó.

—Buena propuesta, cuando termine con la jefa, si te parece bien. Pero como esa bata puede estar contaminada de esta jungla, yo me desnudo y de igual a igual, ¿vale? —pregunté excitado.

—¡Vale! —dijo tras pensarlo dos veces.

—Buenos días jefa. Hola Inés, ¿qué os contáis? —saludé contento.

—Pues queremos que veas lo de ayer y por cierto, me llamo Sofía —comentó con cierto afecto.

Las imágenes eran sobrecogedoras, Allí aparecía majestuoso, monstruoso, mastodóntico con una coraza inexpugnable, luchador, estuvo a punto de atraparme, y entonces me entró la risa de nuevo, tolón tolón, pronto vendría a por mí, o yo a por él —les expliqué porque me reía y sonrieron las dos.

—Bueno capitán, pasamos página con lo del cocodrilo y cuando puedas vuelves a cazar o pescar —dijo Inés siguiendo las directrices de la jefa.

—Para nada, esta tarde voy al pantanal, mañana quiero que Viernes me traiga unas trampas de oso o de lobo, me da igual, si te dedicas a dejar cosas a medias en la vida, mal final; espero que estemos de acuerdo, también tengo que buscar algo para el trueque y por cierto jefa, tienes un botón abierto, te sienta bien —dije señalando su blusa.

—Loco engreído, tú verás —dijo sonriendo mientras se soltaba el botón de abajo, desafiándome.

Me fui al botiquín, llamé y Elena me estaba esperando, cerró la puerta y aquella bata blanca se transformó en encaje negro, aquel chequeo salió fenomenal.

Volví activo y con mejor movimiento en la mano, por un lado preparé la pala que utilicé para construir el wáter, el martillo y el paquete de clavos.

Cogí el arco y las flechas y decidí salir a cazar después de comprobar que podía tensarlo sin problemas. Lúa por supuesto se apuntó y cómo no Senda que ya daba saltos. En esta ocasión nos seguían tres miembros del equipo a los que pedí que no hiciesen ruido.

Llevaba puesto el sombrero de safari para disimular la venda de la cabeza y para ver si los amuletos de la orca me daban suerte, aunque recordé que cuando el desastre del cocodrilo también tenía unos dientes en el bolsillo.

Llegamos a la garganta de la trampa para las cabras cortando camino, nunca había pasado de allí, la senda se perdía en un espeso bosque que atravesamos sigilosamente. Me pareció ver algo parecido a una cierva, pero mi intuición me dijo que más bien sería una cabra.

Seguimos el rastro y en una vaguada a la que entramos con el aire de frente para no ser detectados por los animales pude ver cómo bebía una hembra de jabalí, rodeada de seis rayones bastante pequeños, pesarían sobre un kilo.

Mi alegría fue doble, la isla tenía un manantial de agua, no tendríamos que preocuparnos más por el líquido elemento, con hervirla sobraría, no sería necesario destilar la del mar que requería un proceso mucho más complicado.

Habría unos cuarenta metros de distancia, el viento venía a nuestro favor y estaban distraídos con los juegos y el ruido del agua. Tensé el arco con una flecha de caza, primero me molestó la mano, pero después se me pasó, apunté a la madre poco detrás del codillo de la pata delantera, contuve la respiración y solté la cuerda.

Fue un tiro certero, cayó de rodillas. Lúa me abrazó mientras Senda emprendía una loca carrera atravesando el arroyo y cogiendo entre sus fauces al primer rayón que me trajo vivo de inmediato, mientras nos acercábamos hacia la pieza llegó con el siguiente, los tuve que ir amarrando hasta llegar a los seis. Posiblemente, aquella hubiese sido su primera salida al campo, la madre tenía las ubres llenas de leche.

Tras muchas felicitaciones a Senda, le quité las vísceras a la jabata para que pesase menos, le atamos las patas y con un palo a través de ellas entre Lúa y yo pudimos transportarla descansando cada diez o quince minutos, ese desplazamiento por supuesto no se grabó porque ella no existía, en el fondo me daba pena. La parte buena era que con la madre y los seis rayones podríamos realizar un buen trueque.

Al llegar al campamento, lo primero que hicimos fue habilitar el corral de las cabras para que no se escapasen los rayones. Curiosamente, uno de ellos, al ver mamar a Otelo, no tardó nada en imitarlo y los demás pronto comenzaron a hacer lo mismo.

—Lucía, voy a preparar una ventanilla en la choza desde la que poder controlar esta zona, por si viene un zorro o alguna serpiente a zamparse alguna cría —dije recordando la suelta de animales que habían realizado.

—Me parece buena idea, con el arco y tu puntería espero que puedas mantener a raya cualquier tipo de alimaña —me animó, y así lo hice, suficiente grande para poder ver, pero no demasiado como para que me vieran desde afuera, se cerraba con facilidad.

Aquello sí sirvió para la filmación. Senda y yo nos metimos dentro del corral con los jabatos y el chivo que jugaban con nosotros, bajo la atenta mirada de la cabra a la que tuvimos que traer bastante más comida y agua.

Lucía se encargó de la leña y de buscar las ramas que nos dijo Viernes para ahumar la carne. Lúa comenzó a despiezar el jabalí y yo decidí ir con el arco a intentar pescar algún salmonete para la comida y como cebo para la nasa.

Necesitaba relajarme y lo conseguí disparando al agua, procurando no mojarme la herida del muslo, no tardé mucho en capturar ocho. Senda me ladraba porque quería estar en misa y repicando, tenía ganas de jugar con los rayones.

Volví por el camino de la palmera del pantanal, seguía sin haber huellas de salida. Allí continuaba dentro. Al pie de la palmera localicé entre los troncos que había traído la marea dos gruesos de unos tres metros de altura y un diámetro como el de mi pierna. Los acerqué rodando y los dejé bajo el cocotero.

También me entretuve en aproximar maderas y troncos. Por supuesto todo aquello lo hice sin quitar ojo de la salida del pantanal.

Volví paseando tranquilo lanzando de vez en cuando un palo para que Senda lo trajese. Realmente solo sentía punzadas de vez en cuando en el muslo y en algunos puntos de la cabeza, las manos parecía que se iban recuperando de las contusiones.

—Hola Lucía, ¡qué buen trabajo estáis realizando! —comenté al ver que tenían toda la carne ahumándose sobre unas magníficas brasas.

A Lúa no podía ni saludarla, los técnicos de sonido andaban por allí con las alcachofas grabando mientras los cámaras filmaban. Solo entonces caí en que todo el camino me había estado grabando uno, mientras pescaba y mientras recogía las maderas. Había llegado a un punto en que me concentraba de tal manera que llegaba a encontrarme solo. Con las únicas que no me pasaba era con Pepa y María. Sin querer estaba pendiente de ellas.

—¿Cómo andas capitán? ¿Qué tal esa pesca? —preguntó Lucía.

—¡Bien! Traigo unos cuantos salmonetes. Podemos comer pescado y un poco de carne.

Lúa cuando pudo me cogió el pescado y se alejó a limpiarlo, le di un

beso y le dije que guardase las tripas para la nasa, por supuesto gesticulando. Lo entendió a la primera.

—Lucía, con los líos se me ha pasado que los jabalíes estaban bebiendo en un arroyo, debe haber un manantial de agua dulce, ya no nos tenemos que preocupar tanto por la lluvia, aunque nos venga bien porque los charcos están más cerca.

—A ver si lo investigamos un día, lo mismo hay una cascada y podemos ducharnos —comentó ella.

—Me encantaría verte desnuda entre la vegetación y bajo un chorro de agua, creo que no se puede pedir más, ¿cómo andas de ánimos? —le pregunté por el tema del maromo.

—Ya se me pasó, a veces la regla me pone tontona, pero estoy mejor. Tú me tienes preocupada cuando pienso que sales como el que va a la batalla y no sabes si volverá hasta que lo ves llegar. Hoy llevamos quince días, poco más de dos semanas y parece que te conozco de toda la vida. Tienes que prometerme que hagas lo que hagas tendrás todo el cuidado posible —comentó mientras se acercaba a meter a Senda en el corral porque no paraba de protestar, quería jugar con los rayones y Otelo, Lola le caía un poco mal.

—Te lo prometo princesa, si lo más bonito de todo esto es verte al volver cada vez —dije para tranquilizarla y adularla de paso.

Comenzamos a comer y cuando se fue el equipo Lúa se pudo incorporar, estuvimos muy a gusto. Cuando terminamos, Lúa y yo nos fuimos a la choza; Lucía decidió pasar un rato en la playa porque había estado toda la mañana en el campamento. Dormimos poco como era de esperar, aunque siempre era preferible para no pasar la noche en vela.

Pronto acudieron Pepa y María, les tocaba cubrir la tarde, llevaban sus cámaras y les acompañaba un técnico de sonido de los que tomaban las órdenes de la jefa al pie de la letra sin decir ni mu en toda la jornada laboral.

—¿Cómo andas? ¿Tienes molestias? —preguntó Pepa.

—Muy pocas, he cazado y pescado, vamos a ver cómo se me da la tarde —dije abriendo y cerrando las manos.

—Hemos visto los rayones, qué bonitos son, ¿nos vamos a quedar con

alguno? –comentó María.

—Yo creo que con uno para que la cabra no tenga demasiado trabajo, todavía no están destetados, son muy chicos, por eso los ha podido coger Senda que está encantada con sus nuevos hermanos –les expliqué.

Sobre las seis ya estaba en la palmera, empecé a cavar con la pala dos agujeros, por fortuna en esa zona la tierra era compacta. De haber sido arena fina me habría reventado, pero la verdad es que sin camisa, con el sombrero y descansando de cuando en cuando como en hora y media tenía cada uno como un metro de profundidad.

—¡Capitán! Se puede saber qué estas construyendo –me interrogó Pepa con curiosidad.

—Un baluarte, mi caballo de Troya, un ring triangular para un solo combate, Alí contra el capitán –reí pensando en Garfio.

—Lo dicho, si antes estabas como una cabra, con los golpes y cortes ahora como un cencerro –protestó María.

—Como el cencerro que lleva Alí en la barriga –sonreí.

Metí en cada hoyo uno de los palos gruesos y compacté la tierra de manera que junto con el tronco de la palmera formaban un triángulo, cuya base miraba hacia la salida del pantanal. Comencé a unirlos con tablones para darles consistencia.

Como a metro y medio de altura, construí una plataforma con una valla alrededor por la parte de arriba para que quedase como un púlpito. Le clavé también clavos de forma defensiva para que quedasen bastantes puntas hacia afuera.

La parte de abajo la cerré como si fuese una jaula, dejando un pequeño hueco de entrada. También le puse una protección de clavos a modo de erizo. Empujé con todas mis fuerzas la estructura y no se movía ni un ápice. Pedí que me ayudasen mis tres acompañantes y por más fuerzas que hicimos tampoco se coscó, era un magnífico baluarte.

—Desde luego rígido sí que ha quedado, sería un buen puesto para vender helados y que no te los roben –protestó Pepa que casi se había pinchado un clavo.

Comprobé que desde la plataforma, estando de pie, llegaba con la punta del arpón al suelo, sobrándome un trozo de palo en las manos para hacer fuerza hacia abajo.

Verifiqué que me era muy fácil acceder desde mi baluarte al tronco de la palmera e iniciar una hipotética subida hacia la copa para ponerme a salvo.

—¿Tú dónde irás por fin? ¿Abajo o arriba? —preguntó María.

—Yo arriba, el chivo debajo y Allí esperemos que todo el rato fuera — bromeé esperando que así sucediera.



—Menudo ingeniero capitán, tienes más pájaros en la cabeza que metros de venda —sonrió preocupada.

—Ya veremos, solo estoy intentando ganarme el sueldo, ya me han hecho el primer ingreso y soy millonario, pobre, pero millonario —dije metiendo las manos en mis bolsillos y sacando solo un par de dientes de orca.

—¿Ya no te pones el collar de amuletos? —preguntó María.

—Lo reservo para el día del combate —dije burlesco.

Busqué un tronco de unos dos metros, más o menos del diámetro de mi muñeca, le puse clavos asomando hacia afuera, alrededor de toda la punta delantera. Lo probé dando con todas mis fuerzas contra la palmera y se quedó clavado sin partirse. Me costó desclavarlo, era una buena arma, parecía una maza medieval extralarga.

—¿Qué os parece mi torre de defensa? —les pregunté.

—¡De puta madre! —dijo el mudo, y no tuvimos más remedio que reírnos.

—Un poco baja diría yo. Alí de rodillas mete las fauces por ahí y te cepilla —observó Pepa.

—Muy bonita para jugar a las casitas. Desde luego no te comprendo, ¿por qué tienes que hacer esto? Y no digas que es por dinero, vas a cobrar igual si cazas ranas, ya has firmado el contrato. Tiene que ser por orgullo, por chulería, por mierda —se puso a llorar María.

A esas alturas ya me dolían las manos, me molestaba el muslo y algo la cabeza. Dejé los dos arpones arriba junto con la maza. Pensé la mala pinta que tendría, hacía rato que me había quitado el gorro, la venda volvía a tener manchas de sangre, igual que la del muslo y las de las rodillas, así como las de los nudillos. Pude entenderla, me acerqué a ella, la abracé y le di un par de besos.

—Solo te digo una cosa, si yo no fuese tan desastre como soy, tú no estarías llorando ahora mismo y te importaría una mierda lo que me pudiera pasar. Algo, aunque sea muy poco, tengo que estar haciendo bien —le comenté un poco cansado de dar explicaciones, pero muy agradecido por su cariño.

—¿Qué día piensas suicidarte? —comentó Pepa bastante desagradable.

—Pasado mañana, por darte tiempo para encontrar un traje sexi, negro y corto para el entierro. Quiero que mi viuda sea la que llame más la atención. Lo mismo te queda una paguita si consumamos esta noche el matrimonio —dije burlón.

—¡Vamos a ver! Sé que estás loco y no sé por qué tienes tanto éxito. ¿Tú nos puedes explicar a María y mí por qué te dedicas a tirarle los tejos a cualquier cosa que tenga tetas en la isla? —dijo con mala leche acercándose a su hermana.

—Pues ahora que lo dices, creo que se me ha pasado la cabra —sonreí.

—Te estoy hablando en serio, ¡no seas cabrón! —replicó enfadada.

Saqué un cigarro, les ofrecí, el compañero mudo vino desde lejos, cogió uno, lo encendí a la vez que el mío y se retiró a una distancia prudencial a fumar, barruntando tormenta femenina.

—Vale, he estado casado veinte años, pasado por periodos muy fogosos, ardorosos, normales, esporádicos y de muchos noes. Hoy en día, para que tenga una relación tiene que ser con alguien que me guste, no te puedo negar que cada mujer, si buscas bien, tiene impresionantes dones, unos más profundos y otros que se ven de lejos, y no te estoy hablando de nada carnal, te hablo de la valía de algo que despierta en mí el interés, no de un par de tetas, que también ¿Os basta con esta reflexión? —pregunté esperando que me dejaran en paz las dos.

—La verdad es que no, continúa —respondió Pepa presionándome.

—Mira, tuve muchas relaciones, pero llegó un día en que decidí que no me merecía la pena emplear tanto tiempo y tantos recursos para hacer el amor. Me cansaba salir de noche, invitar a cenar y esperar el consentimiento de la otra parte. Aquello funcionaba, a veces sí y a veces no. Comencé a buscar por internet. Quedaba en casa y elegía chicas jóvenes y despampanantes. Normalmente funcionaba, ellas se prostituían, yo usaba protección, eran amables, me contaban sus azarosas vidas, tomábamos algunas copas y hacíamos el amor. A veces, la chica no coincidía con la foto, incluso una señora de mediana edad me dijo que su hija estaba ocupada y había venido a suplirla. Por supuesto una gran mentira, pero conectamos los dos y terminamos siendo amigos. Yo me prostituía de la misma manera o más incluso que ellas, vendía mi fuerza de trabajo, mi capacidad, a veces mi salud, y siempre mi tiempo para conseguir en tres días de turno en la fábrica el dinero que ellas se llevaban en una sola noche, pero pocos maridos podían disfrutar en el momento que lo necesitaban, y normalmente muchos menos de aquellos espectaculares cuerpos. Al final me aburrí y mis genes de cazador me llevaron de nuevo a la noche, a la picaresca, a la seducción, hoy tengo montones de amigas, solteras, casadas y divorciadas, la mayoría intentaban llenar algún vacío como yo, pero en el fondo todas buscaban algo estable que jamás les pude dar, ¿qué diferencia puede haber entre que yo me abra a ti contándote mis intimidades, cuestiones que no compartiría con cualquiera, oiga tus sentimientos y les preste toda mi atención haciéndome partícipe o que tengamos un orgasmo porque nos sentimos a gusto los dos? En esta isla se da la circunstancia de que hay muy pocos hombres y muchas mujeres. Parece ser que la mayoría de ellos son aburridos o no muy lanzados. Yo puedo hacerte una propuesta, con educación y por supuesto con sentido del humor, planteada de forma que en ningún caso te moleste y tampoco te ofenda, de manera que te permita esquivarla con facilidad, sin necesidad de que me mandes a tomar por culo. Es solo un desafío que te permite torearne con

habilidad o caer en mis brazos, si ese fuese tu deseo. Puedo intimar contigo emocionalmente y con María también, pero no acostarme con las dos por separado o a la vez, que tiene más morbo, ¿por qué? No lo entiendo. Seguramente soy un monstruo, pero paso del medio siglo y no sé lo que me espera en ningún plano, pues se pasa de mí y punto, dime exactamente qué es lo que quieres del capitán y eso es exclusivamente lo que tendrás. Y ya está bien con la parrafada, a tomar por culo –cogí mi pala y emprendí solo el camino al campamento sin mirar atrás.

—Hola Lúa –me acerqué al corral viendo que jugaba con Senda y los rayones. Le di un beso comprobando que no había nadie filmando.

—¿Qué tal Lucía, cómo va eso? –la saludé y me acerqué a besarla al encontrarla tras la estatua haciendo ejercicios de yoga sobre la toalla, no pude evitar mirarle el culo y me acordé de Pepa.

—¡Bien! ¿Cómo van tus heridas? Vienes hecho un cromo, ¿no habrás estado discutiendo con Alí? –dijo viendo las vendas ensangrentadas.

—Van bien, bajo con Lúa a preparar la nasa y subo a que me curen antes de que se haga de noche. No sabía que practicabas yoga, nunca terminas de sorprenderme, ahora entiendo tu elasticidad –bromeé con complicidad.

—Cuando me descubras del todo, quedarás prendado –presumió Lucía.

—¡Imposible! Lo estoy desde el primer día –dije adulándola, además de convencido.

Fuimos con Senda y preparamos las vísceras e incluso un salmonete abierto a la mitad, las envolvimos en un trapo viejo parecido a un pañuelo y lo metimos dentro de la nasa. En esa ocasión, cambiamos al otro lado de la cala y la fondeamos allí, cogida al palo de seguridad atracado entre las piedras.

Encontramos un gran trozo de red bastante tupida y nos la llevamos al campamento.

Después subí solo a los módulos. Primero entré a saludar en dirección donde trabajan con los ordenadores y los vídeos.

—¡Estás loco y medio! ¿Qué piensas hacer desde ese paso de Semana Santa? San Jorge mató al dragón desde un caballo pero a ti Alí te va hacer picadillo –dijo la jefa muy seria.

—¡Buenas tardes Sofía y compañía! Yo querría ver todo lo que se grabó de Alí —dije cuando me quitaba el sombrero y dejaba mi venda ensangrentada al aire.

—Ponte en este ordenador cabezota —señaló Inés mientras me cedía el sitio.

—Estupendo, creo que mi jefa ya no confía en mí, ¿me puedes dar un papel y un bolígrafo? —pedí recatado.

Había una grabación continua del equipo que estaba en un lateral de la cortada. Se veía cómo Alí quedó atrapado por el lazo, pude observar sus movimientos para intentar zafarse, me quedé más o menos con qué altura alcanzaba su cabeza, y observé la distancia entre sus cuatro patas, comparándolas con la medida entre los nudos del cabo, que era de dos palmos. Pedí una regla para tomar medidas.

Las tomas de Pepa y María me dejaron ver la forma de su cabeza y también me fijé en cómo había quedado clavado el arpón en su pata, analizando qué zonas podía haber dañado.

Pedí información a Inés sobre la anatomía del cocodrilo, intentando averiguar justamente dónde andaban el cerebro, el corazón, los pulmones y sus vértebras cervicales. Lo encontramos pronto en internet.

También me interesé en cuestiones como su vista, su olfato y oído, por cierto, todos magníficos. Fui anotando lo que me pareció interesante y al final escribí “tolón tolón”.

Pensé que me estaban tomando algo más en serio por el silencio sepulcral que había en el módulo.

—Sofía, dame tu palabra de que si lo mato te tatúas un San Jorge en una nalga con caballo y dragón —sonreí y me levanté.

—Loco sí, pero simpático también —dijo la jefa.

—¿De lo de los cepos tenemos algo? —pregunté con interés.

—Lo estamos gestionando. Enhorabuena por tu cacería, como siempre muy original. No has fallado nunca en el trueque —me alabó queriendo hacer las paces.

—No suelo fallar en casi nada, a la vista está —bromeé señalando las vendas repartidas por mi anatomía maltrecha.

Me despedí y me acerqué al botiquín, Mónica y Elena me estaban esperando. Salí con la muda de vendas totalmente impecable. Cuando me iba, oí a Elena decir algo.

—Capitán,¿ has pensado en el veneno? —comentó ella.

—¿Para suicidarme? No me digas que tú también... —sonreí.

—¡No bobo! Para Alí —dijo enfadada.

—No sé cómo se elabora, leí algo de una rana pero no me acuerdo; siempre he pensado que es muy fácil clavarte una flecha si la has envenenado y palmarla —respondí.

—Tal vez Lúa sepa algo. Espero hacerte pronto otro chequeo —sonrió ella.

—Seguro que me vendrá bien un día de estos, hoy tengo que encargarle otro niño al puto jefe. Si puedes, dame unos frasquitos y una caja de condones por el tema del veneno, tampoco me vendrían mal unos guantes —protesté sin querer aludir a Lúa en mis problemas con el jefe.

Comencé a bajar por la senda, Pepa y María me estaban esperando, me sentí superado.

—Podéis machacarme, no voy a decir nada, creo que tengo un límite y entre ayer y hoy debo haberlo superado con creces —me dispuse a que me dieran la puntilla sin rechistar debido a nuestra última conversación.

Primero me besó y me abrazó Pepa, después lo hizo María. Lo cierto es que no entendía nada, pero fue agradable. Seguidamente, se fueron sin mediar palabra.

Rebusqué en los contenedores que estaban bastante alejados de los módulos para evitar la proximidad de alimañas. Cogí una bolsa de plástico y metí dentro todas las latas que encontré.

Llegué por fin al campamento, Lúa y Lucía me esperaban en la hoguera, comimos un poco de carne y un salmonete cada uno, me fumé un cigarro, nos tomamos una sola copa entre todos. Gesticulando como pude, le pregunté a Lúa

por el veneno y al final, cuando pareció entenderme, dijo que sí, que sabía hacerlo. Quedamos en intentarlo al día siguiente. Nos acostamos y al poco rato estaba rendido, demasiadas mujeres, aquello era de locos, con todos mis problemas y seguía trabajando para el maldito jefe, eso sí, con gusto.

DÍA DIECISÉIS – LOS CEPOS

Cuando me levanté Lúa había preparado unos trozos de coco, con tanto rayón no había leche para nosotros. Desayunamos, Lucía se puso con sus ejercicios al lado de la estatua y nosotros nos fuimos a buscar los ingredientes que necesitaba la pócima.

Me llevó al arroyo y buscó por todos lados hasta que encontró un agujero y metiendo una ramita sacó una rana negra y amarilla, después recorrimos medio bosque hasta encontrar una planta que al cortarla desprendía unas densas gotas de savia blanca.

Me pidió una flecha, la untó primero en la punta y después la frotó sobre el lomo de la rana, cogió un tono negruzco y me dijo que ya estaba, pero que había que calentarla un rato al fuego. Le di dos flechas más y repitió la operación. A cada punta le coloqué un par de condones como absurda protección y las guardé en la aljaba.

—Hola Lucía, ¿cómo va eso? —le pregunté al llegar.

—Bien, ejercicio, sol y sexo, ¿qué más se puede pedir? —respondió ella

—Me alegro, supongo que nada. Hay un banco de boquerones en la cala, si miras parece que está lloviendo por donde nadan. Voy a preparar con esa red una especie de gorro de Papa Noel amarrado a un aro y a ver si con un palo consigo algo así como lo que utilizan para limpiar las piscinas para que nos podamos comernos una ración —expliqué con detalle.

—¿No es mucho trabajo? —preguntó ella.

—Qué va, así me entretengo —dije mientras empezaba a preparar las cosas y colocarlas más o menos por orden de uso.

Le pedí a Lúa que fuese cosiendo lo que sería el copo de la red. Mientras, con varas verdes me las apañé para confeccionar un aro de unos setenta y cinco centímetros de diámetro. Quedó muy compacto gracias a la cuerda del diámetro de un cordón.

Una vez terminado cosí a su alrededor el gorro gigante que había preparado Lúa. Más difícil fue unirlo a un palo largo y que quedase firme. Hice la prueba con el cazamariposas y atrapé a mi ayudanta por la cabeza llegando

casi hasta el suelo.

Después de unas risas nos dirigimos a la cala, pero cuando pasaba el banco de boquerones junto a las piedras se espantaban al acercar el aro, solo conseguía atrapar dos o tres cada vez.

Le quité el palo largo, me quité el sombrero y la camisa, me subí a una piedra a dos metros del agua y esperé que el banco pasase por debajo, comprobé que mi cuerpo no producía sombra sobre el agua, sino en las rocas a mi espalda.

Cuando el cardumen estaba más compacto, salté de cabeza con el aro entre las manos apuntando hacia el agua. Entré en picado sobre ellos, me hundí un par de metros, giré la boca del aro para cerrar la salida de la red y subí a respirar.

El chapuzón de cabeza me hizo daño en las heridas pero valió la pena.

Había atrapado casi un kilo, eran del tamaño de un cigarro, pero más gordos, plateados, con los ojos negros, no paraban de dar saltos. Lúa y yo gritamos de alegría, nos abrazamos y nos besamos, sin querer dejé sus pechos chorreando y llenos de escamas de boquerón.

Cuando miré al agua, por allí flotaban mis vendas, me volví a poner el sombrero para que no me diese el sol en las heridas de la cabeza y la cara. Volvimos al campamento seguidos de los dos cámaras, los cuales estuvieron filmando todas las escenas en las que no aparecía Lúa. Senda iba la primera para inspeccionar sus rayones y sus cabras.

—Hola Lucía, ha funcionado la red, no con el diseño inicial, pero mira — le enseñé los boquerones.

—Capitán, eres un artista. Yo voy a preparar la hoguera y me voy a la playa —dijo mientras se quitaba el top y se quedaba en tanga.

—Me podría dedicar a tocarte las palmas, mira que estás buena, pero voy a preparar dos cencerros para mi amigo Alí, con uno solo en la panza no creo que tenga bastante —sonreí mientras observaba cómo se deleitaban los cámaras grabando a mi compañera en su semidesnudo devenir.

Me quité los pantalones y el slip, me fui a ayudarla, intentado poner mi culo mirando hacia donde estaban las cámaras, separando las piernas para que todo asomara. Se fueron de inmediato y nosotros nos reímos durante un largo

rato.

—No sé qué tienen tus tetas y tu culo que no tengan mis huevos y mi pito. Ah sí, lo que pasa es que tienes un cuerpo bendito y los hombres no somos de piedra —dije mientras me acercaba a la estatua y le tocaba un pecho recalentado por el sol.

Me puse con las latas y preparé dos cencerros, cuatro de ellas en cada uno. Las más chicas dentro de las más grandes, cada una con su agujero hecho con un clavo y nudo en la base para pasar a la siguiente. Las agité y sonaban muy bien.

La idea era clavar dos estacas unidas por una cuerda a ras del suelo, en la salida del pantanal, y realizar un agujero a cada lado para que colgasen libres los cencerros, con el fin de que, si Alí rozaba la cuerda al pasar, aquella alarma mecánica sonase.

Lúa no quiso venir a por más agua de lluvia, aquel sitio no le gustaba por algo. Me fui acompañado de Senda, llené la botella de plástico y pensé en la excursión para intentar encontrar el manantial del arroyo de los jabatos, la haríamos cuando pasase la historia de Alí si todo salía bien.

—¡Buenos tardes! —les dije a Pepa y María que estaban preparando para filmar la comida.

—¿Qué tal capitán? Veo que no paras —dijo María.

—Muy bien, vamos a ver si preparamos algo de comer —respondí mientras buscaba los boquerones.

Lúa ya se había salido del campo de filmación, era su cuarto día en el campamento y controlaba a la perfección las rutinas diarias.

—Hola Pepa, tengo que pedirte un favor —le susurré al oído.

—¡Pide y ya veremos! Desde que te entretienes en enseñarle los huevos a mis compañeros, me estás cayendo mal —bromeó con curiosidad.

—Tu tanga me trajo suerte con la orca, ¿quieres que pelee de nuevo pensando en ti? —pregunté con seriedad.

—¡Claro! ¿Te vale este? —dijo enseñándome un elástico rojo que apretaba su cadera.

—Por supuesto, ese es ideal. Me encantaría ser yo mismo quien lo cogiera —le volví a susurrar.

—Anda, vete a freír boquerones, que ya veremos —contestó burlona y sonriente mientras preparaba el trípode.

Más bien asamos los boquerones. Estaban muy ricos, los compartimos con Pepa y María después de que acabaran de filmar. También comimos un poco de carne de Jabalí y de postre coco. Charlamos un rato en la sobremesa y Lucía y María bajaron a tomar el sol en toples. Acostumbrados a ver a Lúa con los senos al aire, ya no era una cosa que llamase tanto la atención.

Nosotros tres nos echamos una larga siesta a la espera de que viniese Viernes. Tuve suerte y conseguí mi prenda roja, eso sí, a base de insistencia y carantoñas. Lúa se quedó despierta acariciando las heridas de mi cabeza con una larga pluma de loro, era la reina de la paciencia y siempre estaba contenta. Me despertó de pronto y me hizo señas de que mirase por la ventanilla, un zorro daba vueltas alrededor del corral. Senda dormía a nuestros pies. Cogí el arco y le apunté durante un rato hasta que se quedó quieto con las orejas empinadas, su espalda y su larga cola apuntando hacia mí mientras intentaba colarse escarbando.

Le disparé y tuve la suerte de acertar en su lomo, salió corriendo y no lo volvimos a ver.

Preparé un tercer arpón enderezando el garfio que quedó del ancla, como tenía el asa donde se habían soldado en su día las otras cuatro puntas, éste resultó ser más pesado y podría ser el más contundente de todos.

—Ahí viene Viernes —dijo Pepa terminando de ponerse la camisa mientras Lúa se anudaba el pareo.

Nos acercamos a la cala cuando varó su barca. Bajó y nos dimos un fuerte abrazo.

—¿Qué pasó capitán? El cocodrilo casi te come me han dicho —bromeó mirando mis heridas.

—Bicho malo nunca muere amigo, se rompió el cable de acero pero le clavé un arpón en la pata trasera derecha, él también me dio lo mío —le enseñé mis heridas de guerra.

—¡Te mordió la cabeza! —exclamó asombrado.

—¡No! Esto fue una garza que intentó dejarme ciego, ¿has conseguido los cepos? —pregunté interesado.

—¡Sí! Diez, siete de lobo y tres de oso, no sé cómo lo hace tu jefa —comentó con cara de sorpresa.

—Y tú, ¿qué tienes para mí? —me interrogó expectativo

—Acompáñame —le dije iniciando la subida hacia el campamento seguido de Senda.

Viernes se quedó totalmente sorprendido al ver tantos rayones, también le enseñé la carne de la hembra de jabalí que habíamos ahumado como él nos había enseñado.

—¿Te parece bien cinco rayones y la carne? Nosotros nos quedaremos con alguna, no voy a tener tiempo de cazar con lo del cocodrilo.

—Me parece estupendo. Desde luego cazas las cosas más raras que se pueda imaginar. A estos cinco los dejaremos sueltos por la aldea y cuando sean grandes nos los comeremos, andarán por allí como mascotas —comentó contento.

—¿Cómo andan las cosas por la aldea? —pregunté con interés.

—El jefe está de muy mal humor porque no os vais, otro mes. Me pregunta cómo está Lúa y si estás cumpliendo para dejarla embarazada. Espero que todo salga bien —comentó un tanto agobiado.

—¿Qué crees que puede pasar si no conseguimos una barriga? ¿Algo malo? —lo interrogué interesado.

—Capitán, hay cosas de las que no puedo hablar, nuestras tradiciones son secretas. Pero si Lúa no queda preñada quedará en entredicho la virilidad del jefe, además de la tuya, y no te lo perdonará —dijo muy serio.

—Pero si solo tengo un mes y medio, hay parejas que se llevan años intentándolo, ¿por qué no se acuesta con los jóvenes de la tribu? —pregunté un tanto ignorante.

—Eso no puede ser, es la mujer del jefe, no la puede tocar ningún súbdito. Tú eres un dios, no eres humano, nuestros jefes también, aunque mueren, pero el hijo de la última mujer pasa a convertirse en un nuevo dios. Esa

es nuestra cultura y no puede modificarse.

—Y si eso no sucede, ¿qué pasa? —le pregunté incrédulo.

—Sobre el pueblo caería una maldición y todos moriríamos, las últimas tres mujeres no han tenido hijos y las anteriores solo niñas —contestó con pesadumbre, intentando que lo entendiese.

—¿Nosotros también moriríamos por esa tontería? Sé que son vuestras costumbres, pero comprende que me sorprendan —intenté hacerlo entrar en razones.

—Más o menos. Te aconsejo que te vayas antes de la próxima luna llena —trató de convencerme.

—¿Por qué? —no entendía nada.

—Lo siento capitán, no puedo hablar, me voy a meter en problemas, lo mejor sería que me hicieras caso. Vamos al barco —dijo cogiendo dos rayones bajo los brazos y emprendiendo la bajada.

Yo, algo perplejo por toda aquella historia, cogí otros dos, Lúa uno y un jamón del jabalí y el compañero de Viernes el resto. Metimos todo en la barca, los rayones no paraban de correr de proa a popa.

Viernes me fue pasando los cepos, tenían dientes metálicos que encajaban los de un lado con los del otro a modo de mandíbula. Los tres de oso eran bastante más grandes y llevaban una cadena de unos dos metros.

Le dije a Lúa que cogiese a Senda en brazos y que con Lucía le pidiese a Viernes lo que necesitásemos. Investigué cómo se montaban los cepos. Me daba miedo de que se cerrasen y me pillasen una mano. Pronto me hice con el tranquillo y los iba montando en el suelo haciéndolos saltar con un palo al darles en un disco que tenían en el centro. Cada vez que se cerraban le arrancaban un tozo y tuve que buscar otro más largo y grueso. También lo partieron, como si fuese de plastilina.

Cuando las chicas habían terminado de pedir frutas, jabones, sal, azúcar y todo lo que les fue posible conseguir, yo pedí una caja de clavos y que me ayudasen a llevar las trampas hasta la palmera de Playa Larga, era demasiado peso para mí.

Me ayudaron sin poner pegas. Viernes me dijo que aquellas trampas no

pararían a un cocodrilo de más de una tonelada. Mil quinientos, pude ver en internet cuando me dejó Inés. Visto de aquel modo, dudé por un momento de mi plan.

—Mucha suerte capitán, esta vez no puedo verte, ya solo me dejan venir al trueque. Piensa lo que te he dicho sobre la luna llena, no me gustaría que te pasase nada, aunque me dará pena que te vayas y no verte más –dijo mientras nos dábamos un fuerte abrazo.

La barca salió de la cala dejando un serpenteante surco de espuma blanca. Los tres volvimos al campamento cargados, seguidos de Senda que no había quedado nada contenta con que se llevasen sus rayones.

Fui con Lúa a la choza, aquel jefe me tenía estresado, necesitaba saber cuándo sería la próxima luna llena, imaginaba que sería más o menos cada treinta días. La verdad es que la chica era preciosa, sus senos tenían una fuerza increíble y aquel tono en su piel de miel clara me volvía loco, pero no podía quitarme la sensación de espada de Damocles encima de mi cabeza, por más vueltas que le diera. ¡Maldito jefe de la jodida aldea!

Me dediqué a preparar unos palos largos de más o menos tres metros para que sobresaliesen los clavos cuatro centímetros por uno de los lados, la idea era confeccionar una barrera de pinchos como las que utiliza la policía para reventar las ruedas de coches a la fuga. En los extremos, clavé palos cortos cruzados para evitar que girasen al pisarlos. Utilizaría el propio peso de Alí para que se hiciese él mismo las heridas en las garras, con cuatro tendría suficiente para poner un parapeto defensivo frente al púlpito.

En una lata calenté resina de ramas y troncos mezclados con ceniza, quedó un líquido negro pastoso y pegajoso, con él unté diez piedras que me servirían para marcar dónde estaba cada cepo, evitando así que nadie del equipo, ni yo mismo, cayese en las trampas y perdiese alguna extremidad.

Cenamos fruta y boquerones que nos quedaron. Estábamos charlando cuando llegó María, abriéndose paso con una linterna que tenía acoplada en la frente.

—Buenas noches familia –dijo acariciando a Senda que había ido a recibirla corriendo desde el corral de las cabras.

—Hola María, ¿cómo tú por aquí?

—Me manda Sofía, quiere reunirse contigo para planificar lo de mañana —explicó mientras besaba a Lúa y a Lucía.

—Pues vámonos —dije al levantarme para darle un beso.

—¿Estás nervioso capitán? —me preguntó con curiosidad.

—Solo si cierro los ojos y me imagino cómo vendrá Alí —sonreí dándole la mano para seguirla por la senda.

Pronto llegamos al módulo de dirección, Sofía e Inés me esperaban sentadas alrededor de una mesa.

—¿Qué tal capitán? ¿Has planificado el combate? —me preguntó Sofía con interés.

—Hola, quiero tenerlo todo montado a la diez, tenemos que irnos sobre las ocho. Supongo que si Alí decide salir, esperará a las once para haber cargado las pilas al sol —pensé que ya estaría hambriento.

—Pruébate esta cámara a ver si no te molesta mucho —dijo Inés pasándome la pequeña que se acoplaba con cinta elástica a la frente.

—Me va bien, casi no la noto, mañana voy sin venda y por lo visto sin sombrero —sonreí.

—Vamos a emplazar tres equipos y el dron. Como comprenderás, estarán al menos a trescientos metros de tu tumba, por eso es lo de tu cámara. Pepa se ocupará de dejártela grabando —dijo Sofía bromeando.

—Tenía pensado invitaros a las dos al palco, ¿no os apuntáis? —pregunté con sarcasmo.

—¿Qué te han parecido los cepos? —preguntó Inés sin hacer caso a mi proposición.

—Estupendos, solo con el esfuerzo de abrirlos ya estaré como si hubiese perdido tres asaltos —sonreí.

—Pues suerte, yo me pido un par de zapatos —rio Inés.

—Y yo un bolso. Cuídate —comentó Sofía y me despidieron con un beso.

Me pasé por el botiquín y Elena y Mónica me curaron las heridas y me preguntaron si el baluarte aguantaría —lo habían visto en un vídeo y me

comentaron que lo mismo si fuese de hormigón...

—Aguantaré, pero llevad todo el equipo. Por si hace falta curar a Alí, que no quiero que sufra —bromeé.

Bajé al campamento y nos acostamos. Senda se quedó fuera, la metimos dentro del corral ante su insistencia. Esperaba que el pequeño collar antiparasitario que traía desde el primer día evitase que cogiese pulgas o garrapatas de las cabras o del rayón.

DÍA DIECISIETE — MATAR AL COCODRILO

Tardamos en quedarnos dormidos. Cuando desperté Lúa dormía con la cabeza en la barriga de Lucía y sus piernas sobre mi espalda.

Salí, comí coco y frutas, me preparé y al llegar el equipo emprendimos el camino.

Abrí los cepos y los enterré a una distancia de medio metro entre ellos, atando todos sus extremos entre sí, más o menos la distancia entre sus patas, según las notas que había tomado y a su vez, todos con un cabo hasta la palmera. Así si pisaba uno llevaría arrastrando el resto y posiblemente lo atrapase alguno más. Los había colocado mirando a la salida del pantanal, a unos cinco metros del baluarte. Puse una de las piedras negras señalando la posición de cada uno. No se notaba para nada lo peligroso de aquel campo de minas.

En el tramo que no veía la salida del pantanal, coloqué una estaca a cada lado, tendí la cuerda a ras del suelo entre ellas y como a un metro en cada lado, hacia el centro, preparé los dos agujeros sobre los que pendían libres los cencerros, tal como tenía pensado al fabricarlos.

Más cerca, como a tres metros del baluarte, puse las hileras de clavos antirruedas, los tapé con arena. Preparé los tres arpones más el palo largo que haría las veces de maza y los coloqué arriba.

Corrí a por Otelo al campamento, no lo quise llevar por si Alí lo escuchaba y no me daba tiempo a preparar el terreno. Antes de volver, pasé las puntas de las flechas envenenadas un poco por las llamas de la hoguera atendiendo las indicaciones de Lúa, con cuidado, a aquello le tenía mucho respeto.

Me despedí de Lucía y Lúa con dos besos. Me pidieron que tuviese mucho cuidado y se quedaron llorando. Metimos a Senda en el corral, sobre todo por el peligro de las trampas.

Llegué al baluarte, metí a Otelo debajo y sellé la jaula con unos troncos bien clavados. Comenzó a balar llamando a Lola y aquel sonido pronto se convirtió en un llanto cansino.

Me tapé con la toalla para que Alí, si venía, no distinguiese mi figura,

aunque estaba seguro de que reconocería más mi olor, por joderle la pata, que el de Otelo, que por cierto no paraba de berrear.

Eran casi las once y cuarto, empezaba a pensar que Alí no saldría, lo mismo había muerto de tétanos y aquello se convertiría en un mal menor.

Pepa se acercó corriendo y me dijo que el dron había detectado movimiento en el pantanal. Se fue a más velocidad de la que vino, solo tuve tiempo de enseñarle su prenda roja en mi muñeca.

Lo cierto es que hubo un momento en el que sentí miedo, me dio la sensación de andar navegando en un océano, en un barco de papel, pero pronto me recuperé. Pasé a aquella imagen de que te tienes que operar y estás allí esperando a que te llamen sin saber qué es lo que va a pasar, por alguna razón un tanto irracional, te quedas y no te vas.

Me había colocado los amuletos que llevé a la fiesta del jefe, con ellos pretendía suplir la falta de mi sombrero por culpa de la cámara. Pepa la había puesto a primera hora a grabar, imaginé lo aburrido que sería el vídeo, quitando una meada en la que me miré para sacudirla sin salpicar, no había nada más.

Tenía la mirada clavada en la salida del pantanal cuando sonaron los cencerros. La cabeza de Alí comenzó a asomar moviendo el hocico de un lado a otro. Estaba a una gran distancia y ya podía distinguir cómo engarzaba la hilera de dientes superior con la de abajo.

Su paso era firme, con pisada contundente, iba reptando despacio. Cuando estuvo situado en la linde de la arena, allí donde firma con espuma la marea alta, me pareció un barco colocado bocabajo.

Otelo aumentó su balido plañidero y yo pegué un par de golpes en la madera para orientar al reptil que instantáneamente quedó mirando fijamente hacia mí.

Levantó un poco el morro, como si intentase identificar los olores, miró hacia los equipos de cámaras que se encontraban repartidos a trescientos metros e inmediatamente continuó su camino hacia el baluarte.

Estaba llegando a la zona de los cepos, yo podía percibir los efluvios del pantano, también pude ver que arrastraba una pata trasera y de ella colgaba el arpón que le clavé.

Llegó a la primera línea de piedras que marcaban las trampas y la pasó sin que saltasen.

Era impresionante el poderío de aquel animal de color verde grisáceo, protegido con su inmensa armadura, la garganta se me secó, la respiración se me aceleró y me recorrió por todo el cuerpo un sudor frío.

Pude ver cómo pisaba al lado de una piedra negra y uno de los cepos de oso se cerraba sobre su pata, mordiendo incisivamente la carne y provocando un chorro de sangre roja.

Alí se contorsionó bruscamente avanzando un tramo, haciendo saltar uno de los cepos de lobo que se cerró sobre la pata del arpón, mientras otro lo hacía sobre su cola.

El reptil se retorció de dolor, rodando sobre su lomo, quedó prendido por el costado con otra trampa de oso, entonces se arrastró serpenteante seguido del manajo de cepos, unos cerrados y otros abiertos.

Al llegar a la línea de clavos, uno de los palos quedó prendido en su pecho. Efectuó un movimiento de sacudida intentando evadirse y su garra trasera izquierda también hizo saltar otro cepo de lobo que lo atrapó por el codo. El primer palo continuaba desprendiéndose, observé que otro lo llevaba pinchado entre las dos ingles traseras.

Llegó al pie del baluarte, sacudiendo el cuerpo, abrió sus fauces casi un metro intentado romper la madera para acceder a Otelo, que no paraba de llamar a Lola. La punta de su hocico asomó por el borde de mi plataforma.

Tal y como había visto, su cerebro estaba situado entre la línea de los ojos, donde el cráneo empieza a caer hacia atrás. Cogí el arpón más pesado e intenté hincarlo con todas mis fuerzas, di demasiado delante y rebotó, entre la coraza de piel y el hueso del cráneo aquello constituía una armadura inexpugnable.

Alí no paraba de dar bocados y trompazos a la estructura, estaba empezando a separar algunas piezas. Comencé a darle golpes con la larga maza coronada de clavos, pero rebotaba como si nada.

El cepo que había aprisionado su costado se arrancó, dejando ver un rosetón de encarnadura sanguinolenta desprovisto de la coraza de su piel. Cogí el arco y saqué las flechas venenosas que tenía unidas con un cordel; una tras otra

las fui clavando en la diana ensangrentada que ofrecía en su lateral, mientras tanto me caía y me levantaba por los meneos contra la plataforma, con miedo de clavarme alguna saeta emponzoñada y terminar mis días en aquella puñetera y maravillosa isla.

Estuve a punto de emprender el camino hacia la copa de la palmera, pero las llorosas llamadas de Otelo hicieron que desistiera, intentando pinchar a Alí entre los ojos con otro de los arpones. Conseguí darle en uno y metiendo la cabeza en un hueco de aquella estructura, logró propagar todo el peso de su cuerpo hacía arriba, mandándome por los aires.

Caí a unos tres metros sobre la arena, vi como seguía con la cabeza dentro de lo que quedaba de aquel maldito púlpito y con el martillo solté los palos de la jaula en su parte trasera. Otelo salió despavorido y pronto le siguió la cabeza de Alí en busca de venganza, tan cerca, que asió el amuleto que volaba de mi pecho con los dientes y su movimiento de mandíbula hizo que me pegase con la estructura en la frente, viendo literalmente las estrellas antes de que se rompiese el cordel y me pudiese liberar.

Me pareció ver que el cocodrilo se tambaleaba, aunque no estaba seguro de si era yo por el golpe en la cabeza.

Conmocionado intenté subir por la escalinata de los clavos en la palmera y la cabeza afilada de uno me fue segando el antebrazo desde la muñeca hasta el codo, me solté instintivamente por el dolor y fui a parar de espaldas sobre Alí, más bien sobre el resto de maderas que cubrían su cabeza.

Me pusieron en una camilla, ensangrentado sin saber qué había pasado. Cuando pude ver con más claridad, Elena y Mónica se habían explayado, tenía veinte puntos en el antebrazo y un buen bollo en la frente. El objetivo de la cámara me lo había provocado con el golpe, quedando totalmente destrozado.

DÍA DIECIOCHO — CONVALECENCIA

Me levanté como pude, sin hablar ni querer escuchar a nadie y apoyándome sobre un arpón fui tranqueando pasos hasta el campamento. No recordaba ni haber llegado, desperté a media mañana del día siguiente, Lúa me acariciaba y Lucía me ponía paños en la frente.

—Capitán has ganado de nuevo, has matado al cocodrilo aunque casi te quedas en el sitio. Entre el bollo de la frente, ese tajo en el brazo y todas las heridas anteriores va pareciendo que te han hecho una autopsia en vida —bromeó Lucía sonriendo.

Alí había muerto envenenado, estresado y descarnado, terminando por ser mi lecho, donde caí desgastado.

En aquel momento estaba agotado, cansado de aquella isla, aburrido de tanta mujer a la que adular y falto de energía. Poco a poco me fui sobreponiendo, me levanté, oriné un poco de sangre, comí en un estado casi catatónico y me volví a acostar.

Cuando de nuevo me levanté serían las seis, tenía agujetas en todo el cuerpo, algo así como si me hubiese despeñado por un barranco de piedra. En sueños había estado peleando con el jefe de la aldea, me pegaba con la maza en la cabeza e intentaba rebanarme con la daga. Sentía angustia y me fui a bañar a la cala, acompañado de Senda y Lúa. Con el antebrazo como periscopio noté cómo se renovaban mis fuerzas, lentamente, poco a poco.

Besé a Lúa mientras la abrazaba con cuidado y la felicité por su magnífico veneno, gesticulando.

Subí a los módulos para curarme pero primero me pasé a saludar por dirección. Todos los que estaban allí me aplaudieron al entrar.

—Esta vez ha estado cerca capitán. Suerte que el veneno funcionó, por poco no lo cuentas —dijo Sofía que se levantó y me dio un beso seguida de Inés.

—¿Qué pasó con la cámara? —pregunté con curiosidad.

—Ha quedado hecha añicos —dijo Sofía enseñando los restos.

—¿Se pudo grabar algo? ¿No se habrá perdido todo? —comenté

preocupado.

—Salvamos el cerebro —me explicó Inés abriendo una mano en la que tenía la tarjeta de memoria de mi cámara.

Me pasaron la grabación ya montada, los preparativos, la construcción, el veneno. Me quedé pasmado viendo paso a paso como había sido aquel combate, los cepos, las tablas con clavos, los arpones, el arco y la maza que no llegué a emplear.

Sobrecogía verlo acercarse con las fauces abiertas y sobre todo el angustioso momento en que Alí tiró de mi amuleto, allí había quedado plasmada en primer plano la mirada de su ojo bueno con aquella inquietante pupila negra vertical mientras el otro le manaba sangre y aparecían entre sus dientes el cuerno del macho cabrío y el colmillo del jabalí.

—Un trabajo perfecto capitán, nos van a dar un Pulitzer, tienes los huevos bien puestos aunque la cabeza llena de pájaros, hubieses sido un buen caballero medieval —comentó Pepa burlona que hasta ese momento había estado callada.

—Y tú una bellísima dama. Menudo número, si no es por el veneno de Lúa lo mismo la casco —dije enseñándole la prenda roja aún en mi muñeca.

—Ahora toca descansar, será mejor que te dediques a pescar con caña —comentó María desde la otra mesa.

—Cuando Sofía me enseñe el San Jorge tatuado en su nalga nos dedicamos a la vida contemplativa —sonreí pensando en aquella apuesta que jamás se cumpliría.

—¡Jamás! —exclamó Sofía.

—¿Y del cocodrilo qué? —pregunté con curiosidad.

—Pues allí anda esperándote capitán Garfio —dijo Inés.

—Pues qué bien. Mañana iré a desollarlo para traerme la piel y algún diente. Por cierto, ¿y mis amuletos? —me acordé de ellos con horror.

—Dentro de su boca. Nadie se atrevió a sacarlos por si a tu Alí le daba de pronto un acto reflejo y perdía la mano en el intento —explicó Sofía.

—Menuda cuadrilla de valientes —protesté entre murmullos.

Me despedí para ir a curarme y le pedí a Pepa, a parte, que se enterase cuándo sería la próxima luna llena.

—Hombre capitán, ¿qué tal te encuentras? —me preguntó la doctora.

—Hola Elena, mejorando lo presente, de puta madre —sonreí.

—Espero que no seas aprensivo. De la costura del brazo te sobraban la mitad de los puntos, pero comprenderás que Mónica y yo nos merecíamos nuestros minutos de gloria en la película —dijo burlonamente.

—¡Ah bueno! Entonces ya me quedo más tranquilo, ¿del bollo qué me cuentas? —pregunté con interés.

—Nada, solo cuestión estética. Te voy a dar unos calmantes fabulosos y el derrame del ojo se te irá quitando solo.

—¿Qué derrame? —dije yendo a mirarme al espejo ya que no me había visto, solo me notaba el chichón de la frente que era como medio huevo de gallina. Menuda pena de ojo sanguinolento.

—No te asustes, es muy llamativo, pero para un tío que caza cocodrilos, una miseria —dijo para tranquilizarme.

—He orinado sangre, no mucha, pero el tono era rojizo —expliqué para que se hiciese una idea.

—Entre el carnero y el cocodrilo lo raro es que seas capaz de mear. No te preocupes, es normal con tanta contusión, pero estate pendiente de si continúas sangrando. Si no cesa pronto, tomaríamos medidas —explicó tranquila.

—¿Entonces estoy genial? Me puedes medir lo que quieras —dije burlón.

—Tampoco es eso. Asepsia y sexo, estarás curado en poco tiempo —se burló Sofía mientras me cambiaba las vendas.

—Pues vamos por la primera dosis —bromeé de nuevo haciendo el amago de desabrocharme el cinturón.

—Mañana, hoy por tu culpa tengo que dedicarme a terminar el informe. Nos estás dando demasiado trabajo últimamente —me regañó suavemente.

Me despedí después de tomarme un calmante y acompañado de Senda, que me esperaba sentada, bajé lentamente hacia el campamento fumando un

cigarro.

Senda se metió entre unos arbusto y empezó a ladrar. Al aproximarme había un penetrante olor a putrefacción, allí estaba el zorro, muerto con la flecha clavada en el lomo. Cogí la flecha y emprendimos camino al campamento.

—Mañana habría que buscar algo de comida —me comentó Lucía oliendo la carne del jabalí.

—Vale, a ver cómo me funciona el brazo para el arco, que por cierto no sé dónde andará —dije viendo que no me lo habían traído los muy bandidos.

—Menuda prueba de supervivencia te estás tirando campeón, yo creo que no está pagado con nada el jugarte la vida una y otra vez —comentó Lucía que permanecía con el mismo cuerpo espléndido del primer día, solo variaba el magnífico bronceado que había ido adquiriendo con el tiempo.

—Llevas razón, me lo tomaré con más calma, ¿tenemos suficiente para cenar o miro la nasa? —dije apuntando con mi mano hacia la cala.

—Hay bastante fruta, a mí con eso me basta —aclaró Lucía.

Lúa llegó de apañar las cabras seguida de Senda; traía un poco de leche para repartir entre los cuatro. Como siempre, su grata sonrisa y su intensa mirada alegraban el lugar. Daba gusto verla, pero me acordé del puñetero jefe.

Cenamos y nos acostamos pronto, aquel día, las tareas del jefe las realizaron las chicas casi al completo, yo estaba para moverme poco, o nada, hecho un churro que venció a Alí milagrosamente.

DÍA DIECINUEVE — LOS COLMILLOS DE ALÍ

Lúa y yo nos llevamos la red cosida al aro que utilizamos para pescar los boquerones, también la olla con brasas de la hoguera. Emprendimos el camino hacia la zona de conejos seguidos de Senda. Con el tema del antebrazo prefería no andar tensando mucho todavía el arco.

La convencí de que antes nos pasásemos a desollar el cocodrilo. Me costaba manejarla y ella en esas labores demostraba una gran destreza.

Un par de gaviotas picoteaban la zona sin piel que dejó el cepo al descubierto en el costado, aquella a la que disparé las flechas. Lúa, al ver aquel mastodonte de siete metros, no quería acercarse, la persuadí al abrirle la boca con uno de los arpones y sacar mis amuletos. Senda directamente se fue a morderle la cola.

Desollamos la parte superior ya que era imposible darle la vuelta. Cabeza, cuatro patas, lomo y cola, nos salió una buena gran alfombra para chimenea, incluso hubiera servido como atuendo para achicar al jefe en una reunión.

Me costaba creer que yo hubiese podido acabar con aquel monstruo. Por otra parte, me daba pena de Alí, él estaba tan tranquilo en su isla, de la que era dueño y señor cuando vine a joderle.

El equipo estuvo filmando las actuaciones en las que no aparecía Lúa. Con la ayuda del martillo, que todavía andaba por el suelo, le extraje los colmillos más grandes para mi colección y también para Viernes, eran impresionantes, mucho mayores que los de la orca. Pensé que tenía suerte de que en la isla no hubiese leones y que de ahora en adelante tendríamos tranquilidad, ¡me equivocaba!

Dejamos recogidos los pertrechos de la batalla junto con la piel desollada enrollada y los pusimos en la encrucijada entre el campamento y la zona de conejos.

Cuando llegamos donde pensábamos que tenían sus madrigueras, por todos lados había escarbaduras y cagadas.

Senda anduvo husmeando huellas hasta que nos llevó a una loma en la

que había bocas de cuevas por todas partes. Nos entretuvimos en ir sellando la mayoría con piedra. Dos salidas estaban muy juntas y allí colocamos el aro de la red cogido al suelo con piedras.

La única entrada a las madrigueras que quedaba libre la utilizamos para meter hierba seca con trozos más verdes para provocar mucho humo. Utilizamos las brasas aún encendidas en la olla y le prendimos fuego.

No tardamos en ver columnas blancas de humo que salían por algunos huecos entre las piedras que tapaban las entradas y sobre todo en la salida abierta que cubría la red. Pronto empezaron a salir conejos y quedar atrapados en ella. Cazamos seis a la vez.

Hubiese soltado varios, no necesitábamos tantos, pero esa tarde venía Viernes y no teníamos nada para el trueque. Senda se dio unas buenas carreras consiguiendo coger a uno que se escapó.

De vuelta al campamento nos llevamos la piel de Alí y la colocamos al sol para que se secase. Cada vez la veía más grande, se podría hacer una piragua con ella.

Lucía estaba en la cala tomando el sol y el fuego estaba apagado. Limpiamos dos conejos y los otros los dejamos vivos en la red. Entonces llegó ella.

—¿Qué ha pasado con el fuego princesa? –le pregunté amablemente.

—¡Que lo encienda Lúa! –contestó de mala manera.

—¿Te pasa algo? –le pregunté.

—¡Pues sí! Me fastidia que ella esté todo el día por ahí contigo y yo me quede aquí pendiente de la madera. Te acuestas con todas y no me respetas –refunfuñó alterada.

—No te entiendo demasiado bien. Tú no has querido venir casi nunca ni a pescar ni a cazar conmigo y no te ha importado preocuparte únicamente de echar unos tacos de leña teniendo el resto del día para ti. Y en el tema de acostarse, por supuesto que te respeto, que yo sepa no estamos casados –comenté extrañado.

—¿Te hubiese gustado que te tocara ella como pareja y no yo? –preguntó enfadada.

—¡Menuda tontería! Nunca hemos tenido problemas, ¿qué te pasa ahora?
—intenté razonar.

—¿Qué pinta ella aquí comiéndose mi espacio? —protestó.

—O me la traigo, o nos mata allí mismo el jefe, ¿también me vas a echar la culpa de eso? No hago más que tirar de todo para adelante casi solo. Me estoy dejando la vida en ello, ¿por qué crees que nos hicieron los contratos? Si hubiésemos estado los dos tomando el sol todo el día, nos podíamos ir preparando para irnos pronto. He tenido que pescar un pulpo gigante, matar jabalíes, cazar cabras, acabar con una orca, terminar con Alí. No te entiendo —me quejé algo dolido.

—Me gustaría ser de otra manera, haberte ayudado, saber pescar y cazar, tener ideas como las que tú tienes. Me siento anulada, insulsa y torpe —rompió en lágrimas cándidamente.

—Ven aquí, vamos a intentar que te sientas mejor —la abracé intentando consolarla.

—Perdóname capitán, me encuentro muy mal —continuó sollozando.

—Venga, ven, y me ayudas a hacer fuego que tenemos que preparar la comida —intenté pasar página.

Le pedí a Lucía que me prestase la lupa de su neceser para probarla y pronto conseguí hacer fuego sobre las virutas y unas plumas que habíamos guardado.

Chocamos las manos y lo celebramos. Entre todos buscamos leña, Lucía nos ayudó a preparar la carne, los tres acompañados de Senda bajamos a revisar la nasa que estaba llena de camarones, cangrejos, un par de calamares pequeños y dos bogavantes.

Cogimos más o menos la mitad de las capturas y dejamos el resto allí metido como si fuese un acuario, colocando algunas vísceras de conejo para que se alimentasen mientras tanto.

Intenté prestarle más atención, pero al mirarla y compararla con Lúa me saltaba a la vista que la segunda se limitaba a trabajar, que adoptaba posturas normales en sus labores, mientras que Lucía tenía medido cada movimiento, como si la estuviesen fotografiando constantemente. Eran dos mundos tan

diferentes que no podrían encajar jamás. Yo nadaba entre dos aguas, un poco cansado y sin ganas de muchos conflictos.

Comimos marisco y conejo con algo de fruta. Solté al rayón porque lo había visto seguir todo el tiempo a Senda en el corral y se quedó jugando con ella a nuestro alrededor, lo que provocó las risas de todos, incluidos los miembros del equipo que filmaban cubriendo el turno.

Nos echamos la siesta y entre caricias llegó la calma, por fin conseguí descansar un rato.

Cuando desperté Pepa y María me estaban esperando, les tocaba el turno de tarde. Me preguntaron por mi salud y comenzamos a andar. Me acerqué a Playa Larga con el fusil de pesca submarina acompañado de Senda y su rayón, ya que las chicas dormían. Anduve con el agua por encima de la rodilla intentando no mojar la herida del muslo y pude capturar dos lenguados de más de un kilo cada uno.

Estaba contento. Ya tenía para el trueque dos lenguados, cuatro conejos vivos y algunos colmillos del cocodrilo.

Senda se metía en el agua, pero viendo que el rayón no la seguía, al momento estaba fuera.

—Buenas piezas, no pierdes tu habilidad capitán –me comentó Pepa cuando terminó de grabar.

—No te creas, he fallado un tiro fácil –sonreí.

—Nos tienes que invitar a otra paella algún día –bromeó María mientras acariciaba a Senda.

—En el momento que me recupere, eso está hecho, ahora todavía Alí me tiene un poco molido. Me ha costado cargar con las gomas el fusil. Estáis las dos muy guapas. Sois mi turno preferido –le contesté con galantería cuando emprendimos el regreso.

Viernes llegó solo, embarrancó sobre la arena, saltó a tierra y me dio un fuerte abrazo.

—Capitán sabía que eras un dios. Enséñamelo por favor –dijo refiriéndose por supuesto a Alí.

—Ahora, tenemos la piel arriba en el campamento pero toma de momento, para ti y para tu jefe —le comenté mientras sacaba algunos dientes de mis bolsillos y se los daba.

—Quiero verlo, tenía que ser un monstruo, seguro que él se comió a algunos de mis jefes —dijo el muchacho asombrado.

—No me extraña, pueden vivir setenta años y este tenía que ser viejo según lo que medía —le expliqué lo que había leído en el ordenador de Inés.

—¿Qué tienes en el brazo?, ¿te mordió? —preguntó el chico al ver la venda.

—Yo a él también, en una oreja —sonreí.

—También tienes un buen chichón y un ojo ensangrentado, menuda pelea debió ser —exclamó asombrado.

—Lo mismo la jefa te enseña lo que está grabado. Vi tres más en el pantano, casi del mismo tamaño, cuando quieras me acompañas a cazarlos —mentí para que llegase a oídos del jefe.

—Los cocodrilos, mejor ni nombrarlos, entre dioses os entenderéis, pero matan a todos los humanos que se cruzan en su camino e incluso, a veces, son ellos los que vienen a buscarnos. Nadie de mi tribu irá jamás a un pantano —aclaró hablando consigo mismo.

Subimos andando precedidos de Senda y cuando vio la piel tendida en el suelo, se quedó impresionado, medía de largo casi cuatro veces su altura. No entendía cómo había podido matarlo.

—Capitán, me gustaría vivir contigo para aprender, pero el jefe me mataría seguro —manifestó apenado.

—Cuando crezcas serás un gran pescador —dije para consolarlo.

—Si yo no he pescado nunca —protestó.

—Entonces, ¿a qué te dedicas? —intenté sonsacarlo.

Se encogió de hombros y le dio la vuelta a la piel para ver la parte bonita de la coraza, entonces movió alegre la mano en la que tenía los colmillos. Dio pasos para medir a Alí a lo largo y a lo ancho.

No me explicaba qué aldea de pescadores era en la que aquel chaval no había salido a pescar en su vida. ¿A qué se dedicaban con los kalashnikov?

—Cuando lo cuente en el poblado se van a quedar pasmados. Hasta viéndolo es difícil explicarlo —dijo imaginando la cara que pondrían todos mientras lo escuchasen; de alguna manera él también se había hecho partícipe de aquella hazaña.

—Tenemos unos conejos vivos y un par de lenguados. Mira a ver qué puedes darle a las chicas, de momento a mí no se me ocurre ningún invento —dije sintiéndome algo cansado.

—Estupendo, que vengan a la barca, he traído algunas latas de conserva, aceite de freír que no había podido conseguir hasta ahora, sal, azúcar, fruta y, como siempre, mi regalo para ti —sonrió volviendo a mirar los colmillos en su mano.

—Gracias amigo, me tratas como a un dios —bromeé.

—¿Has pensado lo de irte pronto?, al jefe le gustaría mucho tener tus poderes y tu conocimiento, ¿cómo va lo de Lúa? —preguntó señalando su barriga.

—No tengo claro ni lo uno... ni lo otro —contesté recordando la explicación del jefe sobre las dos maneras de adquirir los conocimientos de otros.

—Pues ándate con cuidado capitán. Si decides irte, y quieres, me voy contigo —me aconsejó preocupado.

—¿Hasta dónde llegaríamos con tu lancha? —le pregunté interesado.

—Cerca, al menos a mí me matarían pronto, con los dioses no sé si pueden y sería mejor no averiguarlo —contestó emprendiendo el camino hacia la cala cargado con los conejos y los lenguados.

Una vez efectuado el trueque me dio mi paquete de regalo y nos dimos otro abrazo.

—Capitán, toda la aldea comió mero y quedaron encantados. Cuando quieras vamos por otro —me propuso mientras subía a la barca.

—Pronto Viernes. Si te acuerdas, a ver si me traes un cuaderno y lápices

o bolígrafos –contesté mirándome el antebrazo.

—Cuenta con ello capitán y cuídate –sonrió, aunque parecía un tanto apesadumbrado.

Por el momento teníamos solucionado el tema de la comida y ya no debía más que descansar para recuperarme lo antes posible.

—Estás preocupado capitán –me dijo Pepa que había oído mis conversaciones con Viernes.

—Pues la verdad es que sí. Es curioso no tener ni idea de en qué lugar del mundo te encuentras y no saber si aquí van a terminar tus días –contesté algo melancólico.

—Capitán, si tú te vienes abajo estamos perdidos. Comprendo que estés muerto después de la barbaridad que has hecho. Me sorprende cómo tienes ánimo de ir a cazar conejos y a pescar por la tarde, pero por favor no cambies –nos daría mucha pena a todos.

—No te preocupes mujer, pero hay algo en todo esto que no me acaba de cuadrar, no distingo muy bien la realidad del atrezo, ni a las personas de los figurantes. Creo que algo va mal y como no sé exactamente lo que es, no puedo hacer nada al respecto –expliqué apesadumbrado.

—Yo tampoco las tengo todas conmigo respecto a la aldea, el trueque y el jefe, pero quizás sea por toda la parafernalia que tenemos montada. No te preocupes, estaremos atentos. Y de salud, ¿cómo andas? –preguntó interesada.

—Me encuentro algo flojo, necesitaría que me comieras el alma –bromeé.

—Me quedo más tranquila, veo que estás como siempre capitán. Por cierto, la luna llena será dentro de diecinueve días –me explicó mientras me daba un beso y se disponía a coger los bártulos.

—Viernes me ha dicho que procure irme antes –le conté en secreto.

—Estará aburrido de traer y llevar cosas, lo mismo ni le pagan –dijo cuando emprendía la subida

María andaba jugando con el rayón y con Senda que no paraban. Todos nos fuimos hacia el campamento.

La cena a la que se quedaron nuestras amigas fue especial gracias a la generosidad de Viernes. Nos reímos comentando las anécdotas ocurridas desde que llegamos a la isla e hicimos alusión a la extraña historia de Erik, del que nunca se supo nada más. Había dejado su cartera, dinero y pertenencias en la taquilla, lo cual producía mucha más extrañeza.

Nos fuimos a dormir sin tener muy claro lo que haríamos al día siguiente, tenía ganas de probar una trampa para peces, pero dependía de cómo me levantase por la mañana. Lucía se durmió pronto y nosotros lo hicimos un poco más tarde, abrazados.

Pasada como una hora me desperté, salí a orinar y a fumarme un cigarro. Ya no echaba sangre. Senda me acompañó sola, ya que el rayón por la noche se quedaba en el corral. Hacía una temperatura agradable y el murmullo de las olas rompiendo en la cala resultaba muy placentero. Disfruté un rato y volví a acostarme.

DÍA VEINTE – LUA EMBARAZADA

Cuando me levanté y salí, ya andaban Senda y el rayón jugando. Lucía continuaba durmiendo y en principio no vi a Lúa. Pronto la oí vomitar en la zona que había preparado el wáter, me acerqué y tenía mala cara. Nos fuimos hacia los módulos para que me vieran en el botiquín y de paso a ella.

Yo salí pronto con un cambio de vendas y un analgésico, esperé un rato fumando mientras jugaba con Senda y su hermano adoptivo. Entonces asomó Elena y me llamó.

—Felicidades papá –se burló riendo.

—¿Qué?, con esas cosas no se bromea –dije un poco enfadado.

—Tendremos que comprobarlo de nuevo, pero vientre inflamado, náuseas y vómitos, blanco y en botella... —dijo enseñando un test de embarazo.

—Lo mismo es nuestro salvoconducto y el jefe no nos mata, ¿quieres ser la madrina? –le dije asombrado.

—Venid mañana, que repetimos la prueba de la rana, espero que a mí no me pase nada, la debiste embarazar la misma noche de la fiesta, el test no da positivo hasta los ocho días, exactamente hoy. Ten cuidado semental con las tabernas en las que andas. Iré buscando traje por internet –sonrió burlona mientras Lúa salía.

Nos fuimos hacia el campamento. Yo tenía una sensación un tanto extraña, tendría un hijo que posiblemente no viese en mi vida, pero desde siempre había sabido que los seres vivos tienen una única misión en la tierra, reproducirse. En cualquier caso, aquello para nada me desagradaba.

Senda y el rayón, al que terminé por llamar “Código de Barras”, nos adelantaban, volvían y no paraban. Cogí a Lúa por la cintura y la besé, por su mirada entendí que ella ya sabía lo que pasaba.

—Lucía, lo mismo somos padres, parece que Lúa está embarazada –le dije cuando llegamos.

—¡Enhorabuena, no sabes cuánto me alegro! Vamos a brindar ahora mismo con el ron de Viernes, aunque no sea buena hora –nos besó a los dos y

tocó la barriga de Lúa con cariño.

El brindis fue corto y acompañado de un cigarro, también lo celebramos con los cámaras.

Me dediqué a cortar cañas de una medida de un metro más o menos y las fui bajando a la playa. Aprovechando que la marea estaba baja, Lúa, Lucía y yo las fuimos clavando para obtener una estructura en forma de M, pegadas al risco de la izquierda de la cala, más o menos unos veinticinco centímetros de hondo y entre ellas casi pegadas, dejando el pico central abierto para que pasaran los peces y haciendo una pared larga en la zona derecha para que no salieran, ya que en el otro lado se encontraban las piedras.

Más o menos abarcamos unos diez metros para que no nos molestase en los baños ni tampoco impidiese el paso de la barca. Pusimos algunas bastante más altas para señalarlas y que Viernes no se las llevase por delante. La idea era que al subir la marea las piezas fueran entrando siguiendo la pared y la mayoría no encontrarán fácilmente la salida cuando bajara.

Unimos una caña a otra con unos sedales en la punta exterior al agua para darle algo más de consistencia. Al menos pasamos la mañana juntos y entretenidos mientras Senda y Código nos miraban.

También pusimos un trapo con cangrejos machacados, algunas vísceras de la nasa y el aceite que sobró de algunas latas de conserva cubierto de piedras cerca de la orilla para que sirviese de cebo. El único problema era que tendríamos que esperar un montón de horas para que, si entraba algún pescado, quedase atrapado al volver a bajar el agua.

Nos bañamos, Lucía se quedó desnuda igual que yo y Lúa lo mismo para volver a lavar su falda pareo, después subí a los charcos a por agua, se estaba acabando, por la tarde iríamos en busca de la cascada imaginaria.

Comimos lo que quedaba de conejo y algunos mariscos de la nasa, nos acostamos y entre bromas y risas no conseguimos dormirnos, pero al menos descansamos un rato entre caricias.

Nos fuimos dando un paseo acompañados por Senda y Código, que se iba y volvía porque ella lo lidiaba como los perros a las ovejas. Pasamos por la trampa de la garganta en la que habíamos atrapado a Lola y había huellas frescas de jabatos y de cabras. En cualquier momento que necesitásemos una presa

mayor, sería fácil volver a prepararla.

—Mira Lucía, allí es donde cazamos los rayones y a su madre —le indiqué el arroyo que corría en una zona con bastante más vegetación.

—¡Qué sitio tan bonito! ¿Habéis mirado si hay peces o cangrejos de río? —preguntó interesada.

—La verdad es que no, vamos a seguirlo en aquella dirección que es desde donde viene el agua —propuse mientras me metía en el arroyo.

En algunas zonas tenía pozas que me llegaban casi al pecho. Me refresqué y seguimos la orilla hasta llegar a una pared de roca en la que a unos dos metros de altura manaba un chorro sobre una lagunilla de ocho de diámetro, rodeada de frondosa vegetación, de la que salieron volando varios patos. Había un par de árboles altos cuyas copas coronaban el cortado de roca del manantial en los que revoloteaban loros de vivos colores verdes, azules, amarillos y rojos.

—Mira qué clara está el agua, tiene peces y tortugas, que preciosidad capitán —dijo Lucía que se desnudó para darse una ducha donde el agua le llegaba al ombligo, pero por su transparencia lucía todo el cuerpo.

Anduve pendiente por si había serpientes y no vi nada que me preocupase. Nos duchamos todos bajo aquel grifo refrescante y natural, e incluso Senda estuvo nadando un poco antes de ir a recuperar a su rayón.

Llenamos los recipientes que llevábamos y emprendimos la vuelta aprovechando para cazar unas ranas comunes, ya que ni Lucía ni Lúa habían probado las ancas.

—Si nos descuidamos se apaga el fuego —dijo Lucía echando unos trozos de madera.

—De todas maneras, veo conveniente que hirvamos el agua —comenté mientras vertía el contenido de la botella en la olla.

Pronto cayó la noche, estábamos cansados del largo paseo y de cargar con los recipientes. Le enseñé a Lúa cómo limpiar las ranas. Era una pena porque se tiraba casi todo, había que quitarle la piel a las patas traseras, solo teníamos quince piezas, así que tocaríamos a poca carne, pero valía la pena que las probasen por curiosidad y la verdad es que gracias al aceite de Viernes y a un poco de sal quedaron geniales. Las dos me indicaron que debíamos repetir.

Tendríamos que buscar unas tablas largas o algo para ser más efectivos en la cacería.

Haciendo una prueba con el arco y comprobando que no me dolía demasiado el antebrazo, me comprometía a intentar cazar algún pato al día siguiente, más que nada por comer algo que supiese diferente.

Me tomé otro calmante y bajamos a la playa con la linterna. Habíamos dejado a Código metido en el establo para que no se perdiera, a pesar de las quejas y ladridos de Senda.

Miramos y allí estaban atrapados, pegados a las cañas, al menos diez peces, mújoles, lenguados, sargos y salmonetes. Todo un éxito y lo mejor era que no había que retocar la trampa, estaba perfecta.

Los ahumamos para que no se estropeasen porque ya ninguno teníamos hambre.

En aquella isla lo difícil parecía fácil. No habíamos tenido desde que llegamos ni el menor problema con la comida, es más, aunque era una pena, habíamos tenido que tirar mucha por si estaba estropeada debido al calor de las jornadas.

No acostamos y estuvimos charlando durante largo rato sobre las ranas, la cascada y la trampa de la cala. Antes de dormirnos se levantó viento y empezó a llover con insistencia. No dejó de llover en toda la noche, de cuando en cuando arreciaba una buena tormenta.

DÍA VEINTIUNO – EL ROBO DE LA PIEL

Me levanté cuando dejó de llover, me encontraba mucho mejor. Lúa me siguió, fue a ordeñar a Lola y a soltar a Código.

—Me cago en su puta madre –despotriqué enfadado.

—¿Qué te pasa? –preguntó Lucía asustada saliendo con rapidez de la choza totalmente desnuda.

—¡Han robado la piel de Alí! No me lo puedo creer –exclamé mientras ojeaba el terreno.

Se notaban perfectamente las huellas de al menos dos personas. Andaban descalzas, medí los tamaños de algunas pisadas y eran diferentes. Habían dejado un surco al arrastrarla hacia la cala. También se llevaron mis amuletos, el cuerno y la navaja del jabato.

Por suerte, el arco estaba dentro del chozo junto con el machete, parecía que quisieran quitarme mis imaginarios poderes o, tal vez, hubiese sido por dinero para venderlos.

Suponía que una piel de cocodrilo de casi ocho metros valdría un dinero, pero ¿cuántas personas sabían que lo había matado aparte de los miembros del equipo?

No pude evitar pensar en Viernes, estaba seguro de que él no me haría eso, pero ¿y si lo habían obligado? No sé por qué razón pensé en Erik. Lo que era seguro es que el botín se lo habían llevado en un barco, saliendo por la cala.

Me acerqué a la orilla. Habían desembarcado llevándose por delante algunas cañas de la trampa. Seguro que traerían alguna linterna, con la lluvia y nublado no se vería nada.

Mientras recomponía la empalizada por la que se habrían escapado los peces, no hacía más que pensar en el robo y en qué tipo de peligro correríamos allí.

¿Por qué no había ladrado Senda?, ¿estaba dormida o quizás los conocía? Volví a pensar en Viernes. Por supuesto, no le comenté nada a Lucía, me limité a darle vueltas a mi cerebro y recordé la luna llena.

El día se despejó pronto de nubes, desayunamos y me fui con Lúa al botiquín porque seguía vomitando. Elena volvió a realizarle el test de embarazo y repitió el positivo. Más tarde llegó Mónica y me realizaron todas las curas pertinentes. Según ellas, más que de padre tenía pinta de abuelo maltrecho.

Les conté lo sucedido a Sofía e Inés que se encontraban en el módulo de dirección. Lo cierto es que le dieron poca importancia. La productora tenía sus grabaciones y la piel les traía sin cuidado.

—Lúa, vamos a echar un vistazo a la nasa –le indiqué con la mano.

Sonrió, estaba contenta, le habían explicado bien en el botiquín que esperaba un bebe y parecía no tener más preocupaciones.

—¡Mira todo lo que trae! –le comenté al izarla y comprobar que estaba repleta de marisco.

Volvió a sonreír y subimos hasta el campamento acompañados de Senda y Código que no paraba de ir de aquí para allá.

—Lucía, me voy con Senda a ver si cazo algo, ya me siento mejor del antebrazo. No nos llevamos al rayón porque arma mucho escándalo. Si podéis, cocer algo de marisco –le comenté mientras lo metía en el corral con las cabras, entre las protestas y ladridos de Senda.

En esa ocasión, únicamente me asignaron como acompañante a María. Nos fuimos directamente al manantial, quería cazar un pato para variar.

—Es muy importante que no hagamos ruido, en el manantial hay peces, ranas, algunas tortugas y me pareció ver cangrejos, así que seguro que vemos algún depredador con plumas o sin ellas. Vamos a ir despacio ocultándonos entre la vegetación –expliqué el plan a María.

Fue fácil colocarnos camuflados en un punto con buena visibilidad. En la lagunilla nadaban cinco patos que se sumergían de vez en cuando para comer algas. También en la orilla pescaban dos garzas reales grandísimas. Esperé pacientemente a que los patos estuviesen más cerca y juntos, para que la diana fuese más grande. Le apunté a un macho que destacaba por tener un colorido mucho más espectacular que las hembras, sentí un poco de dolor al tensar la cuerda, pero realicé un disparo perfecto. El resto de aves salieron volando con un sonoro aleteo.

Senda vino a sacudirse el agua con el pato atravesado por la flecha. María terminó de grabar.

—¿Qué te parece si nos damos un baño? —dije quitándome la ropa manteniendo puestas las botas.

—Buena idea, hace calor —contestó ella haciendo lo mismo más desinhibida que nunca.

El agua transparente y fresca resultaba de lo más apetecible. Estuvimos jugando, después nos abrazamos y nos besamos y el tiempo se paró. Su juventud, plasmada en un precioso cuerpo, sus risas y aquella alegría que ocultaba tras su timidez hicieron que por un momento olvidase que estaba en la isla, a pesar de los coloridos espectadores que nos observaban desde los árboles con un creciente alboroto.

Volvimos despacio, parando para besarnos. Aquella chica me abrió su intimidad y daba gusto oír sus proyectos de vida y sus sentimientos.

Senda nos hizo una muestra, pero desafortunadamente en esta ocasión no era un nido, era una tortuga que dejamos escapar tan veloz como sus dotes le permitían.

Cuando llegamos, Lucía había preparado los mariscos y Lúa se llevó el pato para limpiarlo. Soltamos a Código, le preparamos comida y agua a Lola y Otelo que descansaban más tranquilos cuando no estaba el rayón.

—¿Te quedas a almorzar María? —le pregunté cuando íbamos a preparar los platos.

—No, tengo que llevar la grabación para que la monten. Ha sido una mañana espléndida, gracias. Nos vemos —dijo con complicidad mientras emprendía el camino de subida con los bártulos.

Descansamos echados a la hora de la siesta, aunque no dormimos, estuvimos charlando sobre lo que podría costar pasar un mes de vacaciones en una isla parecida. De lo bonita que era y lo raro que resultaba que no se hubiese urbanizado de cara al turismo teniendo todas las cualidades necesarias, cocodrilos y orcas aparte.

—Qué bronceado más espectacular tienes, estás impresionante —le comenté a Lucía al verla desnuda recordando los pechos y las nalgas blancas de

María.

—Gracias capitán, mi trabajo me ha costado. Quería pedirte perdón por lo del otro día, estaba de bajón y lo pagué contigo. Eres maravilloso, eso sí, loco y un poco chulo –dijo mientras me besaba.

—No tiene ninguna importancia, todos tenemos malos momentos, pronto tendremos una nueva vida y solo recordaremos lo mejor de esta aventura, por ejemplo, cuando te vi la primera vez, que casi se me caen las babas –sonreí.

—Mira que eres zalamero, ¿qué hacemos esta tarde? –preguntó ella examinándose el cuerpo.

—Podemos ir a Playa Larga, coger unos cocos, dar un paseo y pescar algún salmonete con el arco –me abracé a Lúa y a ella.

De pronto noté algo raro. Me asomé a la entrada y vi que una serpiente estaba enroscada sobre Senda, solo se le veían las patas de atrás y el rabo. Metí la mano en aquella especie de muelle y cogí al reptil por el cuello, apreté todo lo que pude y al final abrió la boca, la soltó y se enrolló a mí.

—Lucía, dame el martillo y clavos –dije mirando debajo de la choza, que era donde los había dejado.

Los cogió, pero no fue capaz de acercarse, la boa debería medir al menos cuatro metros y tenía un grosor más grande que el de mis brazos. Afortunadamente, Lúa reaccionó, se los quitó de las manos y me los pasó.

Entre los dos pudimos clavarle la cabeza a la palmera más cercana y yo me eché a rodar hacia un lado, de manera que la serpiente se me fuese desenrollando. Conseguí tener al aire los dos brazos cuando Lúa me pasó el machete. Parecía que la espiral en mi cintura me iba a partir en dos.

Senda, que había recuperado el resuello y sangraba un poco por el pecho, primero se tambaleó y después comenzó a darle mordiscos sin parar, a lo largo de todo su cuerpo.

Di un machetazo certero en su cuello y la cabeza quedó allí clavada mientras el resto del cuerpo se retorció enredado a mí, entonces me ayudaron Lucía y Lúa a terminar de desenrollarme el resto de mi cuerpo.

—No me explico a qué hijo de puta se le ha ocurrido traer serpientes a la isla, hay que estar loco –protesté después del susto.

—Perdona capitán, me he quedado petrificada con el miedo, suerte que estaba aquí Lúa –se excusó Lucía.

—No te preocupes, ya pasó –quise tranquilizarla.

Después de decirle al cámara que lo filmó todo sin ayudarnos que era un mamón y un cobarde, llevé a Senda al botiquín. Elena y Mónica la curaron y me comentaron que no era nada. Seguro que si tardamos un poco más en salir, se la hubiese comido.

Volvimos a la choza y nos echamos un rato para relajarnos mientras acariciábamos a Senda, que parecía haberlo olvidado todo.

—¿Hay alguien ahí? –preguntó Pepa desde fuera.

—Pasa que ahora mismo nos vamos –dije mientras me levantaba.

—¿Qué tal te encuentras capitán? Menuda historia lo de la serpiente, lo que a ti no te pase, además has perdido una piel y has conseguido otra, tienes un empate –dijo con sarcasmo evidenciando que María se lo había contado.

—Bien, dadas las circunstancias... –respondí para salir del paso.

—¿Cómo está mi perrita? –dijo mientras la acariciaba.

—Muy bien, ya se nos ha pasado el susto a todos. Menudos cabrones, traer boas a la isla. Espero que si hay más aparezcan en vuestros módulos, a ver cómo os apañáis –dije con sarcasmo.

—Me tienes aburrida –dijo ella molesta por mi paseo con su hermana.

Nos fuimos todos paseando tranquilamente y llegamos a la palmera del baluarte seguidos por Senda y Código. El cuerpo de Alí no estaba para mi sorpresa, había muchas pisadas y señales de arrastre hacia la playa.

Un problema menos pensé y subí a la palmera por la escalinata de clavos. Dejé caer cuatro cocos, más que suficiente por el problema de llevarlos de retorno. A lo lejos, divisé un bulto grande en la arena. Desde allí arriba no se apreciaba bien lo que era.

Anduvimos un trecho en aquella dirección y encontramos una tabla vieja de windsurf, no tenía la orza pero sí la aleta trasera, se encontraba en mal estado, hacia un lado colgaba el mástil con la vela suelta, algo así como si al surfista se le hubiese escapado y hubiese derivado con el viento o la marea. Debía de

haberse llevado flotando mucho tiempo pues llevaba pegados escaramujos y percebes en los bajos.

Mientras las chicas se daban un baño, Senda y Código jugaban como locos por la playa. Intenté pescar algo, disparé en varias ocasiones y conseguí ensartar cinco salmonetes y un gran lenguado.

Volví hacia donde se estaban bañando y pensé en la suerte que tenía de estar en aquel lugar paradisiaco acompañado de tres preciosas chicas desnudas, cada una muy diferente de las otras, y todas perfectas.

—Buena pesca capitán —dijo Lucía mientras se retorció el pelo para retirar el agua.

—Hoy parece que no paras de capturar cosas —comentó Pepa con sorna.

—¿Estás celosa? —le pregunté burlón.

—Para nada. No sé si sabes que eres el primer hombre que ha estado. No me gustaría que le hicieras daño a mi hermana —comentó preocupada.

—¿Le pasa algo a María? No tenía la sensación de haberla molestado, por supuesto jamás sería esa mi intención y creo que tú lo sabes —intenté explicarle sorprendido.

—Al contrario, está muy contenta, ya querría yo que hubiese sido así mi primera vez. La cuestión es que todo esto va muy deprisa para ella. De ser una chica muy tímida, la tienes paseando desnuda y te has acostado con ella. Cuídamela por favor y no le hagas daño —rogó con seriedad.

—Mujer, no ha sido una boda, ha sido una relación con una amiga especial a la que le tengo mucho cariño, casi tanto como a ti, que eres la mujer de mi vida. Por cierto, no había visto antes ese lunar en tu nalga, ¿me dejas besarlo? —sonreí burlón.

—¡Vete a la mierda! —exclamó enseñando su dedo corazón.

—¿Me ayudáis a llevar la tabla de windsurf hasta la palmera? Me gustaría ver si la puedo arreglar poco a poco —dije dirigiéndome hacia ella.

La acercamos y la dejamos donde estaban los restos del baluarte para Alí. Afortunadamente, la pieza que unía el mástil con la tabla estaba en buenas condiciones y la pude desenganchar sin demasiadas dificultades para facilitar su

transporte.

Volvimos al campamento con los pescados, los cocos y casi un kilo de percebes de los que traía adheridos la tabla de windsurf.

La noche empezó a echarse pronto. Cenamos pescado, mariscos de la nasa, pato, coco y percebes, toda una ambrosía. Pepa se fue con su trabajo a dirección todavía algo enfadada. Después copa, cigarro y a descansar abrazados. Senda prefirió dormir fuera con Código, Lola y Otelo.

DÍA VEINTIDOS – LOLA

Me levanté porque oí llorar a Lúa, no sabía lo que pasado, pero sí que ella no lo haría por tonterías.

Estaba en la zona del establo. Lola no tenía cabeza, se la habían cortado y colocado en la parte superior del tótem.

Otelo y el rayón estaban desconcertados, intentando mamar del cuerpo decapitado.

—Putos cabrones, vamos a tener que hacer algo –le dije a Lucía que estaba saliendo del chozo.

Subí al módulo de dirección, encontré a Sofía e Inés y algunos cámaras que preparaban su equipo para la filmación.

—Ahora le han cortado la cabeza a la cabra y la han colocado en lo alto del tótem. Se toman medidas inmediatas o dejamos de trabajar. Esto va de mal en peor —expliqué malhumorado.

—Tranquilo capitán –dijo Sofía mientras Inés buscaba algo en su agenda.

—Te vengo avisando que vamos a acabar teniendo serios problemas. Hay que buscar una solución –aclaré enfadado.

—¡Propónme alguna! –exclamó Sofía algo superada por el tema.

—Una tienda de campaña al lado del campamento con vigilantes armados que hagan guardias –expliqué dando prioridad a nuestra seguridad.

—De acuerdo, ¿te parece bien dos vigilantes desde que se ponga el sol hasta que salga? –propuso Inés resolutiva.

—Podría valer, más alguien cualificado que venga a investigar qué está pasando aquí –sentencié todavía enfadado.

Las dos se miraron y concluyeron que estaban de acuerdo, comenzarían a realizar las gestiones en ese mismo momento.

Ese día volví a saltar con el aro y la red desde lo alto del risco para pescar los boquerones que nadaban en el banco acercándose a las rocas. Para nada sería lo mismo cocinarlos con aceite y sal.

Lúa no se perdió ni un momento la pesca y Senda se portó bastante bien, pero Código cayó al agua desde lo alto y hubo que sacarlo de urgencias cuando, en su natación innata, emprendía camino hacia el gran océano.

El resultado volvió a ser casi un kilo de boquerones, pero esta vez con tres chapuzones.

Nos pasamos a ver la trampa de cañas. La hora no era la adecuada por la altura de la marea y había muchas medusas dentro, seguro que era culpa del viento del día anterior.

Pasamos el resto de la mañana tomando el sol en compañía de Lucía que cada quince minutos más o menos iba a darse un chapuzón. Hacía tiempo que no veía su bikini y ni falta que hacía. Estaba seguro de que era uno de los hombres más afortunados del mundo.

—¿Nos vamos a comer unos boquerones fritos? —pregunté pensando en que se estaría consumiendo el fuego de nuestra hoguera.

—Claro, más frescos sería imposible probarlos —sonrió Lucía.

Lúa, que estaba tendida en la toalla, se puso su pareo como falda, me dio la mano y emprendimos la corta subida acompañados de nuestras locas mascotas.

—Capitán, ¿tú te has dado cuenta que desde que llegamos no nos ha faltado comida ni un día y nuestro menú ha sido de lo más variado? Mira que tuve suerte en que me tocases como pareja —dijo ella mientras echaba un poco más de leña.

—Tú tienes toda la culpa, cazar y pescar para ti es un placer. No se puede tener mejor compañera —galanteé.

—No es verdad. He tenido momentos tontos y hasta te he ofendido. No sabes cuánto lo siento —comentó un poco triste.

—Tonterías. Si estuviésemos casados, habríamos discutido mucho más, te lo aseguro —le di un beso sonriendo y Lúa vino a por otro.

Los boquerones estaban buenísimos. Eché de menos una cerveza y pensé en qué sería lo siguiente que le pidiese a Viernes. Decidí decírselo a Sofía para ver si me las podía traer con el cuaderno y los bolígrafos.

Dormimos un rato, parecía que tomar el sol y darnos unos baños nos había dejado bastante cansados y, aunque no lo comentamos, el tema de Lola nos había dejado tocados.

Por la tarde me fui a intentar arreglar la tabla. En esa ocasión nadie me acompañaba, ni siquiera Senda, la dejé en el corral con Otelito y Código de Barras, hacía tiempo que no estaba solo y notaba una sensación rara.

Había navegado bastante con las tablas modernas, que median la mitad. Aquella era antigua, de casi cuatro metros, por lo que tendría mucha flotabilidad y sería fácil de manejar.

Con una tablilla plana y el martillo le quité los escaramujos, que cortaban bastante, salían con facilidad y lo más importante... sin dañarla. Con una red liada a modo de estropajo la limpié con agua para que deslizase mejor.

Enderecé un anzuelo y con sedal de pescar cosí algunos pequeños cortes de las velas para que no se agrandaran. Con el alma de una rama grande de palmera preparé una orza para darle estabilidad a la tabla, la metí a modo de sable en la hendidura al efecto de quedar atravesada por el centro. La llevé a la playa, allí monté la vela y tras un par de intentos estaba navegando a buena velocidad a pesar de que no hacía demasiado viento.

Respondía muy bien a las maniobras y pronto llegué a la cala. Lucía se sorprendió al ver aparecer la vela blanca y se levantó para recibirme en la orilla.

—Qué bien navega capitán. Yo creía que estaba rota —exclamó alegre mientras Pepa y María la filmaban.

—Ya tenemos barco y piragua. La dejaremos aquí en la cala que está más resguardada. Si hace falta, nos puede servir de mesa para comer —sonreí contento con nuestra nueva pertenencia.

Lucía estuvo probándola y lo cierto es que no se le daba nada mal, solo se cayó en un par de ocasiones. Después le quité la vela y navegamos remando con las manos. Al poco llegó Lúa y también se subió un rato. Hasta Senda demostró que era buena marinera ladrando de pie en la proa.

El rayón se había quedado acompañando a Otelito en el corral. Estaba muy triste por la falta de su madre, además, aún no comía casi nada sólido y teníamos un problema, necesitaríamos otra cabra o realizar trueques por leche.

Saludé a Pepa y María con dos besos al salir del agua y subí la tabla con la vela hasta donde no llegaba la marea.

Cuando volvimos al campamento Senda comenzó a ladrar muy enfadada. Nos encontramos a dos vigilantes uniformados, armados con pistolas y rifles que traían pertrechos para montar una tienda de campaña con dos catres y víveres para su uso personal.

Nos consultaron sobre el lugar más idóneo para montarla y nos explicaron que tenían órdenes de vigilar durante la noche y no causar molestias durante las grabaciones, manteniéndose al margen de nuestro devenir diario.

Quedamos en que se ubicarían a unos cien metros. Eran dos hombres de constitución atlética que rondarían sobre los treinta años. Habían servido en las fuerzas armadas y ahora trabajaban en una empresa de seguridad que los acababa de desplazar en helicóptero a la pista ubicada junto a los módulos de dirección.

—¿Puedo hablar contigo Pepa? —le pregunté intentando que se viniese a una zona apartada.

—¿Qué quieres ahora capitán? —me dijo de mala gana.

—Lo primero... que hagamos las paces. Para nada tengo la intención de molestarte ni de hacerle daño a tu hermana, si tienes algún problema seguro que hablamos y lo solucionamos. Tienes mi palabra. Te aseguro que ninguna de vosotras sois una muesca en la cache de mi revólver —dije con sinceridad.

—De acuerdo —me chocó la mano en señal de paz.

—Venga, por Dios, dame un beso —le dije estrechándola con los brazos.

—Cuéntame zalamero —dijo apartándose unos centímetros.

—Me he dado cuenta al llegar de la reacción de Senda. Ha ladrado para defendernos de personas que no ha visto nunca —le expliqué.

—Ya, lo he notado, es la primera vez que la he visto así —comentó Pepa.

—Ni la noche que robaron la piel de Alí lo hizo, ni tampoco cuando mataron a Lola. Estoy seguro de que ha sido gente que ella conoce y me atrevería a decirte que o Viernes o su compañero, tal vez uno de ellos acompañado de otras personas ha tenido que ver en esto —argumenté preocupado.

—Intenta hablar con Viernes. Me consta que te aprecia mucho y tú eres mucho más listo que él. Lo mismo consigues alguna información positiva – sugirió interesada en el asunto.

—Eso haré, creo que viene mañana, lo del trueque cada tres días hace tiempo que es bastante informal. Oye, que te quiero, si quieres cuando esto termine lo intentamos. Te aseguro que sin revoloteo de flor en flor.

—No es mala oferta, lo pensaré. Yo también he pisado muchos pétalos y tú eres el menos malo –dijo burlona dándome un beso.

Me acerqué a hablar con María antes de que se fuesen y le pregunté cómo andaba, me contestó que muy bien, estaba contenta.

—Casi me come tu hermana. Estás bien protegida –le dije.

—Perdona, pero tenía que contarle a alguien lo bien que me había ido el día. No te creas que soy una loca que piensa que vas a ser mío, ni que te voy a acosar dándote la vara –me comentó alegre.

—No importa, no pasa nada, me encanta estar contigo, eres una mujer muy especial –sonreí abrazándola—. ¿Sabes?, ya me quedo algo más tranquilo con esta protección nocturna. De todas formas sigo preocupado, hay cosas que no encajan.

—Tú puedes con todo capitán. No te preocupes y prométeme una vuelta en esa tabla –bromeó María.

Pepa se acercó después de que María hablase con ella, me dio las gracias y me pidió disculpas.

Cenamos bien, pero un tanto callados por el tema de Lola y el tener que estar protegidos. Nos fuimos a dormir los tres fundidos en un abrazo. Senda se quedó con Otelo y con Código muy pendiente del trasiego de los vigilantes. Más tarde la sentí entrar en la choza y echarse a mis pies.

DÍA VEINTITRES – LOS ERIZOS

Nos levantamos temprano. Los vigilantes ya no estaban porque era de día. Tenía varias cosas en mente, comí un poco de coco, bebí agua, subí a darle las gracias a Sofía por la protección y a quitarme los puntos.

Pude comprobar que habían pintado calaveras negras en los módulos y dejado manchas rojas que recordaban a la sangre en el suelo de las puertas.

—Buenos días Sofía, quería agradecerte lo de la vigilancia, pero veo que si no atacan por un lado lo hacen por otro. Esto me parece una advertencia – comenté un poco asombrado.

—Buen día capitán. No te preocupes hoy vienen a investigar qué es lo que está pasando aquí. Tú sigue con normalidad por favor, intentaremos traer otros dos vigilantes para nuestra zona –me rogó cogiendo mi mano.

—De acuerdo, saluda a Inés de mi parte, sé que tiene mucho que ver en que vayamos hacia adelante –le pedí a sabiendas de la relación entre ellas.

—No te preocupes, la saludaré de tu parte, sabes que te apreciamos. Espero que no se nos vaya de las manos todo esto –dijo con tristeza.

—Y yo a vosotras, no tengas ni la menor duda, os quiero y os respeto, no es fácil el trabajo que estáis desarrollando –me despedí con un beso.

—¿Recuerdas que hoy viene Viernes? –me comentó antes de que me fuese.

—Sí, si puedes dile que traiga cerveza y que se venga antes para ir a pescar algún mero. No tengo nada que darle –aclaré formalmente.

—Si quieres, una abre el frigorífico –me indicó ella.

—No gracias, prefiero ganármela y yo te invito –me volví a despedir.

Corté camino para preparar la trampa de la garganta de rocas. Por las huellas sabía que había otros chivos de la edad de Oteló y pretendía buscarle una madre nueva. No vendría a comprobar si había funcionado hasta la mañana siguiente.

Volví al campamento y los tres, acompañados por Senda, fuimos a coger

erizos a las rocas que rodeaban la cala. Los había probado anteriormente, tenían un penetrante sabor a mar y se podían comer tanto crudos como cocidos.

Un chorreón de limón les venía de perlas. Solo había que abrirlos con un corte, lo más fácil a tijera y sacarle los cinco gajos anaranjados que tenían dentro. Para hervirlos bastaría con dos minutos.

Utilizamos cañas a las que le di dos cortes en el extremo y quedaban abiertas en cuatro puntas, metiéndoles unas cuñas, era fácil atraparlos con ellas, en un momento teníamos quince o veinte. Las hembras sabían mejor, pero no las distinguíamos hasta probarlos.

—Me he pinchado —dijo Lucía al llegar a la playa enseñando el dedo.

—Yo también —dije al levantar los míos.

Lúa sonrió igualmente, alzando un pulgar, y todos nos reímos ayudándonos unos a otros a sacar las molestas púas, apretando con las uñas y terminando la faena más tarde con las pinzas del neceser de Lucía.

Jugamos desnudos un rato con la tabla de windsurf que empezaba a volver loca a Senda. No quería bajarse de ninguna manera.

Le dije a María, que estaba en el turno, que se acercase para darle una vuelta. Se desnudó de inmediato, vino corriendo y saltó de cabeza al agua. Ya no le importaba ni que la viesen los otros cámaras. Miré a su hermana que también estaba grabando y me saludó dando su aprobación. Le gustaban los cambios.

Estábamos acabando de comernos los erizos con algunos mariscos que cogimos de la nasa cuando vimos que llegaba un helicóptero y aterrizaba en el helipuerto de los módulos.

—Buen provecho —dijo Inés entre los ladridos de Senda.

Venía acompañada de una pareja, una mujer y un hombre que vestían uniforme tipo sahariano.

—Hola, ¿qué tal? —pregunté levantándome con cortesía.

—Os presento a la teniente Delgado y al sargento Cortés. Vienen a realizar una investigación y querían haceros algunas preguntas.

Eran una mujer de unos cuarenta años, morena, de altura media y más bien delgada y un hombre de aproximadamente la misma edad, sin pelo o

afeitado, alto y de fuerte complexión.

—Encantado, ustedes dirán —dije ofreciéndoles que se sentaran a nuestro lado, y así lo hicieron.

—Entiendo que usted ha exigido nuestra presencia para continuar el rodaje —comentó la teniente.

—Pues lo cierto es que sí. Se han dado una serie de circunstancias que me atrevería a decir se están convirtiendo en preocupantes —dije con seriedad.

—¿Cree usted que no es suficiente con la protección que se les ha asignado? —preguntó el sargento mientras escribía en un pequeño block.

—Miren, es curioso que alguien venga a robar una piel de cocodrilo de noche a la puerta de tu chozo y al día siguiente también con nocturnidad vuelva para cortarle la cabeza a una cabra y ponerla como señal de atención encima de un tótem —expliqué con tranquilidad.

—Cierto, en principio no parece un simple hurto, se aprecia intención de amedrentar o intimidar —comentó la teniente con voz agradable.

—¿Qué más información nos puede dar? —tomó el relevo el sargento.

—Al parecer, han efectuado las acciones llegando en barca a la cala. También vimos que se habían llevado el cuerpo del cocodrilo de la zona de Playa Larga, debieron ser varios. Supongo que habrán visto las pintadas disuasorias en la zona de los módulos y uno de los cámaras desapareció hace días dejando todos su enseres personales en la taquilla —expliqué pensativo.

—¿Sospecha usted de alguien? —preguntó el sargento a Lucía que llevaba sus pechos al aire.

—No, pero me dio mucho miedo que alguien cortase la cabeza a la cabra a pocos metros de donde duermo. Además, a sabiendas de que amamantaba un chivo. ¡Menudos desalmados! —se quejó enfadada.

También intentó preguntarle a Lúa y le tuvimos que explicar que no entendía nuestro idioma. Entonces hablaron un rato en un dialecto extraño entre los tres.

—¿Suele haber problemas por esta zona? —les consulté interesado.

—Desaparecen algunas personas, quizás demasiadas. Unas veinte en los

últimos años. En ese sentido no hemos tenido resultados –contestó la teniente.

—¿Quiénes tenían conocimiento de la captura del cocodrilo? Por cierto, peligrosa cacería, hemos visto el vídeo –preguntó el sargento sin parar de hacer anotaciones.

—Los dos muchachos que vienen a efectuar los trueques más o menos cada tres días y por lo tanto todos los habitantes de su isla, que por cierto no tengo muy claro a qué se dedican –le expliqué.

—Nosotros tampoco. Esta es una zona conflictiva, piratas, armas, contrabando, drogas. Tal vez no sepan que se intentó construir un complejo turístico en esta isla y por motivo de desapariciones y robos todo quedó en el tintero.

—Entonces, ¿cómo se autorizó rodar aquí este proyecto? –pregunté perplejo sin comprender nada.

—Nuestro ministro de exteriores suele jugar al golf con el responsable de coordinar a universidades con las productoras. Blanco y en botella... —aclaró la teniente sonriendo.

—¿Y entonces qué? –dije anonadado.

—Investigaremos lo que podamos y confiemos en que con la protección que os han asignado podáis terminar vuestro trabajo sin problemas. Tendrá que tener en cuenta desde dirección que si surge algún incidente grave tardamos unas cuatro horas en llegar –puso en nuestro conocimiento la teniente.

Se despidieron y nos desearon suerte después de mantener una conversación ya más interesada por el desarrollo de nuestra vida en la isla y el rodaje.

Inés también se despidió dando a entender que la dirección había cumplido con todas mis peticiones y continuábamos con nuestro trabajo.

Con tanto movimiento de gente nos costaba un poco volver a nuestra vida diaria. Nos echamos la siesta entre carantoñas y bromas consiguiendo dormir un rato.

Cuando me levanté ya había llegado Viernes con su compañero a la playa. Cogí el equipo de buceo y bajé.

—Hola Viernes, ¿qué tal andas? —dije dándole un abrazo.

—Bien capitán. Te he traído tus cosas —me contestó señalando unos cuadernos y bolígrafos situados encima de algunas latas de cerveza.

Nos fuimos a proa mientras su amigo patroneaba la barca camino del lugar en que pescamos el mero. Pepa y el maromo iban sentados próximos a él con todo el equipo.

—¿Por qué te llevaste la piel de Alí y mataste a la cabra? —le pregunté con la seguridad que daba ser un dios para él.

—La piel sí capitán, la cabra no —contestó angustiado.

—¡Explícamelo! —inquirí con tono de enfado.

—El jefe me ordenó que me la llevase, junto con tus amuletos, el cuerpo del cocodrilo. De esa forma perderías parte de tu poder. Si me hubiese negado, me habrían castigado y yo no soy un dios —explicó afligido.

—¿Y lo de cortarle la cabeza a la cabra? —insistí.

—Yo no tuve nada que ver. Supongo que sería él y alguien más de la aldea para asustaros y que os vayáis —dijo señalando a su compañero.

Comprendí por qué razón Senda no había ladrado, pero me quedaba alguna cosa que saber.

—Tú sí pintaste los módulos, tienes pintura roja en tu camiseta, ¿qué más pensáis hacer? —pregunté enfadado.

—Sí, fuimos tres los que los pintamos y haremos lo que nos diga el jefe porque de otra manera acabaríamos muertos. Espero que me entiendas. Si me defiendes, me quedo contigo para siempre —me propuso hecho un lío.

—No te preocupes, ¿tú sabes algo del cámara que desapareció la noche de los tambores y la luna? —presioné al muchacho.

—De eso no puedo hablar —se fue a la popa con su amigo. Me dejó solo y pensativo.

Llamé a Pepa para contarle que sabía lo que había pasado y por supuesto que era confidencial, un secreto entre nosotros.

—Confía en mí, no contaré nada —comentó Pepa.

—Espero que bucees conmigo, no me fio un pelo del maromo –le dije señalando al nuevo.

Viernes se acercó y me dijo que el jefe había pedido una barracuda, que en una zona más adelante había seguro.

—Este tío lo que quiere es matarme, las barracudas atacan todo lo que brilla. Si clavas un cuchillo del revés en el fondo lo muerden hasta destrozarse la boca, que por cierto tiene unos dientes que dan miedo. Lo mismo nosotros también nos cenamos alguna. Por cierto, ese bañador te queda de muerte, el negro realza el cuerpo, más todavía si cabe, y da elegancia –comenté medio bromeando.

—Por más problemas que se te presentan no paras de hacer el tonto. Intenta madurar un poco capitán –dijo con frialdad.

—Pues moriremos seriamente. Estoy apañado con las compañías – protesté mientras preparaba mi equipo.

Largaron el ancla en una zona de unos diez metros de profundidad, abrieron un bidón y lanzaron al agua trozos ensangrentados de caballas cortadas.

Los tres entramos en el agua, a unos cinco metros. El fondo descendía convirtiendo un pedregal transparente en un azul intenso de profundidad indefinida. Pronto pudimos ver como un cardumen de barracudas giraba a modo de carrusel mientras emergía hacia el cebo. Todas parecían cortadas por el mismo patrón, el mismo largo, unos setenta y cinco centímetros y gordas como barras de pan.

Sabía que debía mantener un brazo pegado al cuerpo y las piernas lo más juntas posible. Respiré varias veces en superficie y me quité el tubo de la boca para que las burbujas de aire no borbotaran. Di un golpe de riñón doblando el cuerpo hacia abajo y puse las piernas en vertical, aquel movimiento me hizo entrar en picado.

Me fui hacia abajo en medio del banco, apunté y le dispare con el fusil a la que me pareció nadaba más despacio. La varilla del arpón la atravesó completamente, quedando enganchada en la cuerda que la unía a la cuerda del carrete.

La recuperé con cuidado para evitar que me mordiese con aquella puntiaguda hilera de dientes. El banco completo había vibrado con el disparo,

me acerqué a que recuperaran la pieza en el barco y los peces retomaron el carrusel.

Los chicos continuaron tirando trozos de caballa ensangrentados. Repetí la misma operación hasta juntar cuatro piezas. Empezaron a aparecer escualos de pequeño tamaño.

Realicé otra bajada. Pepa no me perdía de vista. El maromo que se mantenía casi pegado a la barca llevaba para cada uno una botella de buceo de diez litros. El agua estaba totalmente cristalina y su temperatura también acompañaba.

Desde arriba cayó una caballa viva, enganchada por el lomo con un anzuelo, se agitaba intentando escapar. Me volví a sumergir y pude ver un lomo plateado inmenso que ascendía desde el azul profundo y producía destellos provocados por los rayos de luz. El banco de barracudas desapareció al subir hasta su altura una pieza espectacular de su misma especie de casi dos metros. Describió un círculo alrededor del cebo vivo, analizando si yo le suponía algún peligro.

Aquella cabeza daba miedo y me temía que si la arponeaba tirase de mí hacia el fondo. Me acerqué al cebo, giré al ritmo de ella, apunté a lo que creía que era su espina dorsal mientras nos rodeaba, más o menos al centro del cuerpo. Pepa y yo nos miramos durante un segundo, disparé y quedó atravesada por el arpón comenzando a contorsionarse bruscamente.

Subí aleteando deprisa para respirar, mientras la cuerda del carrete se desenrollaba agarré con fuerza el mango del fusil y sentí un fuerte tirón que me llevaba hacia abajo, al menos a quince metros. Sentí un fuerte dolor en los tímpanos por no haber efectuado la maniobra de descompresión. Tapé mi nariz con la mano izquierda y soplé con fuerza. Comencé a ascender tirando todo lo que podía, pero retrocedía más de lo que avanzaba.

No quería soltarla, mis pulmones parecían que iban a estallar. El tirón había cedido un poco, pero no conseguía recuperarla, andaría por los ocho metros de profundidad y no sabía si aguantaría o me daría una atragantada de agua salada, sentía los latidos del corazón en mi sien izquierda. En ese momento, Pepa me puso el regulador en la boca, soplé e inhalé varias veces con fuerza, devolviéndoselo.

Me estabilicé, sentí otro tirón hacia la profundidad y aleteé con todas mis

fuerzas hacia la superficie. Una vez allí, me puse el tubo para respirar y comencé a recuperar el cordel con el carrete. De nuevo, unos tirones me hundieron un par de metros que volví a recuperar pronto.

Al final, me hice con la pieza, al menos era el doble de larga que las anteriores, la agarré por las agallas para que no me mordiese. Pude ver como se acercaba un tiburón de aletas de puntas blancas más pequeño que ella. Nos acercamos a la barca donde nos ayudaron a izarla y subimos Pepa y yo porque el maromo ya andaba arriba.

—Estás loco capitán, ¿cuándo pensabas salir a respirar? —gritó Pepa muy enfadada.

—Si no estás tú, lo mismo no salgo, te debo una —sonreí pellizcándole la mejilla y recibiendo un manotazo en mi mano.

—Buena pieza capitán, menudos dientes —dijo Viernes intentando levantarla sin conseguirlo porque era más larga que él y la cola descansaba en la bañera del barco.

Volvimos a la cala donde Lúa y Lucía estaban esperando con Senda. Les enseñamos la pesca y nos quedamos con dos barracudas de las pequeñas para probarlas. Realizamos el trueque del que lo más importante eran mis cervezas y el material para escribir. Lo demás ya lo pidieron las chicas, aquello empezaba a parecer el carro de la compra en un supermercado.

Viernes estuvo hablando con Lúa que le contestaba en su idioma bastante enfadada.

—¿Pasa algo? —le pregunté al chico.

—No, nada capitán, ¿has decidido cuándo os vais? —consultó interesado.

—No lo sé. Espero que no tengamos problemas con vosotros —dije con sinceridad.

—Eso espero yo también —contestó Viernes sin convencimiento, me dio un abrazo y partió.

Había algunos peces en la trampa de las cañas, la nasa ni la miramos, nos sobraba comida por todos lados. Era una verdadera pena no tener un congelador, no hubiera tenido que trabajar tanto, ni mucho menos.

Cenamos barracuda y bebimos cerveza enfriada en el agua de la cala, acompañados por Pepa, que pronto se tuvo que ir hacia el módulo de dirección para entregar la grabación.

Comencé a escribir estas letras mientras fumaba y compartía copa con Lucía. Lúa estaba triste, seguramente por lo que le dijera Viernes.

Nos fuimos a dormir después de que Senda le ladrara a la pareja de vigilantes que comenzaba su guardia.

Se levantó aire y comenzó a llover a mares. Los relámpagos de una espectacular tormenta nos alumbraban avisándonos del consiguiente trueno. Por fortuna, el plástico aguantó viento y agua hasta que todo se calmó, aunque continuó lloviznando durante toda la noche.

DÍA VEINTICUATRO – DESAPARICIÓN DE LÚA

Cuando salí a primera hora no encontré a Lúa por ningún lado. Me acerqué a la tienda de los vigilantes que debían haber acabado el turno recientemente, pero tampoco aparecían.

Fui al módulo de dirección y allí sí estaban sus guardas que bajaron a ver qué pasaba, tampoco encontraron nada, ni rastro de sus compañeros ni de Lúa.

Tenía que pensar y me fui paseando con Senda a ver la trampa de las cabras. Había dos y un chivito del tamaño de Otelo. Les eché pasto y vi que no tendrían problemas con el agua ya que había un gran charco en medio de la garganta.

Volví a por Otelo y solté a Código que corría tras Senda y viceversa. Cuando llegamos, lo metí con las cabras y al poco ya estaba adoptado, mamando junto a su nuevo hermano. Comprobé el cercado y nos fuimos al campamento.

—Lucía, ¿tú qué crees que ha pasado? –le pregunté pensativo.

—No sé, o se ha ido o se la han llevado –respondió ella.

—Si se hubiese querido ir habría sido fácil hacerlo con Viernes directamente –expliqué analizando la situación.

—Pues puede que Viernes le dijese que se fuese y ella no quisiera, así que volvieron a buscarla –comentó Lucía como idea más comprensible.

—Pero, ¿y los vigilantes? –insistí.

—Los quitaron de en medio o se los llevaron también –aclaró Lucía contenta con sus hipótesis.

—Eso suena bastante lógico. Lo que no me cuadra es lo de la piel de Alí y lo de matar a Lola, más bien parecía una amenaza hacia nosotros –pensé en voz alta.

Le conté lo de las cabras y Otelo. Quedó contenta de que tuviese una nueva madre y otra cabra para cambiar o comer si hacía falta.

—¿Te apetece preparar una paella? Si no, hacemos algo. Vamos a darle muchas vueltas a la cabeza –preguntó Lucía.

—Vale, primero tengo que revisar la nasa —comenté pensando en lo que necesitaba.

—Te acompaño. Parece que no va a llover de momento —dijo ella mirando el cielo.

Nos levantamos y nos fuimos seguidos por nuestras mascotas que no paraban ni un momento.

Las olas rompían fuerte después del temporal y costó un poco desenganchar la nasa. Venía un poco dañada, pero quedaban cangrejos grandes, un pequeño bogavante, un calamar mediano y muchos camarones.

Bajamos a la playa a por almejas, encontramos unas cuantas y pudimos comprobar que el oleaje había desmontado un trozo de la trampa de cañas.

Casi me dejo las manos con los palitos y la cañas que había guardado junto a la leña, en la parte de debajo de nuestra casa. Era lo único que quedaba seco después del chaparrón para conseguir fuego. Tenía el mechero que me regaló Viernes, pero no quería hacer trampas y nos llevaban grabando toda la mañana.

En un cuarto de hora teníamos la llama a pesar de la humedad. Coloqué la paellera apoyada sobre tres piedras y le íbamos metiendo la leña por los huecos.

Una hora después estábamos comiendo y agradeciendo los limones que el día antes les facilitó Viernes. Compartimos con los que filmaban, estaba buenísima y teníamos una buena cantidad.

Nos echamos la siesta. Lucía al final se durmió cogida a mi brazo, pero yo no paré ni un momento de darle vueltas a aquella extraña situación que cada día me parecía más peligrosa.

Subí a los módulos a ver qué pasaba y cuáles eran los planes en adelante, sobre todo de cara a la noche.

Senda me acompañaba por el camino mientras el rayón aparecía y desaparecía entre la vegetación.

—Vienen la teniente y el sargento de camino. También otra pareja de vigilantes, pero esta vez con dos perros entrenados —me dijo Sofía.

—¿Puedes hacer que venga Viernes diciendo que los policías los tienen que entrevistar a él y a su amigo? Seguro que le saco más información que ellos —dije convencido.

—Lo intentaremos. Ahora contacto con la aldea a ver qué nos cuentan —contestó Inés que estaba intentando encender la emisora.

—Buena cacería, he visto que le has encontrado madre a Otelo —me comentó Elena cuando se dirigía a abrir el botiquín con Mónica.

—Hola, ¿qué tal va la cosa? —pregunté al verlas.

—Bien, sin ganas de desaparecer —contestó Mónica con sarcasmo.

—Estamos preocupadas con todo lo que está sucediendo. Anda, pasa que te quitemos los últimos puntos y te demos un repasillo —sonrió Elena.

Me dejaron como nuevo con un penetrante aroma a alcohol de romero que usaban para ponerse en el cuello. Era hora de calarse el gorro y bajar al campamento.

Al poco rato vi acercarse la barca de Viernes y bajé a saludarlo antes de que lo hiciesen los responsables de la investigación.

Nos saludamos con el pertinente abrazo y me preguntó para qué los habían llamado.

—Para que la policía que investiga las desapariciones os haga algunas preguntas —contesté.

—Nosotros no sabemos nada capitán—dijo angustiado.

—Viernes, dime dónde y cómo está Lúa —ordené con suavidad.

—Está bien capitán, en la casa de las mujeres del jefe. Nos ordenó llevarla —se disculpó afligido.

—¿Y los vigilantes? —continué el interrogatorio.

—De eso no puedo hablar. Si aprecias en algo mi vida, olvídale —me rogó.

—¿Lúa quiere estar allí? —pregunté interesado.

—No, llora todo el día —respondió entristecido.

—Mañana, cuando se haga de noche, que me espere en la playa, al lado de

vuestro embarcadero –expliqué conciso.

—Estás loco capitán, ¿cómo vas a ir? Os matarán por muchos que vayáis –protestó con angustia.

—Ya veré. Cuando se ponga el sol y no se lo digas a nadie más –ordené de nuevo con más energía.

—De acuerdo capitán. A mi madre también la secuestraron cuando era joven. Ella no pudo escapar –dijo resignado.

—Lo siento, ¿vigila alguien por la noche la aldea? –consulté interesado.

—Los perros que ladran y todos conocen a Lúa, los criaba ella –aclaró con respeto.

—Ya sabes, no cuentes nada –repetí cansino y me despedí con un abrazo.

—Capitán, desde que empiecen a sonar los tambores, justo en dos horas estaremos en tu cala –me dio su reloj y se secó las lágrimas.

Pronto se oyó el helicóptero. La teniente y el sargento estuvieron interrogando a quienes les fueron de interés. Senda quería jugar con los pastores alemanes que trajeron los dos vigilantes nuevos, pero ellos le prestaban más atención al rayón que no paraba de incordiar.

Viernes y su amigo se fueron después de contestar a muchas preguntas en las que todas sus respuestas coincidían en que no sabían nada.

Cenamos a la luz de la hoguera, nos tomamos unas copas y fumé algo más de lo habitual.

La patrulla no paraba de hacer rondas con el perro que tocó en la parte nuestra. Constantemente se les oía comunicarse por radio con la de los módulos.

—¿Cómo terminará esto capitán? –preguntó Lucía cuando nos metimos desnudos entre los sacos de dormir.

—Ni idea. Lúa está mal y mañana voy a buscarla a la aldea –contesté sin pensarlo demasiado.

—Otra de tus geniales ideas capitán, creo que tu no sales vivo de esta –nos besamos.

DÍA VEINTICINCO – EL DESENLACE

Me levanté temprano y dejé a Lucía dormida. Tenía que preparar varias cosas, entre ellas subir a por agua, podría necesitarla. Llegué hasta el risco, llené la botella grande y algunas pequeñas de las que habían tirado los vigilantes.

Cuando terminé, me asomé hasta el borde para intentar comprobar la dirección de la isla de la aldea. Se veía bien, dibujaba una mancha oscura en el horizonte que parecía media nuez por las palmeras que vimos al visitarla, ya que era casi plana en su orografía.

Miré varias veces la orientación con la brújula del machete, por fortuna era fácil de recordar. Nunca había bajado la pendiente de rocas por el otro lado de los charcos. Probé y era complicado. Desde lo alto del risco me dio la sensación de que había una senda que salía desde el bosque y venía hasta la base de las piedras.

Bajé como pude hasta que vi lo que parecía una entrada. Estaba tapada por ramas de plantas cortadas, me extrañó que se mantuviesen verdes, las aparté memorizando su ubicación y entré.

Había un pasadizo y en la pared de granito se apoyaban unas antorchas apagadas, continué ya a través de un pasillo. Fui perdiendo la luz hasta llegar a lo que parecía una estancia mayor de la que salían murciélagos en bandada.

Ya no tenía ninguna visión. Decidí irme y dejar tapada la entrada como estaba.

Aquello me daba mala espina. Cuando pude hablé con Pepa y le dije que estaba preocupado por algo.

—¡Qué raro que mi capitán se preocupe! —bromeó ella.

—¿Cómo podemos quedar tú y yo solos? —le pregunté con algo de inquietud no disimulada.

—Tú lo que quieres es hacer el amor otra vez, ¿te tiene castigado la princesa? —sonrió burlona.

—Claro que quiero, pero no es el caso. Necesito que traigas una cámara fotográfica y yo llevaré la linterna, ¿cuándo puede ser? Que sea lo antes posible

por favor –insistí para que me tomase en serio.

—Me estás asustando, ¿te parece bien a la hora de comer cuando descansa el equipo? –preguntó Pepa con interés por el misterio.

—Me parece estupendo –le afirmé al momento.

Después de comer barracuda ahumada, algo del resto de paella y fruta, le dije a Lucía que esa era la buena hora de controlar la nasa.

Metí a Senda y a Código en el corral, no quería que nos molestaran. Me reuní con Pepa y bordeamos el risco para acceder desde abajo. Subimos los peldaños a modo de escalones y llegamos a la puerta, retiré los arbustos, los puse ordenados en un lado y entramos.

Alumbré con la linterna y accedimos al interior. Había una gran estancia que tenía una especie de altar en medio, labrado en piedra con surcos profundos que recorrían la superficie, se dirigían hacia la parte de abajo y al parecer salían por un especie de caño en el lateral de los pies, donde se apreciaba un charco que parecía sangre fresca.

La pared frontal presentaba una gran pintura, en ella se podían ver escenas de caza, de pesca, el sol, la luna, una amplia gama de animales y una especie de santa cena en la que muchos personajes rodeaban un bloque de piedra para sacrificio similar al de aquella estancia, en el que había alguien tendido, alrededor unos comían brazos, otros piernas, alguien con un gorro parecido al del jefe de la tribu vecina tenía una especie de cuchillo que le clavaba en la zona del corazón y una maza que golpeaba la cabeza, algunos tenían machetes con los que cortaban miembros de la víctima tumbada, otros tiraban huesos y restos a una especie de pozo.

En la esquina, más distante, se abría un profundo agujero de más o menos dos por un metro, al parecer horadado a golpe de herramienta que se perdía en una negra profundidad, por el que se oían romper las olas y por el que no entraba ninguna luz. La de la linterna no llegaba a iluminar el fondo.

—¡Dios mío, son caníbales! –dijo Pepa sin parar de realizar fotografías a los dibujos y a cada detalle de la estancia.

—Tenemos que dejarlo todo como estaba y borrar nuestras huellas —le dije un poco agitado intentado que saliésemos de allí lo antes posible.

Pedí a Pepa que fuésemos a ver la nasa para disimular. Los dos estábamos sobrecogidos, necesitábamos meditar sobre aquello que desde luego no pintaba nada bien.

No paraba de recordar qué mal le había sentado a Viernes enterarse de que nos quedábamos un mes más. A fin de cuentas, estábamos consiguiendo comida fácil con el trueque y al parecer ellos necesitaban la cueva sin nadie que estorbase su ritual. Tal vez, lo mismo, nuestros papeles estaban destinados a ser las víctimas del siguiente sacrificio.

—Mira, la nasa viene llena de cangrejos, hay hasta un bogavante y dos calamares. Nos tendríamos que quedar en la isla para siempre, menuda abundancia —bromeé pensando en cómo saldríamos de allí.

—Yo creo que no, alguien está matando gente, las ramas de la entrada están frescas y el charco de sangre parece que también —dijo angustiada.

—El jefe me comentó en la fiesta que la manera de adquirir nuevos conocimientos y valor es tener hijos con gente de otras tribus o comer su cerebro y su corazón. La daga, la maza que colgaba de su cinturón y el gorro, eran clavados a los de la pintura.

—El cráneo que vi en la profundidad al pescar el pulpo tenía un gran agujero en la zona superior. Lo mismo sucedía con el de la cueva de Alí —relaté impresionado.

—Tenemos que hablar con dirección e irnos de aquí o que venga el ejército si queremos estar seguros —aseveró Pepa agobiada. Acababa de encontrar un colgante en el suelo que tenía un barco vikingo y decía que era de Erik.

—Lo siento, esta noche voy a por Lúa y no quiero levantar la liebre. Cuando vuelva hablamos con quien quieras. Mientras no —dije contundente.

—Tú estás loco capitán —gritó enfadada.

—Por ti —dije dándole un beso inesperado.

—Serás cabrón —se quejó sin alejarse demasiado.

Me dediqué a preparar el arco y las flechas, afilar el machete, coger las aletas, las botellas de agua y todos los plásticos que podían servir como abrigo junto con el cordel fino para poder atárnoslos.

Intenté comer bastante fruta, naranjas, bananas que había traído vienes en el último viaje y un poco de coco. Aunque no tenía ganas, iba a necesitar calorías y azúcar. Me metí en el bolsillo varios trozos de palo dulce al que quité la corteza previamente.

—Parece que te estás preparando para un maratón —dijo Lucía con tristeza pensando que iba a cometer una locura.

Llevaba demasiado tiempo sin hacer ejercicio en condiciones. Mis trabajos y paseos para cazar habían sido pausados, ahora no sabía a qué me tendría que enfrentar.

Bajé todos los enseres a la playa, pedí que dejaran de rodarme, monté la vela en la tabla y la metí en el agua. En los viejos asideros que tenía para introducir los pies até las cosas de manera que no me molestasen y me crucé el arco a la espalda con la aljaba y sus flechas.

Me puse de rodillas y comencé a remar con las manos hasta que superé los riscos que hacían las veces de murallas al aire.

Al salir de la bocana noté brisa, era constante y suficientemente fuerte para tirar de la tabla conmigo a bordo. Subí el mástil y cacé la vela.

Pronto comencé a dejar una buena estela. Quedaría una hora de luz pero la dirección del viento no era la adecuada, tuve que ir realizando largas ceñidas para llevar el rumbo oportuno.

Cuando el agua me batía por los costados, mojándome los pies, comencé a ver la silueta de la isla, cada vez más cercana. Al igual que la nuestra quedaba por momentos más alejada. Tuve que aflojar para perder velocidad y que no me viesen desde la aldea mientras hubiese luz.

Entretanto el sol se ponía bajé la vela al agua para que no se produjesen reflejos sobre su superficie blanca. En el momento que se perdía en el horizonte volví a ponerme en camino.

Me había concentrado en no pensar para nada en los tiburones. El fondo no existió para mí en aquella travesía, me deslicé sobre el desierto surcando la arena. Aunque a veces me desconcentraba, pronto volvía a no tener debajo el gran azul y navegaba sobre dunas imaginarias.

Pronto, casi todo pasó a ser oscuridad menos el resplandor de algunas

hogueras en la aldea. Al llegar a unos quinientos metros de la playa, me coloqué las aletas y avancé poco a poco camino de la playa metido en el agua.

Pude comprobar que hacía pie, no se veía casi nada. Vi una sombra salir de detrás de una barca, la seguían varios perros, se metió en el agua y vino hacia mí, era Lúa. Nos abrazamos, la besé y la subí a la tabla.

Aleteé suavemente hasta que nos distanciamos unos metros. Me subí a la tabla, alcé el mástil, tensé la vela y comenzamos a movernos. El viento estaba arreciando con la noche y temía que algo se partiese.

Uno de los perros comenzó a ladrar y a meterse en el agua, pronto lo siguieron otros dos, solté la vela, me saqué el arco de los hombros y disparé hasta acertarle. Los demás se mantuvieron callados. Pronto averiguaríamos si los habían oído dar la alarma. Lo lamenté por Lúa, que no se quejó, solo se abrazó a mi pierna.

Emprendimos de nuevo el camino, la tabla se deslizaba derecha y no nos batía oleaje de costado.

Indiqué a Luá que se pusiese los plásticos para no enfriarse, empezaba a estar helado entre el aire y el baño.

Primero navegué siguiendo la indicación del brillo de la aguja fluorescente de la brújula del machete, ajustando el rumbo, al rato pude ver lo que imaginaba, las luces de los focos de los módulos diminutas a lo lejos, me servirían como faro.

Hubo un tramo en el que retrocedíamos más de lo que avanzábamos. Temí acabar en la aldea y sentir el mazo en mi cráneo, pero me di cuenta que arrastrábamos uno de los plásticos lleno de agua. Lo corté, retomamos el camino y el viento cada vez nos fue más favorable.

Volví a concentrarme en el desierto y a deslizarme sobre la arena. Me dolían los brazos y las piernas, los dedos se me agarrotaban de mantener la vela cargada.

Comencé a ver incluso el fuego de nuestra hoguera que Lucía tenía bien avivada. Entramos en la cala, me eché al agua y con las aletas llegamos a la playa. Recuperé mi material.

Vinieron Pepa, Lucía y María con toallas, nos abrazamos con ellas

mientras Senda saltaba sobre Lúa. Los vigilantes con sus perros nos observaban pensando que aquello formaba parte de la grabación.

Corrimos a calentarnos y vestirnos. Uní las cremalleras de los sacos y empecé a meter nuestras pertenencias, lo mismo hicimos en las bolsas que nos podíamos llevar.

Los tambores comenzaron a sonar al unísono, amenazantes, ayudados por el viento que trasmitía su rancio compás.

Miré el reloj que me había regalado Viernes, el mismo amigo que tenía que venir a matarme.

—Nos quedan dos horas. Vamos a los módulos —dije mientras intentaba coger dos de los arpones que tanto me habían ayudado.

Subimos con los pertrechos acompañados de los vigilantes y su perro bien educado, mientras, Senda andaba loca con Lúa y Código los seguía.

Nos recibió la otra pareja de guardia dando a conocer que no tenían novedades.

El resto del equipo dormía sin ser consciente de lo que se avecinaba. Llamamos en las puertas de todos los módulos y fueron saliendo poco a poco algo confusos.

—Hola Sofía, nos tenemos que reunir con urgencia, hay novedades, estamos todos en peligro.

—Vamos a entrar en el módulo de dirección. Inés, tú y el más antiguo de los vigilantes —dijo Sofía.

—Quiero que entre Pepa, tenemos algo que enseñarte —dije mientras la llamaba para que trajese la cámara.

Pepa les mostró en la pantalla el interior de la cueva y una foto de Erik con todos los miembros del equipo en la que se podía ver que llevaba un colgante con un barco vikingo. Sacó el que había encontrado y eran exactamente iguales.

—Lo primero que tenéis que hacer es pedir auxilio, tenemos menos de dos horas hasta que nos ataquen. Me lo aseguró Viernes y no tengo la menor duda de que así será —afirmé intentando meterles prisa.

—Pero, ¿qué nos pueden hacer? Tenemos cuatro vigilantes armados, tienen dos perros entrenados. Nosotros tendremos unas cuatro pistolas —aclaró Inés con el asentimiento de Sofía.

—Son unos treinta hombres armados con kalashnikov, fusiles de asalto soviéticos que se usan en conflictos bélicos por su potencia, versatilidad y capacidad de tiro —os aseguro que no tendríamos escapatoria.

Efectuaron la llamada por la emisora pidiendo apoyo y explicando lo que habíamos descubierto. Aquello relacionaba las desapariciones a lo largo de los años.

Desde el otro lado les prometieron mandar unidades de apoyo y avisar al ejército.

En aquel momento, nos quedaba una hora y media. Salimos del módulo donde el resto del equipo esperaba alguna información. Propuse que nos dispersásemos por la isla en espera de que llegasen los refuerzos.

—Es mejor que nos quedemos aquí, estaremos parapetados y localizables cuando llegue la ayuda. Seguro que aguantamos sin problemas. Cuando amanezca, terminarían con nosotros uno a uno si estamos dispersos por la isla —dijo Sofía ordenando a los vigilantes que preparasen un sistema de defensa.

—De acuerdo, yo me voy, quien quiera que venga conmigo, llevaos agua y abrigo, salimos en diez minutos —vociferé para que todos se enteraran.

Los tambores seguían sonando a un ritmo frenético e incluso oímos algunos disparos lejanos, parecía que nuestros enemigos se iban animando.

—Nos vamos contigo —dijo Pepa que venía con María trayendo unos chaquetones, algunas botellas de agua y dos linternas.

—Esta aventura la terminamos juntos capitán —dijo Lucía comenzando a llorar mientras me abrazaba.

Emprendimos el camino cortando hacia la garganta de las cabras cargados con nuestros pertrechos. Lúa me seguía sonriente acariciando de cuando en cuando a Senda con la mano que llevaba libre.

Nos quedaría una hora hasta que llegasen a la cala. Solté las cabras y emprendimos camino hacia la palmera de Alí. Aunque hubiese sido mucho más corto yendo directo desde los módulos hasta el campamento, no quería que

dejásemos huellas desde allí.

En media hora estábamos bajo la palmera frente a la entrada del pantanal. Continuábamos oyendo los tambores. Nos fuimos hasta la playa y anduvimos por el agua hasta la otra punta de Playa larga para no dejar rastro.

De pronto, el ruido dejó de sonar, habían callado los tambores. En quince o veinte minutos estarían en la cala.

Dimos un rodeo hasta llegar a la palmera desde la que me descolgué para entrar en la cueva de Alí. La rodeé con el cabo que llevaba dejando caer los dos extremos y bajé el primero.

Alumbré con la linterna, no vi nada en principio, entré y comprobé que la cueva estaba despejada. Pedí que me echasen desde arriba todos los bártulos que llevábamos, a Senda y al rayón.

Las chicas fueron bajando una a una, descolgándose por la cuerda y entrando en la cueva.

Tiré de uno de los extremos del cabo hasta que conseguí que toda la cuerda cayera. De aquella manera no dejamos rastro ninguno de por dónde andábamos. Suponía que con ayuda de los clavos y el martillo encontraría alguna manera de salir de allí. Era como si estuviésemos en el fondo de un pozo.

Fuimos colocando todo al fondo, en una zona seca, poniendo las cosas a un lado y preparando los sacos para echarnos.

Habían pasado dos horas y diez minutos desde que comenzaron a sonar los tambores cuando se inició el tiroteo en la isla. De un lado se oía una tanda como un tableteo, de otro, la contestación con disparos sueltos.

—Qué piensas capitán —dijo Pepa frotando mi cabeza.

—Que he provocado esto, pero que no me siento culpable, la próxima luna llena nos iban a atacar sin avisar, hubiésemos caído todos, uno tras otro —contesté convencido.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó María alumbrando el resto de la cueva con la linterna.

—Viernes me contó que jamás se atrevería a entrar en el pantanal ninguno de los habitantes de la aldea. Al menos, a tres de sus jefes los habían

devorado los cocodrilos y es una superstición —le expliqué mientras encendía un cigarro y preparaba el arco junto con las flechas.

Los disparos se sucedieron hasta que al final reinó el silencio. Propuse mantener las linternas apagadas o al menos un poco tapadas para que no delatásemos nuestra situación.

Había pasado dos horas desde que los hombres de la aldea llegaron a la isla, lo que indicaba que era imposible que hubiesen venido los refuerzos en nuestra ayuda.

Les dije a las chicas que intentasen descansar un rato y me quedé haciendo guardia.

Mis cuentas eran de más o menos dos horas y media desde la llamada, al menos quedaría una hora y media para que llegasen refuerzos a la isla y, en cualquier caso, al menos cuarenta y cinco minutos para que nos localizasen si tenían suerte.

No podía tener ni idea de que habían traído una rehala de los perros de los que crió Lúa y un trozo del jergón en el que dormía en la aldea para que recordasen su olor antes de empezar a buscarla.

Los chuchos emprendieron la búsqueda desde los módulos, se entretuvieron con el olor de los animales en la garganta, siguieron hasta la palmera de Alí y perdieron el rastro por donde entramos a la playa.

Los hombres debieron dividirse e intentar buscar nuestras pistas en alguna salida ya que sabían que allí no teníamos más barca que la vieja tabla.

Noté que Senda se ponía nerviosa y desperté a Lúa para que la calmara, afortunadamente el rayón dormía y no incordiaba.

Oí ladrar un perro, llamé a las chicas y les indiqué con señales que se quedasen calladas.

Toqué la cacha del machete e incluso se me paso por la cabeza el matarlas si veía que no teníamos escapatoria. No quería que se ensañasen con ellas y el ritual de aquel dibujo se basaba en parte en dar muerte con extrema violencia.

Imaginé cómo las amputaban y se las comían después de asesinarlas el jefe y mi estómago se retorció.

La entrada de la cueva tenía más claridad de la que había en el interior. Pude ver cómo comenzó a caer un hilo de arena y después una cuerda.

Lúa apretaba el hocico de Senda que no paraba de agitarse cuando escuchamos algo que parecía una conversación y que por supuesto yo no entendía. Ella me indicó que bajaba alguien y que había solo dos hombres.

Primero asomaron las botas y después las rodillas con la punta del fusil. No di tiempo a que apareciesen los hombros cuando le había atravesado el corazón de un flechazo. Como no estaba seguro y se quedó allí colgando, porque posiblemente su mismo peso le presionaba las manos contra la pared, repetí el tiro y de nuevo hice blanco.

Cayó. En ese mismo momento la entrada recibió una ráfaga de disparos que pensé sería nuestra perdición por indicar la posición en que estábamos a los demás de la tribu.

Con uno de los arpones pude tirar del kalashnikov hacia adentro. Mientras escuchaba ruido de helicópteros y lo que parecía un barrido de ametralladoras desde ellos.

Confiaba en que el propietario lo trajese sin seguro, ya que ni veía, ni sabía dónde estaba.

Entonces alguien tiró desde arriba una granada que voló media cueva, solo quedó como un metro despejado en la parte superior de la entrada. El cuerpo del atacante había desaparecido enterrado en el umbral de la casa de Alí.

Apreté el gatillo apuntando hacia allí y el fusil descargó una ráfaga de aviso que probablemente se incrustó en la arena.

—¿Estáis todas bien? —pregunté encendiendo la linterna.

—Me ha dado en el brazo —dijo María tapando la herida con la mano.

Afortunadamente la esquirla no había profundizado, pero a Código le había dado de lleno y lo había matado. Senda lo lamía cuando volví a apagar la linterna.

Sonaron unos redobles de tambor de nuevo entre el traqueteo de los helicópteros. Quise imaginar que era la señal de replegarse, otra explosión más y quedaríamos enterrados.

Esperamos hasta que amaneció, enjuagando de cuando en cuando la herida de María.

Salimos a rastras y nos fue fácil subir ya que la granada había tirado parte de la pared cortada dejando un acceso más o menos transitable.

—Lucía, ¿puedes ponerle algo blanco atado a la punta del arpón? Para que sepan que no buscamos pelea —sugerí mientras ayudaba a María.

Pronto nos topamos con el primer comando. Al principio nos apuntaron y nos hicieron echarnos al suelo, más tarde, cuando nos identificamos, nos acompañaron a la zona de los módulos en la que había un helicóptero en tierra.

Todos habían muerto, menos Elena, que cuando se la llevaron aun denotaba tenues constantes vitales.

Bajé a la cala antes de que nos desalojase. Había apilados un montón de cuerpos que me recordaron a los troncos de leña amontonados cerca de las chimeneas. Los recuperaron después de ametrallar las barcas que se daban a la fuga.

Reconocí al jefe, pero no era lo que buscaba. Desgraciadamente, allí también yacía Viernes, su cara estaba medio desfigurada y de su cuello colgaba un cordón con un diente de orca y otro de Alí.

Me sentí triste y en parte culpable. Aquel chaval había nacido en un lugar inadecuado. En otro sitio habría tenido un futuro esperanzador, su navegación entre la realidad y el vudú terminó por arrebatarle la vida.

Volví hacia los módulos, me encontré con que metían cuerpos en bolsas negras con cremallera y los apilaban al lado del helipuerto.

Aquella sensación tan oscura se fusionó con la de un bando de coloridos y ordinarios loros que sobrevolaban la escena.

—¿Qué tal María? —le pregunté al ver que tenía una venda en el brazo herido en la cueva.

—Cuatro puntos capitán. Nada comparado con lo de tu cocodrilo —esbozó una triste sonrisa.

—Parece que nos vamos —le dije a Pepa mientras acariciaba la mejilla de Lúa.

—Sí, nos evacúan en el siguiente vuelo, dentro de unos minutos – contestó apesadumbrada.

—Les has salvado la vida –dijo la teniente que llegaba como siempre acompañada de su sargento.

—Hemos dejado una aldea sin ningún hombre en edad de trabajar y no ha quedado casi nadie del equipo –me quité el sombrero y miré los dientes de mi orca.

—Daños colaterales. No encontramos a Sofía –contestó ella impasible.

—¿Habéis mirado en la cueva de los sacrificios? –pregunté temiendo lo peor.

—¿De qué cueva hablas? –me interrogó la teniente.

Se lo contamos y nos hizo llevarlos, retrasando la salida del helicóptero. Efectivamente, su cuerpo mutilado se encontraba sobre la losa con el cráneo destrozado y el pecho abierto en canal.

Habían llevado a cabo el ritual a pesar de no haber luna llena. Aquella idílica aventura se había convertido en un infierno dantesco.

ISLA UROGALLO

A día de hoy vivo con María, tenemos dos hijos mellizos, niño y niña. Cuando el helicóptero vino a llevarse los módulos conseguimos que nos dejase uno en el lugar que teníamos el campamento, al lado del tótem y de la estatua de la mujer.

Con el dinero que me habían ingresado en la cuenta bancaria y el que nos trasfieren de la película, que al final se estrenó en memoria de los fallecidos, nos apañamos perfectamente.

Afortunadamente Sofía e Inés fueron remitiendo día a día todas las filmaciones e informes sobre la grabación y no se perdió ningún material gracias a su tesón.

Elena vino a vernos una vez. Lograron salvarle la vida cuando el helicóptero aterrizó en el helipuerto del hospital más cercano. Trabajaba en una ONG y estaba contenta, aunque no había conseguido superar del todo aquel violento suceso.

Compramos un barco cabinado de diez metros con dos motores potentes y un velero de ocho para navegar más tranquilos. Están atracados en el nuevo embarcadero de la cala.

Lúa suele pasar temporadas en la isla con nuestro hijo Viernes, un año mayor que los pequeños, o vamos a verla a la aldea donde reside con su familia y ahora es la jefa, no quedó ni un hombre. Quién me iba a decir que sería el padre del futuro rey.

Pepa se suele acercar en vacaciones, trabaja alrededor de mundo rodando documentales. Se casó con un monitor de buceo que suele acompañarla.

Lucía se hizo famosa, trabajaba como modelo y fue protagonista en dos películas, nos mandaba algunas de las revistas en las que aparecía casi siempre en portada y nos comentaba que nos echaba mucho de menos.

Tenemos cabras, gallinas, loros silvestres, un huerto pequeño y por supuesto a Senda. Cazamos, pescamos y recolectamos totalmente integrados en la naturaleza.

Estoy preparando mi arco para ir con Senda a cazar uno de aquellos toros

con los que dijo Pepa que habían repoblado el lugar. Ayer encontré las huellas cerca de la garganta de rocas, espero que no nos vaya mal.

A pesar de todo lo sucedido, decidimos quedarnos en Isla Urogallo ubicada en un lugar que nos comprometimos a no revelar jamás, nuestro paraíso perdido.

A mi Manuela, agradecido por su complicidad e infinitas cosas más.